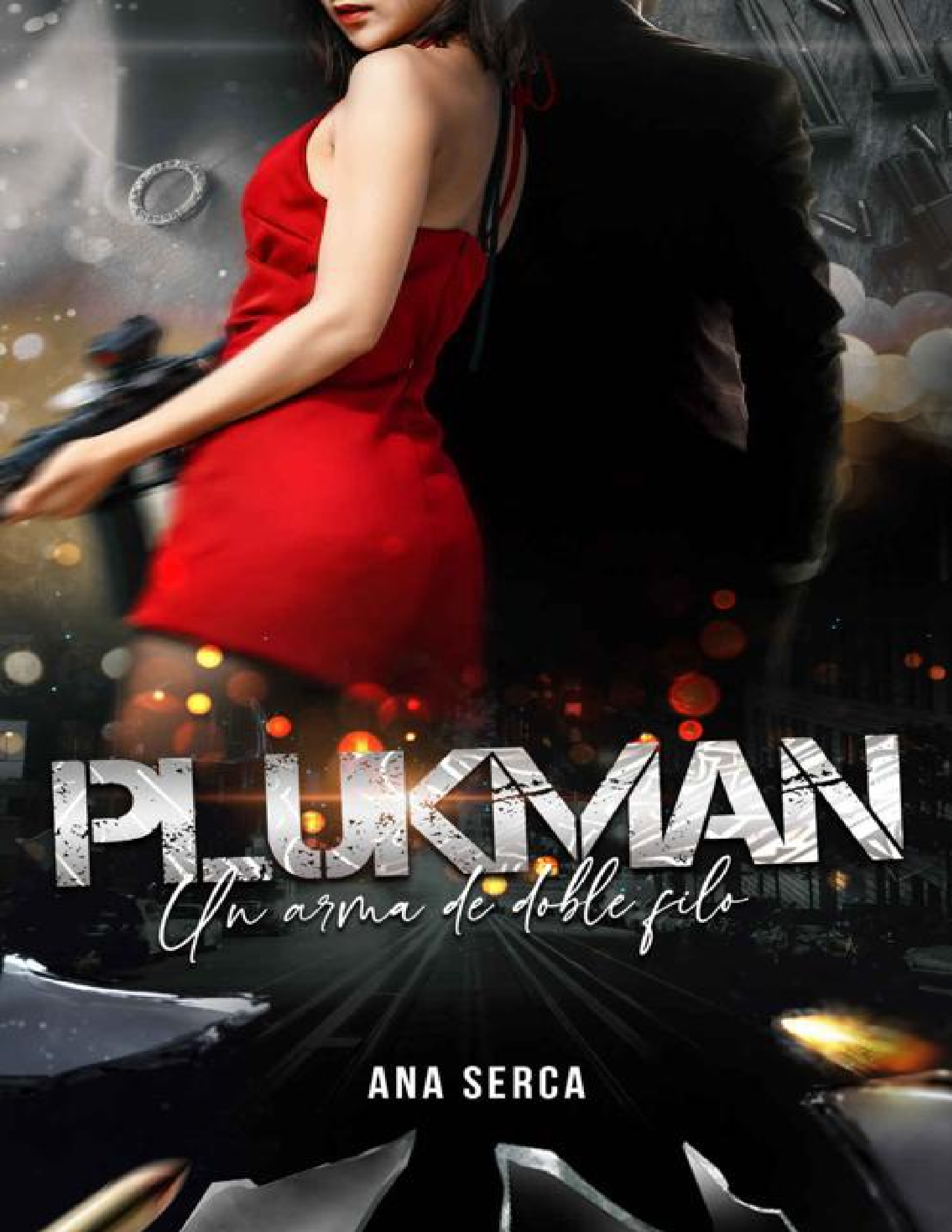




PLUCKMAN

Un arma de doble filo

ANA SERCA



Plukman

Un arma de doble filo

Autora: Ana. SerCa

©2024 Todos los derechos están reservados. Queda rigurosamente prohibida, la reproducción y distribución de esta obra salvo excepción prevista en la ley o autorización expresa del autor.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, diálogos en esta novela son producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de forma ficticia.

No recomendado para menores de 18 años, contiene lenguaje violento y sexual explícito.

Maquetación: @ana_serca

Portada: @lucemonzantg

***DGSE: Servicio Secreto Francés.**

AGRADECIMIENTOS

Cuando llegué al mundo bookstagram, no sabía que me encontraría con gente tan increíble. Personas a las que no conocía de nada, y después de pedirles una colaboración, con millones de libros por leer, no te cerraban la puerta y te ofrecían su tiempo para iniciarse en tus lecturas.

También en el camino, he conocido muchas autoras con las que he ido interactuando y compartiendo aficiones.

Me di cuenta que lo de subir los libros un día de locura, solo había sido una parte de lo que había ganado. Por eso esta novela quiero agradecer; su tiempo, su desinterés, su empatía y dedicación, a todas esas personas que una vez, estuvieron en el camino conmigo.

@mi_lugar.entreletras @oceanos_de_tinta @lalokadeloslibros_84 @lives.reading @lybluebooks
@alexandra_star_jaithiale @leyendoconestrella @veronica.sandel @kresswatson @rebk_manal
@elizabeth_sea_escritora @elizabeth.ellis_escritora @labibliotecadez @mercedessg2447
@vol_vo_reta @anitadevoradoradelibros @m.pazsa @fatima_tiradogarcia @vivosanchez
@luzvv68 @edith_winter_escritora82

@merakbook @sienabastida_booksandtravel @luzvv68

También agradecer a esas lectoras que me siguen con cada novela que publico y me preguntan siempre si estoy escribiendo;

Mari Carmen Lopez, Sara Serrano, Marina Lizandra, Raquel Queral, Mari Paz Segura, Remedios Rubio, Susana Romero, Rocío Jordan, Ester D evesa, Maria Jesus Vivó.

Pero en especial quiero agradecer a mis tres lectoras cero, que no solo me leen y me soportan, sino que forman parte de la esencia de esta historia.

@librous90 @fpamelagarcia @majolopezand

Miles de gracias, este va por todas vosotras.



Aunque PLUKMAN: UN ARMA DE DOBLE FILO, es una novela romántica, es oscura, tiene contenido que podría herir tu sensibilidad.

- Muerte y sangre.
- Dedos cortados y yugulares sangrantes.
- Robo de armas a un país en guerra.
- Enfermedades incurables.
- Drogas y alcohol.
- Mención a la trata de blancas.
- Escena de sexo detalladas, consentidas, pero podrían ser cuestionables según la sensibilidad del lector.

Si has llegado hasta aquí y decides continuar, solo deseo que lo disfrutes. Conecta el marcapasos, tu experiencia, está a punto de comenzar.



LAS PALABRAS, TIENEN UN PODER
QUE NO SE ACCIONAN CON PÓLVORA Y GATILLO
NO DEJES QUE NADIE TE DIGA NUNCA QUE NO PUEDES
TÚ SABES QUE ERES LA PÓLVORA QUE ACCIONA LA PISTOLA.

PLUKMAN

PRÓLOGO



Tengo a la mujer atada de pies y manos sentada en mi despacho. Debería darle otra oportunidad, pero yo no doy segundas oportunidades a nadie, y ella no va a ser la excepción.

—¡Eres un hijo de puta! —me grita con odio, cuando Andrei mi hombre, le quita el esparadrapo pegado a sus labios.

—¿Creías que podías entrar en mi mundo, sin que yo me diese cuenta? —le digo tranquilamente, sentado en la silla de mi escritorio.

Doy un largo trago a mi whisky irlandés, uno de los mejores del mundo. Es una adquisición fácil para un contrabandista como yo.

—¡Suéltame! —Exige.

—Mira lo que dice, Andrei. —Río de una carcajada y mi hombre me sigue la risa, es lo que todos hacen—. ¿Qué crees que deberíamos hacer con ella? —Giro mi pistola encima de la mesa mientras miro a la morena, ella se inquieta.

—¡Si me tocas un solo pelo, vendrán a por ti!

Doy el último trago, me levanto con cuidado y me dirijo hacia ella. La mujer se intenta deshacer de las ataduras.

—Es una pena que tenga que deshacerme tan pronto de ti.

Coge impulso y me escupe en la cara. Me limpio su saliva con la palma de la mano y la

paso por la chaqueta de Andrei, para limpiarme.

—Podríamos divertirnos con ella, jefe. Es una mujer muy bella —insinúa mi hombre.

—¡Antes muerta! —espeto furiosa.

—Andrei, márchate —le ordeno calmado.

—Pero, señor...

—¿No me has oído? —Lo miro furioso—. ¡Lárgate, ya!

—Sí, jefe.

Andrei hace lo que le pido, lo miro para que sepa que no hay motivo de réplica. Lo que yo digo es la ley, se me obedece.

Andrei da por hecho, que quiero disfrutar de ella yo solo, pero no es mi intención tocarla. Puedo tener a la mujer que quiera, no tengo por qué obligarlas, además que el solo pensamiento, me repugna. Aunque no me ha temblado nunca la mano para meterles una bala en la cabeza, independientemente de si son mujeres, o si son tan bellas como esta.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—¡Ya sabes cómo me llamo!

—Tu nombre. Quiero saber tu nombre de verdad, y quiero saber quién te manda.

—Soy Cathia, ya lo sabes.

—¡Te he dicho, que me digas tu nombre de verdad! —La cojo del cuello y la obligo a que me mire, pero esta mujer no me aparta la mirada, me atraviesa con ella.

—No te vas a librar de tu destino. Puede que te deshagas de mí, pero van a venir a por ti.

Me siento en el sillón de enfrente y tecleo el código en mi teléfono móvil. Lo pongo en manos libres y lo dejo posado sobre la mesita que me separa de la mujer.

—¿Contraseña?

Marco en mi terminal los diez dígitos. Sigo órdenes de un *pez gordo*, y él es el que decidirá el destino de la agente.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me llamas? —Se escucha la voz de un hombre distorsionada.

—Tengo a su agente. Uno de mis hombres la ha descubierto. —Me detengo para mirarla a los ojos, está intentando averiguar qué es lo que está pasando—. ¿Qué hago con ella?

—¿Tiene a la agente, Vanessa Bruni?

—Sí, eso creo. La han descubierto buscando algo entre los envíos.

—¡Esa zorra, quiere lo que es mío! —espetea esa voz.

Yo solo debo seguir las órdenes y continuar con mi vida de lujos.

—¿Entonces?

La agente se queda callada en la silla, está intentando asimilarlo todo, pero parece que ha empezado a entender, que todo para ella ha sido una trampa, ya que quién se esconde detrás de esta llamada, es uno de los suyos.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, deshazte de ella.

Veo como le tiembla el cuerpo, ante el descubrimiento. Una lágrima le recorre la mejilla, cuando se da cuenta del engaño.

Cuelgo la llamada y la miro directamente a los ojos, intenta mantener la calma, pero sus ojos la delatan. Sabe que podría ser el día de su muerte.

—¿Me vas a contar ahora lo que sabes? —Le pongo la pistola en la frente, ella se mantiene erguida—. ¿Qué es lo que buscabas en ese almacén? ¿Qué es lo que merece tanto la pena, para que arriesgues tu vida?

—Lo mismo por lo que nunca te diré lo que estaba buscando.

—Ah, ¿no?

Saco de mi bolsillo trasero dos fotos. Puede que haya sorteado a mis hombres más tiempo del que debería, pero yo la tenía entre ceja y ceja en cuanto apareció por casualidad en mi Club, pidiendo trabajo.

Mira lo que dejo sobre la mesa, es la fotografía de una mujer igual que ella comiendo un helado con una niña con unos ojos muy peculiares.

—Una niña preciosa... —Me rasco la barbilla—. ¿Se llama Cath?

—¡Vete a la mierda! ¡La niña no te ha hecho nada! ¡Como la toques, te mato!

—Creo que no estás en situación de negociar.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Quién te manda? Y, ¿qué es lo que buscabas entre mis envíos?

—Ya sabes quién me manda —responde con los dientes apretados—. Y creo que sabes tan bien como yo, lo que busco.

La miro con una sonrisa en los labios.

Claro que no sé quién la manda, si lo supiera no se lo estaría preguntando.

—Si vas a matarme, ¿por qué no te ahorras este tiempo tan preciado y lo haces ya?

Le pongo la pistola en la sien.

—¡Andrei! —Grito—. Pasa y cierra la puerta con llave, la mujer no quiere colaborar.

—Sí, jefe —dice este con una sonrisa torcida, la idea de divertirse con la mujer lo tiene alterado.

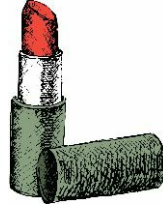
Andrei se acerca a nuestra altura. Dos disparos son los culpables del silencio. Voy a tener que ocuparme yo mismo de este destrozo. Nadie me cuestionará, nadie lo hace. Un problema

más con el que cargar a mis espaldas, ya nada de esto me importa.

Ni siquiera la muerte se hace eco de mi cuerpo al arrebatarme una vida, es para lo que nací, y no me tiembla la mano para hacer lo que debo hacer.

ROXANA

CAPÍTULO 1



El sol de París ilumina mi cara, busco con el brazo para topar con el cuerpo de mi pareja, pero la cama está vacía. Me estiro y cojo mi teléfono móvil sobre la mesita.

No tengo ninguna llamada. « Jean, ¿dónde te has metido? »

Me levanto y lo busco por el ático en el que vivimos.

—¿Jean? —lo llamo, pero nadie responde. No hay nadie conmigo. Jean no ha venido a dormir, últimamente nunca lo hace, siempre está en la oficina liado con los casos.

Tengo que reconocer que sabía que esto pasaría cuando iniciamos la relación. Somos agentes secretos de la DGSE* y Jean es mi superior, por lo que prácticamente se pasa la vida trabajando.

Marco nuevamente la llamada. Su teléfono móvil suena en la puerta, junto con él, que entra con la ropa del día anterior. El cansancio en su cara, es notable.

—¿Dónde estabas? —le pregunto.

Parece que esa misma pregunta se la he hecho en muchas ocasiones en estas últimas semanas.

—¡Hey! Buenos días, nena. —Se acerca a mí y me deposita un beso en los labios—. Ya lo sabes, estaba trabajando.

—¿Va todo bien?

—Sí, eso creo. —Suena poco convencido.

—¿Todo bien en la misión *Samra*?

—Sí, no te preocupes. Solo estoy algo cansado.

Jean pasa por mi lado y se dirige a nuestra habitación, yo lo sigo y veo como toma algo de ropa limpia del armario y se prepara para darse una ducha.

Se introduce en el baño, yo lo sigo. Lanza su ropa a un lado mientras mi mirada recorre su definido cuerpo.

—Roxana, no me mires así. No solo estoy cansado, estoy agotado.

Lo abrazo por la espalda, solo Jean hace que se me caliente la sangre, al ver al descubierto su torso.

—No seas tan gruñón..., podemos hacerlo en la ducha... —le ronroneo.

Jean me sonríe, lo echo de menos. Echo de menos al hombre ardiente que conocí hace unos años. Ambos coincidimos en una misión en Lyon, teníamos el encargo de proteger a un cargo importante, la misión fue aburrida, pero me permitió conocerlo mucho mejor a él. La química que compartíamos, hizo que nos aventuráramos a vivir juntos, y aunque estas semanas lo encuentro distante, sé que es el hombre de mi vida.

—Roxy, de verdad. No estoy de humor. —Me rechaza. Me lo tomaría mal, pero es verdad que debe estar agotado.

—Vale, cielo... —Le hago un puchero—. Si te arrepientes, estaré en la cocina haciendo tus tortitas preferidas.

Mi chico, me guiña un ojo.

Preparo el desayuno para ambos mientras voy picando lo que voy cocinando. Esta semana

estoy relajada, me he tomado unos días libres, los agentes a veces necesitamos un tiempo libre para poder desconectar y poner nuestra mente en calma, y estos días son los míos. Aunque mi cabeza no deja de divagar, mi hermana está de misión, y siempre que nos separamos no me quedo muy tranquila. Ella y Cath son todo lo que tengo.

—Eh, nena... —me susurra Jean desde atrás cogiéndome por la cintura—. ¿En qué piensas?

—¿Ya estás más relajado? —le cambio de conversación—. Toma, te he preparado tortitas. Luego acuéstate y descansa.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Había pensado aprovechar estos días, para ver a mi sobrina.

—¿La pequeña Cath? Dale recuerdos de su tío Jean.

—Podrías hacer por coincidir algunos días de permiso conmigo, y venir a verla.

—Esa niña no me quiere. —Se queja.

—No digas tonterías. Es solo una niña —le respondo—. Solo necesitas pasar más tiempo con ella, así te ganarías su confianza.

—Esa niña me odia tanto como su madre... —bromea mientras moja su tortita en el café.

—Eres un exagerado. Mi hermana también te quiere, entiende que les has quitado su mayor tesoro. O sea, yo. —Río mientras me señalo a mí misma.

—Pues ya se pueden ir acostumbrando esas dos *diablillas*. Esta mujer es mía. —Me hace cosquillas, yo lo amenazo con el cucharón de las tortitas.

—¿Crees que Vanessa, estará bien? —pregunto preocupada.

—¿De verdad, me estás preguntando esto? Ya conoces a tu hermana, es una de las mejores agentes de la DGSE —me tranquiliza mientras mastica su desayuno—, bueno es una de las mejores, después de ti.

—Ya... —respondo intranquila.

Vanessa y yo somos hermanas gemelas, ambas somos agentes secretas.

Ella vive con Orson Dumont, su novio de toda la vida. Él es químico y cuida de Cath, mi sobrina que tiene seis años recién cumplidos. Vanessa había solicitado años atrás hacer trabajos de oficina para la agencia en la que trabajamos para el estado, y por su maternidad, el permiso se le había concedido, Vanessa prefería trabajar en París donde no tenía por qué viajar, ni arriesgarse demasiado. Por eso hace unas semanas cuando insistió tanto en ser ella la agente en el caso *Samra*, me quedé intranquila.

Le pregunté por qué de pronto quería salir y arriesgarse. Por qué quería separarse de su familia, la misión podría alargarse unos meses. Me contestó que necesitaba nuevas emociones, recordar los viejos tiempos, que no estaba pasando un buen momento con mi cuñado y necesitaba ese espacio para poner en orden sus pensamientos.

Aunque poniendo sus pensamientos en orden, enloquezca un poco los míos.

Me planto en la casa de mi hermana en media hora, he cogido el metro. París por la mañana está muy concurrido, por las eternas visitas de turistas, y pasear en metro a veces ayuda a relajar mis pensamientos.

—¡Tía Roxy! —Grita mi sobrina loca de alegría al verme, se me abalanza y me abraza tan fuerte como siempre hace—. ¿Sabes cuándo volverá mamá de trabajar? —Es lo primero que me pregunta mi pequeña en cuanto me ve.

—Ya le queda poquito para estar nuevamente con vosotros. —Aprovecho que tengo a mi sobrina en brazos y no me ve, para dirigirle a mi cuñado una mirada de; *no sé qué decirle*.

—Mamá está trabajando en un asunto muy importante —le explica mi cuñado.

—He pensado que podríamos salir a comer helado. ¿Te apetece? —Siempre que vengo a por ella, es lo que hacemos. La llevo a la heladería de la Señora Lambert, le pone extra de

cookies en los helados y es un lujo que mi hermana no le permite. Ella cree que el azúcar es una toxina, yo soy de las que cree que comer azúcar es un placer.

—¡Sííí! —dice loca de contenta—. ¿Podré pedir doble?

—Claro, pero será nuestro secreto —le digo al oído.

—No te pases, Cath... —la reprende mi cuñado.

Cojo a la niña de la mano y salimos a nuestro rincón preferido, la Señora Lambert nos sirve los helados que tanto nos gustan comer, somos clientas habituales, así que ni siquiera tenemos que pedirle que es lo que queremos.

—Tía, ¿por qué Marc dice que parezco un gato?

Marc es su compañero de clase, es habitual que me hable de ese niño.

—Son los ojos felinos más bonitos que he visto. No todo el mundo tiene esa peculiaridad... —le respondo—. ¿Sabes? Esa es la única diferencia que tenemos tu madre y yo. Ella tiene los ojos más verdosos, yo más azulados, en el fondo tienes un poquito de las dos.

—Ya..., pero me hace diferente. —Se queja mi sobrina.

—No eres diferente, por tener un ojo de cada color, eres especial. —Me siento a su lado y le quito con mi cucharilla un poco de su helado—. Eres única.

—Ya... —dice no muy convencida—, eso es lo que me dice mamá.

—Y mamá, siempre tiene razón...

—¿Tiene razón cuando dice que tío Jean, es un *capullo*?

Suelto una risotada.

—Claro que es un capullo, es nuestro jefe. Y los jefes, no *molan*...

Lo que me repite mi chico, es verdad, mi familia y él no se llevan especialmente bien. Jean

a veces es demasiado estricto en el trabajo. Cuando empezamos a salir, a Vanessa no le hizo mucha gracia, aun así, me aseguró que intentaría darle la oportunidad y sé que aunque lo haga por mí, no tengo muy claro si algún día lo conseguirá.

Comemos helado, nos dirigimos a la sala de juegos, y pasamos el día juntas. Cuando el pequeño cuerpo de Cath cae rendido, la dejo con mi cuñado y vuelvo a coger el metro en dirección a casa.

Llego a mi apartamento y un escalofrío me recorre el cuerpo. Me abrazo mí misma y noto la soledad de mi propio hogar.

—¿Jean? —Mi llamada es instintiva, sé que no hay nadie.

Le mando un mensaje;

YO

Hola cielo, ¿qué tal el día? ¿Te espero despierta?

JEAN

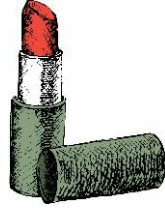
Llegaré tarde a casa, no me esperes.

Tiro el teléfono sobre la cama que está sin hacer y me recuesto en ella. « ¿Sansa no ha venido hoy a hacer limpieza? ». Pienso por un momento. Me quedo mirando la ropa tirada a un lado, es la ropa que Jean se ha quitado esta mañana. Instintivamente me levanto a recogerla. Su camisa blanca, tiene una pequeña mancha de carmín. « ¿Me debería preocupar? ». Es imposible. Dejo las prendas en el cesto de la ropa sucia. « ¿Debería pensar lo que estoy pensando? ». Deshecho ese pensamiento a un lado, es ridículo.

« Jean, no sería capaz de hacerme algo así » .

ROXANA

CAPÍTULO 2



Ya han pasado mis días de descanso, hoy ya me toca trabajar. Me dirijo a la oficina, en realidad es un entresuelo. Un buffet de abogados, esa es nuestra tapadera. Para la poca gente que me conoce, soy abogada, una de las tres carreras que poseo es la de derecho, por lo que me ayuda con mi doble identidad.

Las puertas se abren y la recepcionista, Diana, me hace un saludo de cabeza.

—Buenos días, señorita Bruni. Espero que haya disfrutado de sus días de permiso.

—Buenos días, Diana. ¿Sabes si el señor Bonnard está en su oficina? —le pregunto, ella es realmente la que controla las entradas y salidas de todos los empleados.

—Sí. De hecho me ha pedido que le avise cuando llegue. Quiere verla en su despacho. —Asiento con un giro de cabeza.

En el fondo me duele que mi propia pareja, tenga que dejar avisos a la empleada para ponerse en contacto conmigo, y sea incapaz de mandarme un mensaje para decírmelo él mismo.

—Gracias, Diana.

Me aproximo a su oficina, su secretaria personal no está en su mesa, por lo que toco a la puerta. Él mismo me la abre. Lleva la blusa desencajada, el pelo revuelto y bolsas en los ojos. Otro día de insomnio, y que ha pasado trabajando hasta tarde en la oficina.

Cuando entro, el equipo al completo está dentro del despacho, todos están alrededor de la

mesa de reuniones.

Simón, mi mejor amigo, me echa una mirada inquieta, y no necesito preguntar, para saber que algo va mal.

—Tenemos un problema —me anuncia Jean.

—¿Qué pasa? —Los miro a todos, es evidente que la única que no sabe lo que está pasando, soy yo.

—La agente Vanessa no ha respondido a la llamada de seguridad —me dice Simón.

—¿¡Qué!? —Me dejo caer sobre el sillón que tengo detrás. Si mi hermana no ha respondido a esa llamada, solo puede significar una cosa—. ¿Habéis mandado a alguien en su busca?

—No podemos, Roxana. Sería un suicidio —responde Jean.

—Y, ¿qué hacemos? ¿La vamos a dejar a su suerte? —Me levanto y me hago hueco entre ellos—. ¿Cuándo fue la última vez que contactó?

—La última llamada la registré la anterior semana. Parece que iba todo bien, pero hace tres días que intentamos ponernos en contacto con ella y no hubo respuesta —explica Simón.

—Si la han descubierto, lo mejor será esperar —añade Rowan, otro agente de mi equipo.

—Y, ¿la vamos a abandonar? ¿Eso es lo que hacemos con los nuestros?

Doy una manotada a la mesa furiosa. No estoy dispuesta a correr el riesgo de perder a mi hermana.

—Ella sabía a lo que se exponía. Todos lo hacemos, sabemos a lo que nos arriesgamos en cada misión. Puede que no se haya podido poner en contacto con la agencia por cualquier otro motivo, no podemos hacer otra cosa que esperar —añade Samanta, otra compañera de mi equipo.

—No voy a dejar a mi hermana a su suerte. Ella nunca se saltaría una llamada, la conozco.
—Miro a Jean, espero que él me apoye en esto y en lo que estoy dispuesta a hacer para

encontrarla—. Mándame a mí. Yo iré a buscarla.

—No voy a hacer tal cosa. Si tienen a tu hermana, ¿qué crees que tardarán en darte caza a ti?

—No es una decisión muy discreta, que digamos —insinúa Samanta—. Sois iguales, ¿cómo vas a explicar eso?

—¡Voy a ir a por mi hermana! Y, ¡me importa una mierda lo discreto que a ti te parezca!

—¡Basta! —Intermedia Jean—. ¡Ya está bien, Roxy! No estás pensando con claridad.

—¿Qué no estoy pensando con claridad? Claro que no lo hago, tienen a mi hermana. ¡Un contrabandista que debería estar en la cárcel hace meses! ¿Qué más necesitas Jean, para usar el arresto internacional? ¡Tenemos pruebas más que suficientes contra ese tío!

—No las suficientes, no es a ese hombre al que queremos —explica Jean—. Según los servicios de inteligencia de otros países, ese hombre posee algo mucho más grande. No podemos tirar meses de trabajo por la borda, por un simple *encarñamiento*.

—¿Un simple *encarñamiento*? Pero, ¿tú estás escuchando lo que me estás diciendo, Jean?

En estos momentos siento a Jean más lejos que nunca, solo tiene que ponerse un poco en mi lugar. Pero para él, el trabajo siempre es lo primero, yo eso ya lo sabía.

—Quizá podríamos buscar otra manera —añade Simón—. Deja que investigue si es seguro, tengo un contacto en la sede de Rumanía, puede informarme si la han interceptado, si no es así, tenemos una carta bajo la manga. Roxy es igual a su hermana, podemos usar eso a nuestro favor.

—No voy a poner la vida de Roxana en riesgo —añade Jean.

—Soy una agente, Jean, esto es a lo que nos dedicamos, vosotros mismos lo habéis dicho. Hay riesgos que se deben correr, y puede que decidas sobre las misiones, pero si debo o no correr el riesgo, no es tu decisión.

Jean me mira de frente, es la primera discusión que tenemos delante de todo el equipo, y que lo contradiga, no le ha gustado, lo noto en su postura.

—Pásanos un informe detallado, Simón. En dos días os quiero a todos en mi oficina.

Jean lo dice sin cortar el contacto visual conmigo, solo lo corta para salir de su propio despacho, pegando un portazo al salir.



Me siento en la cafetería a la hora del almuerzo con mi amigo, las manos me tiemblan, estoy realmente preocupada.

Simón pega bocados cortos mientras me inspecciona. Intenta entrar en mis pensamientos, siempre lo hace. Es lo más parecido a un hermano que he tenido nunca. Vanessa, él y yo, no solo somos compañeros de trabajo. Le confiaría mi vida, y también la de las personas que quiero.

—Tranquilízate, seguro que está bien. —Repito por enésima vez.

—Sabes cómo es Vanessa, claro que estoy nerviosa.

—Seguro que está bien, sabe apañárselas, igual que tú. Pero debes tener paciencia, nos han entrenado para esto, la desesperación nubla la razón. Tienes que mantener la cabeza fría.

—Ufff... —Suspiro—. Tienes razón, no ganaré nada desestabilizándome. Tengo que mantener la calma —respondo algo más relajada—. ¿Cuándo fue la última vez que se puso en contacto? ¿Qué datos te dio?

—Ya te lo he dicho, hace una semana.

—¿No notaste algo raro en ella? ¿No te dijo nada fuera de lo común? —digo para que solo él me pueda escuchar. En esta cafetería cada persona, está en su conversación, pero siempre intentamos hablar bajando el tono, para que nadie nos escuche.

Simón profundiza dentro de sus pensamientos e intenta extraer, alguna pista que me lleve a

ella.

Él es el hacker, es el que se ocupa de las llamadas de seguridad, del vocabulario en clave, nos da accesos y, abre y cierra las cámaras de vigilancia que nos puedan poner en un aprieto.

—La última llamada con ella fue de lo más normal...

—Bueno, será mejor que nos pongamos a trabajar. Intenta averiguar lo que hemos acordado; necesito ir, quiero saber...

—Espera... —me interrumpe, Simón—. La contraseña.

—¿La contraseña?

No entiendo nada.

—La contraseña de seguridad, tuvo que repetirla dos veces. Su primera vez se equivocó en el dígito final. Me dijo dos, y su contraseña acaba en cuatro.

—¿Estás seguro? Sabes tan bien como yo, que Vanessa no se olvidaría de su contraseña.

—Sí, me dijo: *no te creo* y la repitió.

—¡Vanessa creía que teníamos un topo!

Simón abre mucho los ojos, es un código al que jugábamos. Si alguna vez estábamos en peligro extremo, usaríamos nuestro propio código. Trabajamos en la agencia de seguridad de la Unión Europea, pero hay compañeros con los que debemos compartir información que apenas conocemos, y confiar la vida a alguien desconocido, a veces no es una opción.

—Sí, eso parece...

—Simón, ponte a trabajar, averigua todo lo que sepas de mi hermana. Haz un barrido a las cámaras del hostel, mira dónde puede estar metida y haz lo posible para que me manden a esa misión.

—Puede ser peligroso, Roxy —me dice preocupado.

—Si tenemos un topo en la agencia, debemos averiguar quién es, y saber qué es lo que quiere. No voy a quedarme de brazos cruzados, sabiendo que mi hermana puede que esté en peligro, o lo que es peor..., muerta —le pido a Simón—. Cuando nos metimos en esto, sabíamos al juego al que jugábamos.

—Dame hasta mañana, voy a asegurar el perímetro, necesito tenerlo todo controlado antes de lanzarte a la *boca del lobo*.

—Debemos mantener lo que sabemos en secreto.



El día ha pasado volando, apenas he podido pegar ojo en toda la noche y Jean no ha venido a dormir. Parece que estemos incomunicados; cuando yo duermo, él vive y cuando yo vivo, él duerme.

Tampoco tenía ganas de llegar a casa y tener que lidiar con lo que fuera que pasó en la oficina, así, que muy a mi pesar, nos ha hecho un favor a los dos.

Me ducho, me pongo ropa limpia y me dirijo a la oficina. Estoy ansiosa por saber lo que ha descubierto, Simón. Miles de escenarios han rondado mi cabeza toda la noche, y se decida lo que se decida, lo tengo claro, voy a ir a buscarla; ya sea de manera oficial, o extraoficial.

De manera extraoficial necesitaré un equipo del que no dispongo, pero voy a buscar a Vanessa, hasta debajo de las piedras, así que vengo con la esperanza de que se baraje la primera opción.

—Buenos días, Jean —le digo.

Cuando entro en la oficina, él está sentado en su silla detrás del escritorio. Todavía nadie ha llegado, por lo que este pequeño tiempo, nos da unos minutos para hablar de lo sucedido ayer.

—Buenos días, Roxana.

—Siento lo que te dije ayer —rectifico—. En realidad quería decirte lo que te dije, pero

debería haberlo dicho de otra manera. Perdón.

—No. El que lo siente soy yo. En realidad, tenías razón. Esto es lo que somos.

—Sabíamos que esto podría pasar, que no todo sería un camino de rosas —añado.

—Si Simón da el visto bueno, voy a firmar la autorización para la misión *Samra*.

—Gracias, Jean. Sabes que esto también lo haría por ti.

Aunque estemos algo distanciados, lo quiero, claro que lo hago.

—Claro que lo sé.

Jean se levanta y se pone delante de mí. Me aparta el cabello detrás de la oreja, tengo que cerrar los ojos para notar el tacto de sus dedos y recordar la última vez que lo hizo en las últimas semanas.

La puerta se abre y los compañeros empiezan a entrar; Simón, Rowan y Samanta.

Simón tiene los ojos hinchados, ha pasado esta última noche en vela, no hace falta que lo diga, nos conocemos muy bien.

—Simón, ¿tienes lo que te pedí? —le pide Jean.

—Ha sido un día duro..., pero tengo información. —Se aproxima con paso decidido al proyector, saca un pendrive y lo introduce.

—Sorpréndenos, Simón —dice Samanta, con voz aburrida.

Todos nos sentamos alrededor, Jean cruza las piernas y enciende el proyector.

—Este es nuestro hombre, todos lo conocen como Plukman. Se le asignan delitos de contrabando de armas, asesinatos, extorsión, drogas... La lista es larga.

La pantalla nos muestra a un hombre moreno, con rasgos duros y fuertes, cada poro de su piel emana peligro.

—El pasado cuatro de octubre, la agente Vanessa Bruni; se ofreció como agente en la misión *Samra*. —La fotografía de mi hermana, aparece en pantalla—. Como ya sabemos, este hombre reside en Bucarest donde regenta un Club de lujo. Este hombre maneja la frontera con Ucrania y se cree que es el responsable de los miles de extravíos de armamentos dirigidos a este país, que actualmente está en guerra.

—Simón, todo esto ya lo sabemos, ¿puedes ir al grano? Tenemos trabajo —replica Samanta.

Simón cambia la diapositiva. En ella aparece mi hermana saliendo del hostel, la diapositiva está fechada el doce de octubre a las dos de la mañana, claramente es Vanessa y lleva ropa deportiva. «¿A dónde ibas?».

—Esta es la última vez que salió del hostel. Hay una cámara de seguridad justo enfrente, me ha sido difícil acceder a ella, pero me he pasado toda la noche revisando las imágenes. —Para, para beber agua de su botellín—. La agente conocida en Bucarest como, Chatia Gin, salió dos noches antes de tener que ponerse en contacto con la DGSE y no volvió.

—Dinos algo que no sepamos. —Vuelve a replicar Samanta.

—También podrías mantenerte callada, toda información es necesaria —arremeto.

—Desde el día siguiente no volvió. He llamado al hostel haciéndome pasar por un familiar cercano. No la han visto. La habitación estaba pagada hasta ayer y las limpiadoras retiraron sus enseres a un almacén, han guardado sus pertenencias por si las reclamaban.

Simón me mira mientras da la explicación.

—Eso solo explica que Vanessa ha desaparecido, no sabemos si es seguro mandar a Roxy, y suplantarla —puntualiza Jean.

—Por eso me he tomado la molestia de entrar en la base de datos del Club Dobon. Las trabajadoras del Club, están obligadas a fichar a la entrada y salida. Cathia Gin, nuestra agente,

fichó por última vez esa misma noche a las doce. He extraído de la base de datos varios contactos de trabajadoras, y las he llamado haciéndome pasar por un cliente que quería contratar sus servicios fuera del Club. Una de ellas, Pamela, me ha dado la información que esperaba. Parece ser que conocía bien a Cathia. Le he pedido poder contactar con ella, ya que quería contratar sus servicios. Me ha dicho de manera textual; Cathia no realiza esos servicios, además hace días que se fue a visitar a su familia y todavía no ha vuelto.

—Pero, ¿por qué le diría mi hermana que iba a visitar a su familia, en mitad de una misión? Hay algo que se nos escapa.

—No aclara nada esta información, si la han capturado, serás un blanco fácil —me advierte Jean.

—No lo sabemos, además no tenemos otra opción. Todo lo que tenemos es esto, necesitas a alguien que meta a ese hijo de puta entre rejas, la operación está en marcha y yo continuaré con ella.

—También podría ir Samanta, es una de las mejores agentes —me responde Jean.

—Meter a Samanta, retrasaría todo, y lo sabes. Cathia ya estaba dentro del Club, sabes lo que cuesta ganarse la confianza de ese hombre, sabes el tiempo que perderíamos, ya casi lo tenemos...

—Roxy tiene razón, tenemos que arriesgarnos. Dentro de un mes se hará un envío grande de armamento, es la oportunidad de pillar a ese tío con las manos en la masa. Media Unión Europea va tras él, no podemos dejar que otros se nos adelanten, si queremos pillarlo —expone Simón.

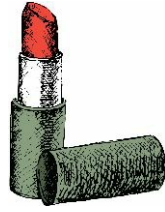
—Voy a ir, Jean —En realidad es una afirmación, pero le estoy pidiendo permiso.

—Tienes dos días para prepararte, en dos días te mandaremos a Bucarest. Más tarde te entregaré la documentación, espero que no estés equivocada. Si Vanessa está muerta, tú también

lo estás. —Jean sale de su despacho y nos deja al equipo trabajando y planeando la misión, debo ir preparada para encontrar a mi hermana.

ROXANA

CAPÍTULO 3



—¿Estás bien? —le pregunto a Jean cuando llego a casa, y lo encuentro con el pelo despeinado, bebiendo en la isla de la cocina una botella de ron.

—Estoy preocupado —responde, sin apartar la vista de su bebida.

—Yo también estoy preocupada, Jean. Sé que piensas que es un suicidio, pero si hay una mínima posibilidad, quiero agarrarme a ella.

—No quiero perderte, Roxy —me dice.

—Solo confía en mí, hemos trabajado mucho tiempo juntos. Sabes de lo que soy capaz.

—Claro que lo sé. —Me coge por la cintura y me pone entre sus piernas. Yo le rozo la mejilla, tiene la cara descompuesta.

—Te quiero, Jean. Y, no quiero que pienses que esto es una despedida, voy a cumplir con la misión y voy a encontrar a mi hermana.

—Esto es mucho más grande —se detiene para coger aire—. Solo, ten cuidado, ¿vale?

—Lo tendré...

—Siento que he perdido mucho tiempo trabajando, que podría haberlo pasado contigo... —Saca una cajita de su bolsillo trasero—. Quería dártelo el día de la gala benéfica, pero no tuve valor, espero que no sea demasiado tarde.

Abro la caja. Dentro hay un anillo de diamantes.

—Esto es...

—Quería pedirte que te casaras conmigo.

Percibo la tristeza en su mirada y siento que en el fondo se está despidiendo de mí, que este anillo no es una unión, es un recuerdo de lo que podría haber sido si las cosas hubiesen ocurrido, de otra manera.

—Jean, esto no es una despedida. Confía en mí—. Saco el anillo y me lo pongo en el dedo anular—. Cuando vuelva, hablaremos de lo que nos ha pasado.

Jean se levanta, me acaricia la mejilla y me deposita un dulce beso en los labios, no quiero que sienta que esto es un adiós, pero es que yo también lo hago, lo de despedirme. Voy a una misión muy peligrosa, y sé que si se han deshecho de mi hermana, harán lo mismo conmigo.

—Vamos a la habitación —me pide.

Me coge de la mano y me guía, cuando llegamos me siento sobre la cama. Jean se desabrocha la camisa y se quita el cinturón del traje. Yo bajo la cremallera de mi vestido.

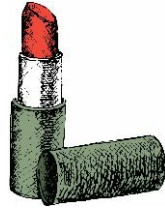
No es brusco, ni salvaje, es tranquilo y lento. Se inclina sobre mí, se pone un preservativo y se sitúa entre mis piernas mientras reparte dulces besos por mi cuello. Toco su pecho y él me acaricia con la mirada mientras entra dentro de mi cuerpo pausadamente, como el que toma algo, que no va a volver a probar.

—Te voy a echar de menos, nena.

—Yo también te voy a echar de menos, Jean.

ROXANA

CAPÍTULO 4



El avión aterriza en Bucarest, llevo todo lo que tengo que llevar conmigo. Entre mis cosas, dejo el dispositivo de seguridad que me ha echado Simón en la maleta, de manera extraoficial. Si Vanessa creía que teníamos un topo, necesitaré un plus de ayuda.

El recepcionista del hostel, me da la llave. Aprovecho para ofrecer una disculpa por dejar la habitación sin avisar y me entrega la maleta que mi hermana dejó.

—Gracias por guardar mis cosas —le digo al señor que está en recepción—. Un familiar fallecido. Ya sabe.

—Siento su pérdida —dice educadamente mientras me observa.

—Mi habitación...

—Es la misma, disculpe —se excusa por no darme las indicaciones.

En realidad no sé cuál es mi habitación, y la llave está provista del número, así que no me queda otra que improvisar algo.

—¿¡Cath!?! —Una voz con un perfecto inglés, suena a mi espalda—. ¡Cath! —Se me abalanza una mujer de pelo rojo y curvas de infarto—. Venga, vamos, yo te ayudo con esto.

Coge una de mis mochilas, y me guía hacia mi habitación.

—Menos mal que ya estás aquí, no sabes lo dura que ha sido esta semana; Beatrice está insoportable, nos ha hecho doblar turnos, para cubrir tus horas. Algunas han llegado a especular,

sobre si te habían hecho desaparecer, Andrei tampoco aparecía y ya estaba empezando a preocuparme, pero veo que por fin estás aquí. —Esta mujer no para de parlotear, puede que sea más fácil de lo que me imaginé entrar en el Club sin levantar sospechas.

Pelo tintado, metro cincuenta y cinco, ojos almendrados y unas curvas prominentes, solo puede ser Pamela. En el último informe, mi hermana la mencionaba como Pam.

—Pues ya estoy aquí —sonríó.

—Cuando me llamaste para avisar que te había surgido algo con tu hija, la verdad es que me preocupé un poco. —Deja la mochila delante de la que debe ser mi puerta—. Por cierto, ¿tu hija está bien?

—Sí, solo ha sido un susto. Gracias por preguntar.

—Entonces, ¿cuándo empiezas?

—Pues no lo sé. Un accidente con el teléfono, se lo absorbió el váter.

—¡Qué suerte! —ironiza—. Bueno, ahora te paso los contactos. Llama a Beatrice, seguro que tiene trabajo para darte.



Después de ponerme en contacto con mi encargada, Beatrice. Desempaqueto mi mochila, y la de mi hermana. Apenas me da tiempo para ver lo que hay en su bolsa. En ella hay un par de atuendos de cuero, que entiendo que son los uniformes que usaba para trabajar. Así que me decido, por una falda negra con un top a juego. La ropa es súper entallada y se amolda a cada centímetro de mi piel, ni siquiera puedo abrocharme bien el top, ya que yo tengo algo más de pecho que Vanessa y me aprieta, haciendo que un contorno de carne me asome por encima de la ropa.

Me pongo una chaqueta larga para tapar mi *Outfit* y me dirijo al Club Dobon, está a solo dos calles del hostel. La fachada negra, con la ilustración de un animal salvaje, me recibe en la

oscuridad del atardecer.

Un *gorila*, está de pie en la puerta principal de brazos cruzados. Entro, y las luces me reciben al son de la música que suena demasiado alta. El suelo retumba al compás y hace temblar mis zapatos de tacón en el suelo de madera.

Debo encontrar a Beatrice, la he visto en varias diapositivas. Es una mujer rubia de pelo largo y piernas de infarto, es la mano derecha de Plukman, y según los informes, también es su amante.

—¿Dónde coño te has metido estas dos semanas? —Me coge del brazo y me mete en una especie de reservado.

—Un asunto familiar.

—Ya... —me mira con desdén—, y mañana me dirás que quieres las vacaciones de Navidad. No puedes desaparecer así como así del trabajo, por un asuntito... y menos después de no llevar ni diez días trabajando aquí.

—Perdona, no era mi intención faltar tan repentinamente. No volverá a pasar.

—Eso espero, porque no voy a darte otra oportunidad. Que sepas que no hemos encontrado otra camarera, por eso sigues aquí. Así que mueve tu culo y sirve esas bebidas. ¡Ya!

Salgo al Club y veo que una mujer, me saluda desde el otro lado del local. Me pongo detrás de la barra y empiezo a servir bebidas.

—¿Has perdido la costumbre, francesa? —me dice una chica de pelo rubio, que me quita el vaso de las manos—. No servimos bebidas sin alcohol, si quiere una Coca-Cola, dile a ese cliente, que se la ponga su mujer.

Beatrice aparece entre la clientela y me dedica una mirada de desaprobación, sé que soy lenta, no he trabajado nunca como camarera.

De pronto las puertas se abren. Un hombre de rasgos duros y marcados entra con paso decidido, no puedo evitar mirar en su dirección. Piernas fuertes, pecho corpulento, rasgos angulares, cabello y ojos oscuros. Lo he visto en diapositivas, pero tenerlo caminando a paso decidido en mi dirección, hace que cada centímetro de mi cuerpo se ponga en tensión.

El hombre desprende; peligro, fuerza y dureza.

Dos hombres le siguen el paso. Él entra a paso decidido y coge a Beatrice de la cintura y literalmente le mete la lengua en la garganta.

—¡Ey! ¿Crees que te han contratado para estar ahí parada? ¡Las copas no se sirven solas!

Mi compañera, que no sé cómo se llama, me saca de mi ensoñación. En parte, se lo agradezco, ese beso ha sido repugnante.

—Perdón. Sí, claro...

—No vuelvas a mirar así al jefe, si no quieres que Beatrice te despida. O lo que es peor, te dé de comer a los peces.

—No estaba mirando nada —me excuso.

—Ya..., eso dicen todas.

—Oye, morena. ¿Me sirves un Jack Daniels? —me pide un hombre que está en la barra y la mirada fija en mi escote.

—Sí, claro, enseguida.

Le pongo su bebida y se la sirvo, pero mi subconsciente decide echar la mirada al jefe una última vez.

Es entonces cuando su mirada se cruza con la mía y veo en su rostro dibujada la sorpresa. «¿Me ha descubierto? ¿Tiene a mi hermana y ahora soy un blanco fácil?». Todas esas preguntas me ponen nerviosa.

Se dirige a la barra en mi dirección, dejando a Beatrice en mitad de la pista.

—¿Cath? ¿Qué coño haces aquí? —me dice esa voz ronca, en un perfecto inglés.

—Trabajar, ¿te parece mal?

Su sonrisa engreída le inunda toda la cara, es una mirada perversa.

—¿Trabajar?

—Sí, eso he dicho. ¿O acaso piensas despedirme?

—Plukman, la novata ha vuelto. La he puesto a trabajar, ya sabes que estábamos faltos de camareras, aunque si por mí hubiese sido, estaría despedida.

—No hace falta. Márchate, Beatrice. —Más que pedirlo, lo ordena—. De Cath, ya me ocupo yo.

—Pero...

—¿No me has oído?

Ni siquiera la mira cuando la despacha de su lado.

—Sí, jefe —responde esta con desdén. No sin antes, dedicarme una mirada de desprecio.

Yo no sé qué decir, no conozco el trato que Cath tenía con él, también desconozco si estoy metida en la *boca del lobo* y he sido descubierta, por lo que aunque intento disimularlo, mi cuerpo tiembla. Llevo una horquilla en mi moño con la que podría defenderme, pero este local está abarrotado de su gente y aunque estoy entrenada y sé defensa personal, el cuerpo de este hombre me duplica en tamaño.

Si he sido descubierta, no tengo manera de salir con vida de aquí.

—Necesito que vengas a mi despacho. —Al ver que no me muevo del sitio, grita—.
¡Ahora!

Hago lo que pide, salgo por detrás de la barra y lo sigo. Él me espera y hace una inclinación de cabeza para dejar que yo pase primero.

PLUKMAN

CAPÍTULO 5



No puedo creer que esto me esté pasando a mí. La *supuesta* Cath, ha vuelto a mi Club. Podría deshacerme de ella ahora mismo como hice con su hermana y evitarme problemas. Pero pensándolo bien, podría ser divertido. Nadie sabe que es la hermana gemela de la agente, que ella también podría ser una, y que me apetece este juego. Esto va a ser muy divertido.

—Siéntate —le ordeno una vez dentro de mi despacho.

—Estoy bien de pie. —Esta Cath habla un inglés más fluido. Su voz es más fina y suave.

—No te he hecho una pregunta —le exijo.

La mujer se sienta frente a mí, nos separa el escritorio. Aunque está incómoda, no me evita la mirada, que evalúa fijamente. No he podido evitar bajar la vista, y ver que el top le aprieta los pechos haciendo que se le sobresalga la carne por arriba, más de la cuenta.

—¿Qué necesita?

—Veo que ya has solucionado tu problema familiar.

—Sí, ya lo he hecho.

Su respuesta es escueta.

—Me alegro, ya ves cómo están las camareras de revueltas. —Me recuesto en mi silla sin

apartar la mirada—. Pero no te he hecho venir a mi despacho para hablarte de mis empleadas.

—Eso me parecía —murmura.

—Quiero que trabajes para mí.

—Ya trabajo para usted.

—No de camarera. Quiero que seas mi asistente personal.

Si pretende ser mi enemiga, quiero mantenerla cerca.

—¿Asistente? Y, ¿qué se supone que debo hacer? —Esto lo dice con retintín, pero lo disimula o por lo menos lo intenta.

«Esto va a ser divertido».

—Necesito alguien de confianza, que organice las reuniones y me ayude con la contabilidad. Me dijiste que sabías de números. Además, necesito una crupier para mis reuniones de negocios. La última que tuve no sabía si la ficha verde sumaba quinientos o cincuenta euros, así que me alegro de que hayas vuelto.

La mujer me mira extrañada, es más que obvio que no confía en mí. Pero yo tampoco me fío de ella, en eso tenemos algo en común.

—No sé... —responde dubitativa.

—No te lo estoy preguntando —exijo—. Toma, cómprate algo menos decente. —Le lanzo un fajo de billetes sobre la mesa—. Te quiero en mi oficina todos los días a las seis, esta noche la tienes libre.

Coge el dinero que hay sobre la mesa y se lo mete en el escote, no me pasa desapercibido, que el corsé se le abre unos centímetros.

«Plukman, no pienses con la polla».

No entiendo por qué esta mujer me pone tanto, es igual físicamente a la agente y a ella no la

hubiese tocado un solo pelo, a esta la tumbaría ahora mismo sobre el escritorio y me la follaría.

—Mañana a las seis estaré en tu despacho, acepto el trabajo —responde con los dientes apretados.

«Ni que tuviera otra opción». Es una ingenua, cree que tiene elección, no pienso darle tregua, voy a divertirme como hace mucho que no hacía.

—Mis trabajadoras no llegan tarde, tampoco se traen sus problemas a este Club, tus mierdas las dejas de puerta para fuera. —La señalo con el dedo—. Tampoco quiero novios celosos, y menos que se practique sexo con ningún trabajador bajo mi techo..., si no es conmigo. —Enfatizo.

—No te preocupes por eso, no tengo con quién.

No puedo fiarme de ella, aun así esa afirmación me gusta que haya salido de sus labios. Aunque no sepa si es real o no.

Saco mi teléfono y marco el número de Beatrice, no tarda ni diez segundos en descolgar. La pongo en manos libres.

—Dime, Plukman, ¿quieres follar?

La mujer que tengo enfrente, se sonroja.

—Ven a mi despacho.

Beatrice entra por la puerta, se dirige hacia mí. No sin antes repasar con una mirada despreciable a la mujer que tengo sentada enfrente.

—A partir de mañana, Cath, será mi asistente y se ocupará de los servicios de crupier en mis partidas de negocios.

—Pero, Plukman... —intenta rebatir mi decisión. Yo la fulmino con la mirada.

—Está bien —dice Beatrice de malas maneras—. ¡Ahora a trabajar! —exige de malas

maneras a la mujer.

—Lo siento, pero no. Una pena, pero Plukman me ha dado el día libre. Empiezo mañana.

La agente es una mujer de armas tomar, no se deja amilanar por nadie, ni aunque esté intentando joderme entrando en mi Club. Ver a mi amante y a esta mujer frente a frente me está poniendo muy duro.

El temperamento de esta mujer es desmesurado.

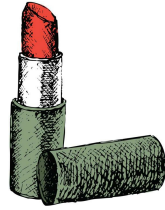
Beatrice hace amago de darle una bofetada, pero yo la cojo del brazo antes de que eso pase.

—¡Las mierdas se quedan fuera de mi Club!

Beatrice sale como alma que lleva el diablo de mi despacho, dejando un reguero de insultos entre dientes. Pegando un portazo al salir.

ROXANA

CAPÍTULO 6



No llevo ni un día y todo está saliendo a pedir de boca. Tengo una oportunidad de entrar directamente en los negocios de Plukman.

Cojo los enseres de mi hermana y los dejo sobre la cama. No solo estoy aquí por la misión, estoy para encontrar a Vanessa. Miro con detalle cada pertenencia que se ha dejado en la mochila y solo veo ropa y maquillaje.

Zarandeo de un lado a otro la mochila, para ver si hay algo dentro de ella, y aunque no hay sobrepeso en ella, noto el movimiento de algo dentro, por lo que empiezo a registrar todos los compartimentos. Entre ellos, puedo palpar un bulto. Cojo unas tijeras de mi equipaje de mano y rasgo la tela. Entre los lugares ocultos, aparecen retales de papel y dos fotografías caen al suelo.

Me agacho para recogerlas y las miro detenidamente. En una salimos mi sobrina Cath y yo, ambas estamos disfrutando de un helado en nuestra heladería favorita. La otra es la fotografía de mi sobrina hecha desde cerca, en ella puedo ver como sonríe a la cámara y abre esos preciosos ojos.

Miro las fotos por ambos lados, pero no hay nada. Cojo los papeles rotos, son recortes de periódico. Los uno, pero faltan trozos de papel y aunque hago jirones la mochila, dentro ya no hay nada.

Puedo distinguir la noticia de *La noche benéfica*. Es la noche que Jean pensó en pedirme matrimonio, pero se echó atrás. Recuerdos de las últimas semanas, amenazan con apretarme el

pecho y echo manos al collar, en el que me he atrevido a colgarme la alianza que me entregó hace apenas unos días.

«¿Será suficiente este alejamiento, para curar la distancia, qué ya habíamos puesto entre nosotros?».

Intento leer la noticia con los pocos recortes que faltan.



***LA GALA BENÉFICA DE LAS FARMACÉUTICA BONNARD.
MILLONES DE EUROS RECAUDADOS.
EL ÚNICO HIJO DEL MULTIMILLONARIO, VA ACOMPAÑADO DE UNA MUJER***

Me veo en la fotografía en blanco y negro, y recuerdo el poco brillo que transmitía mi mirada en esa foto.

Recuerdo a Jean apretar mi mano, estaba muy nerviosa, era la primera vez que asistía a un evento como ese. Era el día que conocía a su familia.

—Tranquila, nena. Estás preciosa —me susurró.

Recuerdo cada detalle de esa noche, pero no logro comprender por qué tiene Vanessa esto en su mochila.

Unos golpes en la puerta me sobresaltan, devolviéndome al presente.

—¡Eh!, francesa. —Grita una mujer. Es Pam—. ¡Sé que estás ahí!

Cojo todo lo que tengo sobre la cama y lo meto debajo de ella, antes de dirigirme a la puerta para abrir.

—¿Qué pasa?

—*Un burro por tu casa.* —Pam entra en mi habitación con total naturalidad.

—¿Dónde estuviste anoche, que no te vi en el Club? —le pregunto.

—Ayer me tocaba libre, así que aproveché para quedar con el chico del que te hablé.

—¿El moreno? —Me arriesgo, ya que yo no sé nada de su vida personal.

—Sí. Llevamos un tiempo tonteando y con la normativa de; «no poder tener relaciones en el trabajo», hemos tenido que esperar.

Vale, Pam está liada con algún compañero.

—Hoy empiezo a trabajar en el Club, como asistente. ¿Sabes cómo visten las asistentes?

Pam se queda con la boca abierta.

—Madre mía, si Plukman te ha elegido como asistente, seguro que te quiere con poca ropa.

—Se echa las manos a la boca—. ¡Madre mía! ¡Madre mía! Cuando se entere Beatrice, va a arrancarte los ojos.

—Ya lo sabe. Y deduzco que está buscando las mil de maneras de hacerme morir, antes de que trabaje con su amante.

—Si Plukman te ha elegido como asistente, es por algún motivo, confía en ti. Y eso, a Beatrice, no le habrá hecho ninguna gracia. —Gesticula con la cara—. Ten cuidado con ella. Es peligrosa.

—¿Tan peligrosa como para despedirme?

—Tan peligrosa como para deshacerse de una persona —dice esto en un murmullo, para que nadie pueda oírla—, he estado preocupada por ti.

—¿Por mí?

—Claro, ¿por quién si no? —Apunta incrédula—. Desapareciste el mismo día que Andrei, y me mandaste un mensaje escueto sin muchas florituras. —Me enseña la pantalla de su teléfono—. ¿Qué querías que pensara?

Aprovecho para coger su móvil entre las manos, para releer lo que Vanessa le envió. Miro la fecha, la hora y hasta copio mentalmente cada detalle de esa frase.

Pam, eres en la única persona en la que confío. He ido a ver un familiar, es urgente. Si alguien pregunta por mí, dile eso mismo.

La fecha es posterior a la última pista que teníamos de ella, y el mensaje podría esconder muchas cosas.

Sabía que alguien llamaría para preguntar por ella, sabía que yo me ofrecería a venir en su lugar y sabía que Pam, me enseñaría ese mismo mensaje.

Vanessa era intuitiva, siempre me ganaba en los juegos de ingenio, aunque yo poseía más fuerza bruta y destreza en la lucha.

—Pues ya ves, que no tenías de qué preocuparte. —La tranquilizo.

—Bueno igualmente, ten cuidado.



Dejo sobre la mesita el dinero que me dio Plukman, para mi nuevo vestuario. No pienso ir vestida de cualquier manera, para organizar documentos y a saber qué. Así que cojo un vestido sencillo de flores y unas sandalias color crema, me suelto el cabello y me pinto un poco de colorete de manera sencilla.

Cuando entro a su despacho a las seis y tres minutos, Plukman está sentado en su sillón, y me repasa con la mirada.

—¡Llegas tarde!

—Son las seis —miro mi reloj—, y tres.

—Veo que eres la idónea para el trabajo, sabes contar... —Me halaga con sarcasmo.

—Ese es el motivo por el cual, has decidido que cuente tu dinero.

—Ja, ja, ja —Su sonrisa estruendosa se extiende por todo el despacho—. ¿Sabes que tus bromas no tienen gracia?

Me gustaría decirle que mucho menos sus sarcasmos me alegran el día, pero eso lo guardo para mí misma.

Este hombre es un criminal, un verdadero despropósito para la humanidad y un quebradero de cabeza para mi agencia, y ahora para mi vida.

—Y, bien. ¿Cuál va a ser mi trabajo?

Plukman se levanta de su asiento y desliza la silla a un lado para que me acerque a él. Me extiende la mano para que se la coja, pero yo la evito. Aparta la silla para que me siente en ella, que aún está caliente por su actual calor corporal.

—Quiero que revises las cuentas del Club de este mes. Me dijiste que se te daban bien los

números. Veamos de qué eres capaz.

Acomodo la silla a mi altura, y cojo todo lo que me ha dejado sobre la mesa. Son anotaciones hechas a mano de las entradas de dinero y los gastos. Esta información podría ser muy útil para mi investigación personal, ya que nos consta que el Club Dobon, solo es una tapadera para lo que de verdad hace este hombre.

Me quedo absorta, mirando todos los movimientos. Las ganancias son brutales en lo que llevamos de mes. No hay documentos más allá que todo lo anotado, pero para empezar me valdrá para poder ir indagando.

Hay varias anotaciones de; *fiestas privadas* a precios descomunales.

—¿Vas a quedarte ahí, plantado todo el día mientras trabajo? —le pregunto mientras levanto la mirada.

Plukman está sentado en el sillón con la mirada fija en mí, mueve el cuello a un lado y al otro estirándose. Observarme sin hacer absolutamente nada, debe ser agotador.

—No tengo nada mejor que hacer.

«No, seguro que no. Atormentar a damas inocentes, es su pasatiempo favorito».

Bueno, lo de inocentes no es por mí, pero sí que lo debo aparentar con este vestido tan cursi que me he atrevido a ponerme.

—Debes aburrirte mucho. —No aparto la mirada de los papeles cuando lo digo.

—No sabría explicarte cuánto.

Yo sigo trabajando, e intento disimular que su voz no me inquieta, ahora mismo noto su mirada encima de mi persona.

Me limito a concentrarme en los documentos, pero algo entre los papeles, llama mi atención. Las transferencias a los trabajadores. *Mi nómina* de los días que trabajó Vanessa aquí,

es de mil euros.

«¿Mil euros de ocho días?». Pienso tratando de que no se note que estoy escandalizada.

Tengo que ganarme su confianza, si lo que quiero es manejar documentos más importantes que un simple bloc de notas.

Sobre el papel marco el balance del mes. Ha ganado un millón setecientos ochenta y seis euros. Eso es lo que anoto en el papel, pero en realidad la cantidad que le enumero es otra.

—Espero que tengas más trabajo para mí que contar unos simples balances.

—Créeme que lo tengo. —Esa voz ronca me roza la piel y no sé muy bien si la afirmación conlleva una connotación escondida.

—Un millón, quinientos ochenta y seis euros —le indico.

—Un millón, setecientos ochenta y seis euros —me corrige—. Quizá me equivoqué al pensar que sí sabías contar.

Alzo el papel donde la cantidad correcta está anotada. Sé contar, pero él no confía en mí, esto solo era una de sus pruebas.

Si no, ¿por qué me ha tenido media tarde contando, si ya sabía la respuesta?

—Mañana tengo una reunión importante. Necesito que seas mi acompañante.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Lo que hacen las mujeres que trabajan para mí. Ver, oír y callar. —Plukman se rellena una copa y me mira serio.

No puedo distinguir cuando está enfadado o ironizando, pero no debo olvidar que es el contrabandista más buscado de la Unión Europea, y que su curriculum de extorsiones, robos y asesinatos, es enorme, así que debo andar con cuidado.

—Suená aburrido.

—No te llevo conmigo para divertirnos. Para pasar el rato ya tengo a otras.

Eso ha sido un golpe bajo, y aunque no debería importarme, que me diga que no le parezco atractiva, ha hecho que mi autoestima caiga en picado. Aunque si lo pienso con calma, que no se sienta atraído hacia mí, va a ponerme el camino más fácil. No me gustaría tener que recurrir a ningún medio para llegar a donde quiero, ni fingir hacia este hombre. Estoy comprometida, y mi corazón es de otra persona.

—Es bueno saberlo.

—Mandaré un chófer mañana a las siete a recogerte.

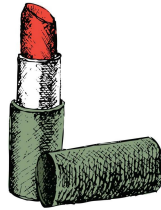
—¿A las siete?

—Sí, yo mismo escogeré tu vestuario. Donde vamos, no gustan los vestidos de flores de colores. —Vuelve a repasarme con la mirada—. Ahora ya puedes marcharte.

«Estúpido prepotente».

ROXANA

CAPÍTULO 7



Pam, se ha ofrecido a acompañarme a ir de compras. Esta vez he sido yo la que he tomado la iniciativa y he ido a su habitación. Toco la puerta, y al no recibir respuesta, la llamo alzando la voz. Son las once de la mañana, y aunque seguramente ha trabajado hasta tarde, sé que ya está despierta.

—¿¡Pam!?! —Toco por décima vez a su puerta.

—Dime.

Entreabre la puerta de su habitación de mala gana y despeinada. Yo la empujo y entro. «No debería haber hecho eso. No, claro que no».

Uno de los hombres del Club, está sentado semidesnudo en su cama. Es Conrak, la mano derecha de Plukman. Es un muchacho muy joven, debe tener unos veintiocho años y, Pam unos diez años más, pero viéndolos a los dos aquí juntos debo reconocer, que hacen muy buena pareja.

—Perdón. —Me doy la vuelta para no verlo con el torso desnudo mientras se pasa la sudadera por encima de la cabeza.

—Yo ya me iba —dice Conrak, que pasa por mi lado y sale en dirección a la salida.

—Lo siento, no quería interrumpir —me excuso.

—Tranquila, no nos has interrumpido. Aunque la próxima vez te pondré un calcetín en el pomo de la puerta, así sabrás que estoy acompañada. —Pam se dirige a la puerta del cuarto de baño—. La verdadera fiesta, ya nos la dimos anoche.

—¿Estás saliendo... ? —Dejo la pregunta a medias.

—¿Te parece que es demasiado joven para mí? —cuestiona—. Porque a ese tío le vuelven loco mis pechos. A los hombres les vuelven locos, unas buenas tetas, y, estas. —Se las agarra con ambas manos—. Han toreado en muchas buenas plazas.

—Ja, ja, ja. —Río por su ocurrencia—. Para nada creo que sea *demasiado* joven. De hecho, creo que hacéis muy buena pareja.

—Bueno, no estamos saliendo, pero nos acostamos casi todas las noches —expone insegura—, aunque ya lo sabes, Conrak se debe a su trabajo, y no estoy muy segura de que quiera llevar esto más lejos.

Pam, coge su ropa para darse una ducha, se mete por completo en el baño. Escucho el agua correr, ha conectado el grifo.

—¡Ahora salgo! Tú ponte cómoda, voy a darme una ducha rápida.

Aprovecho para inspeccionar su habitación, cualquier dato, puede llevarme al paradero de Vanessa y, Pam, era el contacto más cercano con el que compartía su vida.

La habitación es tan escueta como la mía, es pequeña. Solo tiene una cama con un cobertor verde, una mesita de noche y un armario. La cama está deshecha, el armario está entreabierto. Aprovecho para registrar sus cosas, en busca de algo, aunque no sepa muy bien lo que estoy buscando, cualquier pista podría llevarme al paradero de Vanessa.

—¿Entonces vamos de compras? —berrea desde la ducha.

Mi cuerpo se sobresalta, estoy haciendo algo que no debería, pero ante todo soy una agente.

En el armario, solo hay ropa, zapatos y una caja de cartón mediana. La abro, y cuál es mi sorpresa. Una artillería de juguetes sexuales, que cierro al instante. «Dios, no debería haber visto eso».

Dejo todo tal y como está y me dirijo a su mesita de noche.

—¡Necesito un vestido para esta noche! —grito al lado de la puerta.

El grifo de la ducha se para, por lo que calculo, solo tengo unos minutos para terminar de registrar su habitación.

—¡Primero, déjame que desayune! —me responde.

En el primer cajón solo hay ropa interior, no hay nada. En el segundo, tiene joyas; pendientes, pulseras, collares... Pero algo llama mi atención.

Es la pulsera de Dior que le regalamos Jean y yo, en su veinticinco cumpleaños a Vanessa. Tengo que cogerla, para cerciorarme que es la suya, y veo la fecha grabada en el interior.

Vanessa 20/06/1998

No puedo demorarme más tiempo, Pam le quedan unos segundos para salir. Cierro el cajón y me dispongo a hacerle la cama.

—Ehhh... ¿Qué a ti no te hacen la cama en este hostel? —Escucho por detrás.

—Soy muy metódica con el orden.

—Lo sé. —Resopla—. Qué aburrido. Por cierto, Conrak me dijo ayer, que su primo Mateu, estaba interesado en ti. Si quieres este viernes me toca libre, podríamos ir a tomar algo. Una cita de cuatro.

—Qué va, no me gustan las citas —titubeo—, además no sé todavía qué espera el *jefe* de mí. Esta noche tengo que acompañarlo.

—Espera lo que todos los hombres. Pasar un buen rato contigo —repone—. Lo extraño es

ese interés repentino en ti.

Pam me mira arrepentida por lo que ha dicho.

—No, perdón. No quería decir eso. Es solo qué, lo odiabas, no confiabas en él, y de la noche a la mañana vuelves a trabajar en el Club, y parece que tiene algún interés en ti.

Vanessa no trataba con Plukman, se dedicaba a trabajar y a descubrir toda la información para la agencia. Pero, ¿dónde está? ¿La descubrieron y se deshicieron de ella? Pero esta segunda opción la descarto de mi cabeza, si se hubiese deshecho de ella, yo ya estaría muerta.

—Sabe que soy buena con los números, igual es eso.

—No tengo ni idea. Lo que sí sé, es que quiere algo contigo. Nunca interactúa con ninguna de nosotras, solo somos trabajadoras, excepto con Beatrice, la encargada. Todos sabemos que son amantes, así que...

—Así que me ha puesto una diana en el trasero.

—No lo dudes. Beatrice ha despedido a más de una mujer por poner los ojos en el *jefe*, ten cuidado. Y, Plukman confía en ella, o por lo menos lo hacía, así que tampoco tengo claro que sea de fiar.

«Si no le parece de fiar, ¿por qué trabaja para él?».

—No sé qué hacemos trabajando para él.

—Porque tú necesitas el dinero para la medicación de tu niña, y yo necesito el dinero para mandarlo a mi familia —me explica, como si ya lo hubiese hecho en más ocasiones y no lo recordara—. Y, porque nadie paga estos *sueldazos* por trabajar de camareras. A ver, sé que está mal saber que viene de dinero ilícito, pero ya sabes lo que se dice en el Club; ver, oír y callar. Y yo con este dinerito me da para vivir, pero que muy bien. Así que, mi silencio está comprado. Y espero por tu bien, que el tuyo también.

—Tienes razón, no es que dude. Es que echo de menos a mi niña. Además, yo estoy tan sorprendida como tú, de que me haya nombrado su asistente.

—Y, ¿qué has pensado ponerte? —me pregunta.

—Pues no sé dónde me lleva. Me ha dicho que me mandaría un vestido, pero no me gusta que me digan lo que tengo que ponerme.

—Lo debes tener más cachondo que el palo de un churrero. —Pam suelta una carcajada

—¿Cachondo? —Arg—. No lo creo.

—Los hombres que están acostumbrados a dar órdenes, no les gusta que les lleven la contraria, pero cuando lo hacen, despiertan su interés.

—Pues eso es lo que menos espero, la verdad.

—¿En serio? Plukman debe ser una bestia.

Una bestia es, conozco su curriculum delictivo y no es precisamente una joya en la que poner la mirada.

—No pienso averiguarlo.

Pam y yo pasamos la mañana de compras, comemos juntas. Al final me decido por una falda y una blusa negra entallada y con transparencias, pero algo delicada. Pam dice que parezco una ejecutiva sosa. Yo soy de las que prefiere ir cómoda y elegante.



Son las siete, ya estoy preparada. Me he puesto unas sandalias de tacón y me he maquillado de manera sutil, aunque me he atrevido a pintarme con el labial que Pamela ha insistido tanto en que me ponga. Muevo mis labios frente al espejo, para igualar el rojo pasión.

Llaman a la puerta. Al abrir me encuentro con que Conrak será nuestro chófer, ya que es el hombre que está frente a la puerta.

—Tienes diez minutos para cambiarte. —Me entrega una caja. La dejo sobre la cama, y veo un mono entallado de color rojo. Vuelvo a cerrar la caja y cojo mi bolso.

—Venga, vamos. Ya estoy lista.

No pienso ponerme ese estúpido vestido, Conrak me mira con desaprobación, pero siento que así voy bien. Cuando salgo a la calle hay un coche aparcado en doble fila, es un Hummer negro blindado, todos los cristales están tintados del mismo color.

Conrak me abre la puerta trasera, Plukman está sentado en el interior con pose despreocupada mirando su teléfono móvil. Ni siquiera me mira.

—Buenas. —Me atrevo a decirle mientras me acomodo a su lado y me pongo el cinturón.

—Ese no es el vestuario que yo te he enviado para ponerte.

—Dejaron de decirme que hacer hace mucho tiempo, tampoco lo que debía ponerme... —respondo ofuscada—, déjame que recuerde cuando fue la última vez... Tenía diez años.

—Pues deberías ponerte lo que te pido, soy quien te paga.

—Perdón, no sabía que era parte del contrato laboral —respondo con ironía.

—La próxima vez haz lo que te pido, no te olvides que trabajas para mí.

—Disculpa, no volverá a pasar. —Aprieto los dientes, conteniéndome—. No sabía que te disgustaba tanto mi vestuario.

Plukman vuelve la atención a su teléfono, es un hombre de pocas palabras.

—¿Dónde vamos? —Él no responde—. Vale, ya lo pillo; ver, oír y callar.

Plukman emite un gruñido.

PLUKMAN

CAPÍTULO 8



Esta mujer está agotando mi paciencia. Quizá no fue buena idea traerla conmigo. Pero he dejado de confiar en mis hombres, y aunque no confío en ella, puedo usarla. Es una agente y ahora mismo su único interés, es la información que yo pueda aportarle.

Desde luego no sé en qué momento se me ocurrió traerla conmigo, pero hay algo en mí que necesita tenerla cerca.

—Vamos a ver a Yurok Popov. Es uno de mis contactos rusos.

—Y, ¿qué se supone que tengo que hacer? —pregunta.

—Ver, oír y callar —repito de nuevo.

—¿Me vas a pagar lo mismo? —ironiza.

—¿No te pago lo suficiente? —pregunto—. En realidad, sí que necesito que hagas algo por mí. Necesito que te infiltres en su despacho.

—Así que no solo voy a ser un florero.

—Ya ves que no. ¿Crees que podrás hacerlo?

—¡Claro que podré hacerlo! Lo que no entiendo, porque me has elegido a mí, y tampoco entiendo muy bien para qué me iba a servir ese estúpido vestido rojo que me has mandado.

—El rojo nubla la razón de los hombres. —Es una explicación escueta—. Eres el perfil del ruso, además creo que tienes valor. Nadie en su sano juicio, le hubiese plantado cara a Beatrice, es una mujer con un carácter demasiado explosivo.

—Está bien, haré lo que me pides. —La mujer aprieta los labios rojos.

Aparto la mirada a mi teléfono, Beatrice lleva días exigiendo que me la folle. No entiendo qué me pasa, pero desde que esta mujer apareció en mi Club, se me han ido las ganas.

«Esos labios rojos...».

¿Sabe lo que provocan esos labios rojos en mí? Me la he imaginado rodeándome con ellos. Y, tengo que apartar esa imagen de mi mente. Ella no quiere nada de mí, solo la información que me pueda sonsacar.

—Necesito su lista de contactos. El ruso es un intermediario en mis negocios.

—Y, ¿dónde tiene esa lista?

—Lo guarda todo en su terminal. Cada ocho horas le llega una nueva contraseña. Calculo que la próxima le llegará entre las nueve y las nueve y cuarto de esta noche.

—Y, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Quitarle el teléfono?

—Solo tienes que introducirle este chip sin que se dé cuenta, uno de mis hombres le extraerá la información que necesito. —Le entrego el chip. Durante unos segundos su mano se queda unida a la mía y nuestras miradas quedan conectadas.

—Ya hemos llegado, jefe. —Conrak abre mi puerta, salgo y le ofrezco mi mano para ayudarla a bajar. Pero trastabilla con los pies, tropieza y se abalanza sobre mi pecho. Levanta la mirada, para ver mi sonrisa de satisfacción.

—Gracias —me dice no muy convencida.

—No bebas nada de lo que te ofrezcan. —La aviso.

—Pero bueno, mira lo que tenemos aquí. —Yurok Popov me abraza, con su falsa alegría—. Y, esta mujer es...

Me giro para mirarla, instintivamente, poso mi mano en su espalda, ella se pone rígida.

—Es mi nueva asistente.

—Ah, ya veo —responde este—, es bellísima, aunque se empeñe en tapar su belleza. —Yurok, le aparta el cabello detrás de la oreja y le repasa su recatado atuendo, ella da un paso atrás.

—No le gusta que la toquen —gruño.

—Eh, tranquila —intenta tranquilizarla, pero la agente es una mujer demasiado impulsiva—, no sabía que permitías a tus putas, tratar así a un cliente.

—¡Ella no es una puta! —replico—. No vuelvas a llamarla así —le digo más tranquilo.

No sé porque me importa que crea que es una puta, no comparto los gustos de colección de Yurok. Yo estoy con mujeres que disfrutan de mi compañía, no con hembras a las que tengo que comprar y tienen que fingir que no les disgusto. Aunque esta mujer no dista mucho de la realidad, se mantiene a mi lado por su propio beneficio.

Yurok es mi contacto en Rusia, tiene un contacto directo con uno de los Ministerios, y en sus *ratos libres*, se dedica a traficar con mujeres y niños. Es un pedazo de mierda, pero si quiero continuar en este negocio, debo tratar de controlar la repulsión que siento hacia este hombre. Tampoco es que me sienta mucho mejor que él; he robado, he extorsionado, he matado..., pero nunca le haría daño a una mujer de esa manera. El simple pensamiento, me da ganas de matarlo.

—Tranquilo, toda tuya. Tengo millones para elegir —dice mientras camina hacia su mansión.

Varios de sus hombres están en los alrededores, y van armados.

Me ajusto el cinturón y me aseguro que mi arma está en su lugar, aunque sea una reunión de *amigos*, vengo a tomar algo a la fuerza, y voy preparado por si algo sale mal. Conrak, —el mejor de mis hombres— esperará fuera mientras me adentro en la casa del ruso con la mujer.

Nuestro anfitrión nos lleva a su despacho, donde dos de sus hombres están de pie a ambos lados de la estancia. Ambos miran al frente, sin reparar en nosotros, pero ambos van armados.

—Pensaba que sería una reunión informal —le hago una mueca, dirigida a sus hombres.

—¡Dimitri! ¡Grigori! Podéis esperar fuera. —Les ordena en ruso—. Ellos siempre vigilan mis pasos, no se fían de nadie.

Los hombres salen y él se dirige detrás de su escritorio, y sirve dos vasos de Whisky. Me ofrece uno a mí y posa su mirada en la mujer.

—Esta bebida no es para mujeres —le dice—. Y, bien, ¿qué te trae por aquí?

—Necesito algo más, ya lo sabes.

—Qué sería de los hombres, si no desearan más poder. —Pega un largo trago a su whisky—. El pájaro está en preparación. Tú consigues lo que se te ha pedido y habrá intercambio.

—Yo ya tengo el cuervo bajo mi poder. Ahora falta que me asegures que voy a tener el mío.

—No te impacientes, Plukman, no llevamos tanto tiempo trabajando en Bucarest, controlando esta frontera, y no nos vamos a volver locos de la noche a la mañana.

—Si no fuese por mi paciencia y mi trabajo, el cuervo estaría en Ucrania y los rusos estaríais temblando de miedo ante posibles represalias, así que no me digas que no me impaciento.

La agente se remueve a mi lado, está de pie. Aunque hablemos en clave, sabe que estamos hablando del arma nuclear. Eso es lo que quieren los franceses, eso es la ayuda humanitaria que mandan los europeos, eso es lo que intentaban pasar por mi frontera. Armamento y suministros

médicos para que los ucranianos, tengan una oportunidad. Y no hay nada que pase sin que yo le dé el visto bueno, y sin que me quede parte del botín.

Veo que la agente se remueve en su asiento.

—Perdón que os interrumpa, los pájaros no me gustan. Y necesito ir al baño, ya sabéis esas cosas que hacemos las mujeres, *hacer pipí*. —Pide, son las nueve menos cinco minutos, así que espero que tenga un plan. No veo la manera de que pueda quitarle el teléfono al ruso y el tiempo se nos acaba.

Quizá me equivoqué en confiar en ella, o tener la mínima esperanza en que pueda conseguir lo que tanto tiempo llevo buscando.

—La puerta a la derecha. Pídele a Dimitri que te acompañe. —Abre la puerta y sale fuera a paso ligero.

«¿De verdad se está meando a cinco minutos de que haga lo que le he pedido?».

—Me pregunto, si algún día me dejarás probarla.

—Cuando me canse de ella, es toda tuya. —En este negocio no se tienen debilidades, y esa mujer no puede parecer la mía.

—¡Ahhhh! —Un grito nos sobresalta, es la voz de la agente—. ¡Socorro!

Me levanto de un salto del sillón y me dirijo al pasillo. Dimitri tiene a la mujer cogida del cuello y esta está pataleando y llorando.

—¿¡Qué coño haces!? —Le asesto un puñetazo al hombre.

—Eso, ¿qué haces, Dimitri? —El ruso lo fulmina con la mirada.

El hombre se queda apoyado contra la pared, con la mano toca su labio que está sangrando.

—Yo no la he tocado, jefe. La mujer...

—¡Eso no es lo que parece! —El ruso le asesta otro puñetazo.

La mujer sale corriendo y me rodea con los brazos y se acomoda en mi pecho, con un ataque de ansiedad. La aprieto contra mí intentando protegerla.

—Plukman, casi me viola. ¿Por qué-me-has-traído-aquí?

—Tranquila... —Le acaricio el cabello—. ¡Nadie toca lo que es mío! —Reclamo al ruso.

—Perdón, Plukman. Dimitri, nunca toca a mis mujeres. No sé qué es lo que ha podido pasar.

—¡Agua, necesito algo de agua! —interrumpe la mujer entre sollozos. Entra caminando y se recuesta en el sillón, con un evidente ataque de ansiedad.

—¡Agua! —Grita el ruso. Da varias zancadas, y se dirige a la cocina.

El pitido de su teléfono móvil suena encima de la mesa. La agente se repone a toda prisa y le introduce el chip que le he pedido en el terminal.

—¿Vas a moverte? O, ¿vas a quedarte ahí mirando toda la noche?

Hago la llamada a mi contacto, pero el ruso debe estar a unos segundos de entrar en la estancia, no tenemos tiempo.

Ella se levanta y se dirige a la puerta, intercepta al ruso a punto de entrar.

—Gracias. —Escucho que le dice a mis espaldas, tapando el campo de visión.

Saco el chip del terminal y lo pongo en mi bolsillo, y dejo su teléfono sobre la mesa.

Solo espero que a mi contacto le haya dado tiempo de coger lo que necesito.

—Si alguno de tus hombres vuelve a tocar a algo que considero mío, date por muerto. —Gruño.

—Me necesitas... —Le tiembla la voz.

—Necesito un intermediario. Si no eres tú, me mandarán a otro. —Me encaro frente a frente

al ruso—. Si vuelve a pasar algo parecido, me aseguraré de que ni tú ni los tuyos, volváis a ver la luz del sol. No te olvides que soy yo, el que deja que respires en Bucarest.

Cojo a la mujer del brazo posesivamente y la saco de la casa. Conrak está de pie apoyado en el Hummer.

—¿Lo tienes? —me dice entre dientes.

—Creo que sí.

Después de todo, la agente me ha sido más útil de lo que imaginaba. Ha conseguido lo que ninguno de mis hombres, ni infiltrados, en un mes.

—¿Me llevas a mi hostel?

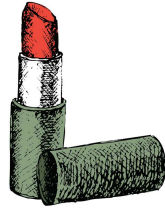
—Había pensado cenar algo. Debes tener hambre.

—Estoy famélica.

—Venga, vamos a celebrarlo. Te lo has ganado.

ROXANA

CAPÍTULO 9



Comida típica de Bucarest; Sarmale, unas albóndigas de forma cilíndrica... Estoy disfrutando cada bocado. Plukman todavía no ha probado ningún alimento, me observa con curiosidad mientras pruebo la comida típica de su país.

—¿Te gusta? —me pregunta.

—¿Estás de broma? Está exquisito. —Él hace un amago de sonrisa, parece orgulloso—. Bueno, tampoco es muy difícil satisfacerme. Me encanta comer.

Plukman se remueve en su asiento y alarga el brazo para servirse algo de comida.

—Me gusta salir con mujeres que les gusta comer.

Esa afirmación me remueve algo, no sé explicar el qué.

«¿Cree que hemos salido a cenar, por otro motivo que no sea laboral?».

Yo sigo masticando sin decir nada.

—¿Estás saliendo con alguien? —suelta de pronto.

—¿Debo responder a esa pregunta? ¿Forma parte del contrato laboral? —Recalco, quiero que entienda, que esto solo es una cena de negocios.

No debería haber aceptado la invitación, pero tiene algo que quiero y que técnicamente es

mío. El chip con la información.

—No tienes porqué, fuera del trabajo puedes hacer lo que quieras.

El simple pensamiento, hace que mi estómago dé un vuelco. No he pensado en ningún momento en mi prometido. Y ahora que Jean se cuela en mi cabeza, recuerdo la última vez que nos tomamos unos días juntos para dedicarlos el uno al otro.

Recuerdo ese día algo amargo; habíamos decidido salir a cenar juntos a un restaurante de París, teníamos la reserva hecha con una semana de antelación. Cenamos y reímos como hacía tiempo que no nos permitíamos. Ser una agente secreta con un horario tan amplio, te priva de placeres tan simples como disfrutar de tu pareja. La cena iba increíble y luego habíamos reservado una suite en uno de los mejores hoteles. Queríamos sentir, que no éramos esas personas que se estaban perdiendo y hacer el amor toda la noche sin descanso. Pero, nada más fuera de la realidad, el trabajo en París nunca duerme.

Fuimos al hotel, la habitación era de dimensiones enormes, en el centro había una cama y un Jacuzzi. Jean abrió el grifo del agua y encendió unas velas alrededor he hizo el ambiente más acogedor. Era perfecto.

—Tenía ganas de volver a tener un día para nosotros —dijo, y yo creí que podíamos volver a la casilla de salida. Una vez más.

Lo besé como hacía tiempo que no hacía. Él hizo lo mismo y se deleitó en el momento. Pero su teléfono empezó a vibrar en el bolsillo de su pantalón.

Pensé en decirle que no lo cogiera, pero Jean ya había dejado de besarme, y su terminal estaba en su oído.

—Debo irme, pero te prometo que regresaré antes de que te duermas.

Sentí una desilusión enorme, y temí que no volviese. ¿Qué sería tan importante, para dejarme en mitad de nuestra noche romántica? Pero con Jean, no había preguntas, sabía que era

por trabajo. Y, también sabía que no volvería.

Me desperté sola en la habitación, pensé en reprochárselo, pero no lo hice, pero pensé que quizá sí debería. Debería haber preguntado.

—¿Estás bien? —La voz de Plukman me saca de mi ensoñación—. ¿Estás bien? —Vuelve a repetir.

—Emmm, sí. Perdón. Solo estoy algo distraída. —Me tiembla la voz, estoy nerviosa—. Por lo de esta noche, nunca había hecho algo así. —Miento para excusarme.

—Puedo pedirle a Conrak que te lleve a tu habitación, si no te encuentras bien.

Lo miro a los ojos. Plukman no parece el tipo de hombre, que se preocupe por nada ni nadie, que no sea, sí mismo.

—No, gracias. Solo necesito ir al baño.

Me levanto y me voy a los aseos, paseo entre las mesas de otros comensales. Entro y me apoyo en el lavabo, me refresco con agua fría la frente y la sien. «¿Por qué me afecta tanto estar cenando con este hombre?». Es un delincuente, y esta cena, es solo una cena como agente. No estoy haciendo nada malo.

Saco mi terminal y le cambio la tarjeta. Es la tarjeta que me facilitó Simón para tenerlo informado de manera extraoficial. Me meto en unos de los cubículos de retrete y marco de memoria los números de la llamada.

—¿Qué pasa, Roxy? Dime que estás bien.

—Estoy bien.

—Solo tenemos dos minutos. Dime, ¿para qué me has llamado?

—Estoy dentro del Club. Plukman cree que soy Vanessa y no sé muy bien porqué, pero creo que confía en mí. Me ha nombrado su asistente, y hoy me ha pedido robar una información a su

contacto ruso. —Simón intenta decir algo, pero yo no lo dejo—. ¡No tenemos tiempo, Simón! Plukman tiene un arma nuclear que iba a ser enviada a Ucrania. Está intentando negociar un intercambio con Rusia y el hombre al que le he robado la información, tiene el contacto.

—¿Cómo puedo acceder a esa información? —pregunta Simón.

—Lo tiene Plukman, no sé cuándo voy a poder, pero necesito que estés preparado. —Miro el reloj y veo que están a punto de pasar los dos minutos—. ¡Tengo que dejarte, Simón!

Salgo al restaurante. Plukman está recostado en su silla mientras bebe una copa de vino.

—Pensaba que tenía que ir a buscarte. Suelen tardar más, que cualquier otra mujer.

—¿Ahora cronometras a las mujeres con las que sales a cenar?

—¿Es eso una pregunta, con un interés oculto? —pregunta con voz ronca.

—¿Te gustaría que lo fuera? —le respondo con otra pregunta.

Pero él me responde con una sonrisa engreída.

—No me gusta mezclar el placer, con los negocios —repone.

—Me alegro, porque a mí tampoco.

—Sin embargo, te sientes culpable.

—¿Culpable? —respondo a la defensiva—. ¿Culpable, por qué?

—Tienes a alguien esperándote en tu cama. Sin embargo, por un momento has pensado calentar la mía. —Plukman me abraza con esos ojos oscuros mientras gira su copa, y un poco de vino se le sale del vaso.

—Eso sería suponer mucho, ¿no crees?

—¿No hay nadie que caliente tu cama?

—No. No salgo con nadie. —El corazón se me encoge ante la mentira.

—Me alegro. —Mi corazón ahora late con fuerza—. De hecho me alegro, mucho. No me gustaría tener un novio celoso, reclamando a mi..., *asistente*.

La palabra asistente la remarca con su voz.

—No hay novios celosos —respondo nerviosa.

—¡Toma! Bebe. —Me ofrece una de las copas de vino. Yo la tomo y me la bebo de un trago.

Levanta el brazo para pedir la cuenta rápidamente. Saca su cartera y deja un fajo de billetes sobre la mesa. Se levanta para sentarse a mi lado. Estoy nerviosa, la sien me palpita, y la visión. Mi visión se vuelve borrosa.

—¿Plukm-aannn?

—Te he dicho que no aceptarás bebidas de nadie.

Me coge de la cintura. Yo intento resistirme, pero hay algo que me impide negarme. Siento como si me hubiese bebido veinte copas, cuando en realidad, solo me he bebido una.



Me despierto en una habitación que no es la mía. Aparto la colcha para ver que llevo mi ropa y no tengo ningún daño. Y, lo más importante, no estoy atada.

¿Me ha drogado?

¿Me ha metido en la cama después de drogarme?

Su cama, me doy cuenta de que es su habitación. Hasta las sábanas desprenden su olor.

¿Es esto lo que hace a las mujeres? ¿Las droga y las trae a su casa? ¿Las obliga a mantener relaciones sexuales?

Aunque regente un Club, no hay archivos en su historial sobre violaciones, ni trata de blancas. Pero de un hombre que te droga, podría esperar cualquier cosa.

Cojo el pomo de la puerta y compruebo que está abierta. Unos ruidos secos se escuchan al otro lado del pasillo. Camino descalza hacia la estancia, estoy furiosa. Cuando abro la puerta, su espalda tatuada y sudada me recibe. Plukman está descargando energía contra un saco de boxeo. Pega golpes secos.

Me tranquilizo al verlo de espaldas. Ahora mismo está indefenso conmigo detrás de él. Podría pillarlo desprevenido y hacerle una llave e inmovilizarlo. Dejarlo durmiendo unos minutos como él ha hecho conmigo y aprovechar para robarle la información que necesito.

Avanzo con cada paso. Cada paso es un golpe seco en mis oídos.

—Por fin has despertado. —Me detengo en seco, a mitad de camino.

«¡Mierda! Me ha pillado».

—¿Esperabas que despertara? —respondo furiosa—. O, ¿qué pensabas hacerme? ¡Dime que no me has tocado!

—Si llevas el tanga de encaje negro pegado a tu coño, es que no te he tocado. —Echo mano instintivamente a mis bragas, y compruebo que están ahí—. ¿De verdad crees que necesito forzarte?

¿Cómo sabe que llevo ropa interior negra de encaje?

Me abalanzo sobre él. Es más fuerte, pero yo soy más ágil, y estoy entrenada.

Lo cojo por los hombros, e intento poner mis piernas detrás de las suyas y lo consigo. Lo lanzo con todas mis fuerzas y lo dejo con la cara pegada en el suelo mientras me subo a su espalda. La ira me recorre las entrañas, y es esa misma ira la que me pilla con la guardia baja. Me coge de la pierna y me lanza contra el suelo, ahora es él el que está encima de mi cuerpo.

—Como me gustan estos juegos —me gruñe en el oído cuando se inclina sobre mí.

—¡Déjame! ¿Cómo te atreves? —Me levanto del suelo cuando Plukman me deja que lo

haga—. ¡Me has drogado y secuestrado!

—Yo no te veo atada.

—¿¡Por qué me has drogado!?

—Porque necesitaba que vinieras a mi casa, y no te había visto muy convencida.

—¿¡Así es como tratas a tus amantes?! —grito.

—¿Eres tú una de ellas? —Plukman se acerca sudado, quedando a escasos centímetros de mi cuerpo. Su cuerpo desprende el olor de un dios.

Las luces van y vienen, no solo mi cuerpo está eufórico ante tantos sentimientos. La tormenta se arremolina en el exterior. Los truenos hacen temblar los cristales y la lluvia empieza a caer con fuerza. Como si la tempestad la hubiese invocado yo misma, la tormenta atesta con fuerza.

—No soy tu amante, y nunca voy a serlo. —Lo miro con furia—. ¡No soy una puta!

Plukman se muerde el labio y sonríe.

—No pienso que seas una puta. De hecho, tu cuerpo dice todo lo contrario sobre ti.

¿Que mi cuerpo dice lo contrario?

Quiero preguntarle, a qué coño se refiere. Pero aprieto los labios con fuerza. Plukman me posiciona un mechón de pelo detrás de la oreja. Y yo no hago nada para apartarlo.

—Dime cuánto hace, que no te follan como te mereces. —Esto debería causarme repulsión, pero siento un pellizco en el bajo vientre—. No me lo digas, no. ¿Mucho?

—¿¡Cómo te atreves!?! —Le intento dar una bofetada, pero me detiene. Su mano caliente me rodea la muñeca—. ¡Quiero irme a casa! ¡Dile a Conrak que me lleve! —le exijo.

—Conrak ya se ha marchado, y no va a venir.

—Pues, ¡llámalo! —Suelta una fuerte carcajada.

—Ahora mismo Conrak debe estar con la camarera disfrutando de los placeres de la vida.

No creo que hubiese nada que lo hiciera venir.

—Pues, llamaré a un taxi.

—Y, ¿dónde ibas a ir?

—¿A mi habitación?

—Tú ya no tienes habitación —dice con una sonrisa perversa—. A partir de ahora, vivirás aquí.

PLUKMAN

CAPÍTULO 10



La mujer aprieta los labios frustrada y sale de la estancia separando nuestros cuerpos tensos con zancadas largas.

Me giro y pego un puñetazo al saco de boxeo, furioso.

No me queda otra opción que obligarla a que se quede. La he expuesto ante el ruso, y ahora podría utilizarla en mi contra. Se ha convertido en un punto débil.

En su mirada he podido ver el odio que me procesa.

¿Me mirará igual cuando sepa lo que he hecho con su hermana?

No debería haberme acercado a ella, no debería haber jugado a este juego. Pero la necesito, y no sé cómo lidiar con lo que esta mujer me hace sentir.

Podría llamar ahora mismo a Beatrice. Podría ir al Club y follármela. Eso debería hacer, son las dos de la mañana, pero ella está trabajando, la he dejado hoy al cargo.

—Por fin te decides a llamarme —replica Beatrice, al otro lado del altavoz. Tiene que gritar para que la pueda oír, la música se escucha de fondo.

—Sí, paso a por ti, ¿te escapas un rato?

No quiero hacer esto, pero hay veces que debo tomar decisiones. La agente, me pone muy caliente para soportarme a mí mismo y necesito desahogarme.

—Claro, ya lo sabes. Solo llámame y salgo —me responde algo más tranquila.

Salgo del gimnasio y entro en mi habitación. La mujer está en mi cama sentada de pies cruzados, está tranquila en una posición de meditación y me ignora mirando su teléfono móvil. Tampoco levanta la vista cuando cojo la ropa limpia y me meto en el cuarto de baño, para darme una ducha.

Salgo preparado y perfumado. Cuando estoy junto a la puerta a punto de salir, decide hablarme.

—Coge un paraguas. Está lloviendo a mares —dice entre dientes.

—¿No me vas a preguntar a dónde voy? —le respondo.

—Está claro a dónde vas. —Levanta la cabeza, para mirarme con esos ojos tintineantes—. Y, guárdate la pregunta, porque no. No me importa.

Frunce el ceño, aunque intente disimularlo, sé que está enfadada.

—Si me lo pides, puedo quedarme.

—Si me lo pides, quiero marcharme —responde.

—Hago esto por tu bien.

—¿Secuestrar a *damas inocentes* es por mi bien, o por el tuyo?

—¿Acaso piensas que me interesa meterte en mi cama? —Me repasa contrariada—. Además, desconocía que fueras inocente. —Me apoyo en el marco de la puerta.

Sacar a esta mujer de sus cabales, me divierte.

Aprieta los labios. Vuelve a mirar su teléfono, lo que sea que quiera decirme, no lo dice. No tener su respuesta, me pone nervioso, quiero tener este tira y afloja con ella, pero quiero que entienda que no soy un monstruo. La he traído a la fuerza y sin su consentimiento, pero detrás de un motivo egoísta, se esconde uno más complejo.

—Siento si no he sido lo sutil que debería haber sido. No estoy acostumbrado a serlo. Pero al exponerte hoy ante el ruso, he puesto una diana en tu precioso culo.

—Yo solo quería trabajar. No formo parte de tus asuntos. —Finge, yo sé que lo está haciendo para robar información.

Mi teléfono vuelve a vibrar en mi pantalón. Miro la pantalla. Beatrice. Me he entretenido más tiempo del que debería.

—Tranquilo, puedes irte. Si lo que te preocupa, es que me pueda marchar, no lo haré. No tengo familia en Bucarest, y aparte del hostel, tampoco tengo a donde ir.

—Puedes quedarte esta habitación para ti. Conrak y su primo Mateu son los guardias que vigilan la casa. Yo dormiré en la habitación de invitados. A las siete y media se desayuna, a las dos se come, y por la tarde cenamos en el Club mientras trabajamos. Pediré a Conrak que traiga tus cosas.

—¿Por qué? —pregunta con un gesto afligido.

Temo que descubra que la estoy utilizando. Temo que sepa que sé quién es, así que solo me queda mentirle.

¿Mentir? Ahora mismo no lo sé.

—Te quiero para mí. Y no me gusta que nadie toque lo que es mío.

—No voy a dejar que me toques nunca.

Rio de una carcajada.

—Algún día, me suplicarás.

Se gira y me da la espalda aun sentada en mi cama.

—Cierra la puerta al salir. —Es lo último que dice.

Y ahora el que da un portazo furioso, soy yo.

El móvil sigue vibrando en mi bolsillo.

—Dime —respondo de mal humor.

—Plukman, ¿piensas venir o no? —me reclama Beatrice.

—Me ha surgido algo, quizá otro día. —Cuelgo antes de escuchar sus quejas. Beatrice es la mujer más irascible que conozco. Sin embargo, a mí, no me replica nada, y esa actitud no me gusta. No me ha gustado nunca.

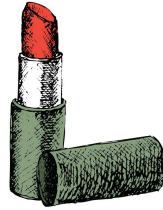
Me dirijo a la habitación de invitados y me dejo caer sobre la cama.

Mis pensamientos se van a la mujer que ahora mismo está entre mis sábanas.

Esa mujer, va a ser mi perdición.

ROXANA

CAPÍTULO 11



La semana pasa volando. Por el día no respeto los horarios impuestos por Plukman —decido evitarlo—, y por las noches voy al Club. Mi trabajo se limita a estar encerrada en su despacho, donde cuando él no se encuentra, me permito rebuscar pistas que me lleven a mi hermana.

Hace unos días realicé la llamada oficial de seguridad a la agencia. Fue Simón el que se puso para que le pasara la información. Esperaba que fuese Jean, necesitaba hablar con él, y saber que todo se había quedado donde lo dejamos. Quería escuchar su voz. Necesitaba saber si había sentido miedo de perderme, porque yo aún tengo terror de que lo nuestro deje de existir.

Cojo mi colgante y aprieto el anillo de pedida. Ese que no me he atrevido a ponerme, porque aquí no soy la Roxana que se quedó en París, aquí soy Cath; La camarera soltera que trabaja en un Club, para alimentar a su hija.

La música del Club, retumba en mis oídos. Ya he contado el dinero, he actualizado los libros contables y he cogido notas de lo que podría ser de ayuda para mi investigación. Así que decido salir a que me dé el aire. Cuando lo hago, veo que Pam está poniendo unas copas en la barra. Me siento en un taburete y espero que acabe con unos clientes, para poder charlar un rato con ella.

—Eh. ¡Vaya! Dichosos los ojos —me dice con una amplia sonrisa en los labios.

—Ponme un Jagger con hielo. Doble.

—Vas fuerte, amiga. —Me pone la copa y me la carga como le he pedido—. Tenemos que hablar. No le digas a tu chico que pretendía liarte con el primo de Conrak, o le cortará los huevos.

«Lo que me faltaba. ¿La gente cree que tengo algo con Plukman? A ver, es normal, me tiene en su casa».

—No es mi chico. Solo estoy trabajando —le digo mientras pego un trago a mi copa.

—Pues no es lo que parece. —Señala con la mirada detrás de mí. Me giro y Plukman está en el otro lado de la sala, con su mirada clavada en mí—. La que está que muerde, es Beatrice.

—Lo que menos me importa, es lo que piense esa mujer.

—¿Estáis hablando de mí? —Beatrice se apoya en la barra—. Pamela, ¡a trabajar! No estás en tus horas de recreo. —Se gira hacia mí—. Y tú, tampoco.

—Ya he acabado *mi trabajo* —digo esto con retintín—. Y no creo que sea a ti, a quien deba ninguna explicación.

—Estás muy segura de ti misma, ¿no? —Me coge del brazo para que la mire a los ojos. Yo me fijo en su mano cogida a mi brazo. Podría deshacerme de ella en un segundo, pero no deseo llamar la atención—. No te olvides que Plukman antes de ti, me tuvo a mí. Se cansará como hace con todo y volverá a mi cama. Siempre lo hace.

—¡Suéltame, Beatrice! No volveré a darte este aviso. ¡No me toques! —le digo con los dientes apretados.

No me interesa su hombre lo más mínimo. Lo único que quiero de él es la información que pueda sonsacarle. Necesito recuperar el chip y ese es el único motivo por el que no le he plantado cara y he vuelto a mi hostel. Donde debería estar.

—¡Beatrice, lárgate! —Plukman aparece por detrás y la echa.

Le doy la vuelta a mi taburete, para continuar ignorándolo.

—No necesito que me defiendas de las garras de tu amante.

—No te estaba defendiendo a ti. —Gira mi taburete y me mira fijamente—. La estaba defendiendo a ella.

Lo miro con odio, no quiero continuar hablando con él. Sé lo que intenta hacer, y no voy a entrar en su juego. Solo interactúo con él si tiene que ver con trabajo, y esta conversación, no lo es.

—Me han llamado unos viejos amigos.

—Me alegro por ti —lo interrumpo.

—Han reservado una timba de póker para el fin de semana. Y quiero que tú seas mi crupier.

—¿Tendré que ponerme un vestido rojo y obsceno?

—Por supuesto. —Sonríe.

Hago amago, para que Pam me llene nuevamente la copa.

—Otro doble —le pido.

Pam me lo sirve, y me lo lanza por la barra. Hago amago de pagarlo, pero me arrepiento en el momento.

—No voy a pagarlo. —Lo reto—. Esto forma parte del trabajo. Por el estrés.

—Claro que vas a pagarlo.

—¿Vas a descontarlo de mi sueldo? Qué tacaño.

Emite una sonrisa perversa, está pensando la manera de hacerme pagar, aunque no es la copa lo que quiere que le pague, es mi atrevimiento, no es un hombre que esté acostumbrado a que le lleven la contraria.

—Necesito que me ayudes con las cartas. Los cuatro *amigos* en realidad, no lo son. Y, no puedo dejar que me ganen.

—¿Me pides, qué te ayude a hacer trampas? —Me río—. Tenía muchos adjetivos sobre ti. El de tramposo, no era uno de ellos.

—No solo apostamos dinero. A veces apostamos; rutas, apostamos mujeres, información...

—Así que no solo voy a ser tu crupier, sino que me vas a volver a meter en la boca del lobo —le respondo—. ¿Por qué no se lo pides a Beatrice?

—Porque te lo he pedido a ti, tú eres mi asistente —duda, pero termina la frase—, porque aunque no te lo creas, confío en ti.

¿Confía en mí? No sabe lo que dice.

El hombre más buscado de la Unión Europea, confía en una mujer que conoce desde hace unas semanas. O sea, en mí. Una agente, que lo único que quiere es; encontrar a su hermana y meterlo entre rejas.

—Está bien, haré el trabajo. Pero no voy a pagarte la copa, y me deberás algo a cambio.

—¿Algo a cambio? —Piensa—. No soy un hombre que siga órdenes de nadie. Considérate con suerte de que no te haya despedido ya.

Le aparto la mirada, para dar un trago a mi bebida. Me estoy pasando bebiendo, porque el cuerpo empieza a temblarme. O, ¿es la presencia de este hombre? ¿Por qué me causa rechazo y me atrae a la vez?

«Roxy, aparta esos pensamientos de tu cabeza, no puedes hacerle esto a Jean».

—Me necesitas, y no te voy a pedir nada que no puedas darme.

—Dime que es lo que quieres, e igual pienso tu propuesta.

—Si vas a meterme en la boca del lobo, quiero saber a qué me enfrento. Quiero que

compartas conmigo la información.

Plukman coge mi muñeca y me acaricia la palma con el pulgar, me atraviesa con la mirada mientras debate en su interior si aceptar mi petición.

—Está bien. Te espero en mi despacho.

Plukman se levanta de su silla y se va dirección a su oficina.

Le entrego el vaso vacío a Pam, mientras me recompongo de lo que el tacto de este hombre me hace sentir.

—¡Madre mía! Tienes loco al jefe —dice Pam emocionada.

—¿Qué dices? No digas tonterías —replico.

—Te acaba de follar con la mirada. No me digas que son tonterías mías. —Pam recoge el vaso y lo pone en el lavavajillas—. Por cierto, ¿te apetece que hagamos algo esta semana?

—Sí, claro. Necesito salir y despejarme. Nos llamamos.

Me levanto de la banqueta, las piernas me tambalean. Los Jagers me están pasando factura. No voy borracha, pero sí que me encuentro algo confusa. Me dirijo al despacho de Plukman, ese que es prácticamente mío. Cuando abro está recostado en su sillón, ordenando unas fotografías sobre la mesa.

—Pasa y cierra —ordena.

Me siento en la silla de enfrente de su escritorio.

—Estos son los hombres que asistirán a la partida. Tengo un negocio entre manos con ellos y es crucial que pierdan. —Plukman arrastra las fotografías en mi dirección, para que pueda verlas—. Este ya lo conoces Yurok Popov; es un traficante de personas. Trae mujeres engañadas y las obliga a prostituirse.

Hago una mueca de asco, es lo que me produce este hombre.

—Este es su primo, Ramses Popov. Otro hijo de puta, traficante de personas. Yurok, consigue las mujeres y su primo las distribuye.

—Es repugnante —digo, Plukman asiente.

—Lo es. Pero no puedo hacer nada contra él. Es mi contacto directo con los rusos —me explica—. Este es Milan Dovonick es uno de mis mayores clientes, pero no puedo confiar en él. Conoce a los rusos, porque es un gran consumidor de la prostitución. No te acerques a él, entrégale las cartas y no lo mires. Si cree que puede tenerte, lo hará, aunque sea a la fuerza.

El alemán es una joya. Ya lo había visto anteriormente. En mi agencia, se le relaciona con Plukman, como uno de los mayores compradores de armas.

—¿Qué es lo que vendes? ¿También traficas con personas? —La pregunta me sale sin pensar. Sé todo lo que es este hombre, que trafique con personas no está en su curriculum, y si así fuese no entiendo por qué me decepcionaría.

—No, no tráfico con personas. Tampoco me acuesto con prostitutas... ¿Crees que lo necesito?

Plukman se recuesta en su sillón y analiza mi respuesta.

—No voy a contestar a eso. Pero me alegro de que no lo hagas —respondo sinceramente.

—Y por último, este es Maximiliano Iana. Es mi contacto en la policía, este hombre se vende por unos miles de euros. Así que tampoco puedo confiar en su lealtad.

—¿Por qué? Si le pagas lo suficiente... Esa gente suele moverse por dinero.

—El dinero es poder. Y si alguien le ofrece más dinero, puede venderme —me explica mientras guarda las fotografías en un cajón que cierra con llave.

Esa llave la lleva colgada en una cadena de oro. Eso no me pasa desapercibido.

—Y, ¿qué se supone que debo hacer?

—La timba es extraoficial, apostamos por diversión, pero también metemos en el juego parte de nuestros negocios. Esos tíos quieren algo que tengo, pero yo quiero un intercambio. Quiero que me ayudes a ganar. Solo tienes que hacerles creer, que eres una mujer y ya está. Están acostumbrados a subestimarlas.

En el fondo siento orgullo, de que él no lo haga. No me subestima. Confió en mí para robar los datos del ruso, y está confiando en mí en su negocio. Con todo lo que tengo aquí, podría poner en aviso a mi agencia y meterlos a todos entre rejas. Pero hay algo que se me escapa en todo esto, algo que no veo, y algo que me importa mucho más que un simple intercambio de armas. Mi hermana.

—¿Qué es lo que había en el terminal del ruso? Si tienes su contacto, no entiendo para qué te hace falta para tu propósito.

—Tengo su lista de contactos. Creemos tener al pez gordo, pero mi contacto está en ello. No es tan fácil, no consigues su teléfono y al día siguiente, es tuyo. Lo estamos buscando.

—¿Haces esto por dinero?

—Hago esto por poder. Soy egoísta, quiero algo único. ¿Me hace eso diferente?

—Todas las personas no trafican..., con lo que sea que tú traficas —respondo.

—No te voy a engañar, no soy un buen hombre. Me muevo por motivos egoístas, y he hecho cosas de las que no estoy orgulloso. Pero soy obstinado, y si algo quiero, lo consigo.

Su mirada es profunda, me mira como si yo fuese su próximo objetivo. Plukman me pone nerviosa. No puedo obviar, que es tremendamente atractivo. Todo él desprende; autoridad, fuerza, peligro...

—Yo no pido grandes cosas, pero lo que consigo lo hago sin hacer daño a nadie —me justifico.

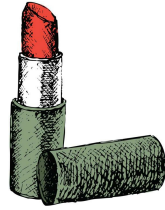
—A veces tenemos ante nosotros los mayores errores de nuestras vidas, y no queremos

verlos.

No sé a lo que se refiere, pero me niego a seguir con esta conversación. Es más que evidente que este hombre se siente atraído por mí. Y, yo no puedo negar que a pesar de odiarlo de cierta manera, me ha robado más de un sueño tórrido esta semana.

ROXANA

CAPÍTULO 12



Cada vez que veo a Pam, tiene el cabello más rojo. Caminamos por la calle, mientras hablamos de nuestras cosas.

—¿Te has teñido el pelo más rojo? —le pregunto—. La verdad es que ese tono fuego te queda genial. Ojalá yo fuese tan atrevida.

—Es el color de la pasión. Deberías probar a teñirte el cabello. Este castaño es muy apagado, para tu piel blanca.

—¿Mi pelo? Mi pelo, está genial.

—Bueno, para casarte, tener tres hijos y hacer una barbacoa todos los domingos, sí. Para seducir a tu jefe, un cambio de look, no te iría mal.

—¿Qué tiene de malo mi aspecto? —respondo a la defensiva.

—Nada. A Plukman, le pones igual. Pero podríamos pasar el día en el salón de belleza. Tengo una amiga que por unos cuantos euros, nos *maquea que flipas*.

—Me has hecho quedar, ¿para qué te acompañe al salón de belleza?

—Claro, esto es lo que hacemos las mujeres para ponernos bellas. Además, pasado mañana Conrak libra y me ha pedido una cita oficial —dice ilusionada.

—¿En serio? —me giro para mirarla contenta, me alegro por ella.

—Sí. Creo que va a pedirme que vayamos en serio. Ya sabes, que dejemos de acostarnos...

—Piensa—. Bueno, eso no. Para que dejemos de acostarnos sin ningún tipo de compromiso.

—Me alegro un montón. Pues, ¡vamos a ese salón! —La cojo del brazo para acompañarla y de paso, hacerme algún *retoquito*—. ¡Oye, Pam! ¿Me puedes recordar cómo nos conocimos?

—De verdad, Cath, tienes memoria de pez —asegura—. Te conocí en el Club, viniste a pedir trabajo.

—Sí, ahora lo recuerdo. También recuerdo regalarte algo muy importante para mí.

Me viene a la memoria la pulsera que Pam tenía en uno de sus cajones. Es un regalo que yo y Jean le hicimos y no entiendo por qué Vanessa se la daría.

—Ah, ¿puedo quedármela? Porque debe valer una pasta.

—Me la regaló un familiar, pero bueno...

—Sí, lo sé, me dijiste palabras textuales; Guárdamela, voy a ver a mi hija y no quiero que el imbécil de mi cuñado me la vea puesta. ¡Que se entere de que es un capullo!

—Es verdad, ahora lo recuerdo. Me gustaría que me la devolvieras, a cambio sí que te regalaré algo que te guste. No me parece justo regalarte esa pulsera.

«¿Por qué Vanessa se la dejó? Sabía que yo la encontraría, sabía que registraría la habitación de Pam». Tengo que conseguir la pulsera como sea, y me duele tener que mentir a Pam, pero no quiero involucrarla en nada que tenga que ver con este caso.

—No hace falta que me regales nada. Entiendo que la quieras, una parte es de tu hermana. Ya lo sé. Pero creo que deberías hablar con ella sobre lo de tu cuñado.

¿Qué pasa con Jean? Sé que mi prometido no era santo de su devoción. Pero, ¿qué le contó a Pamela sobre él?

—Mi hermana está ciega con él. —Finjo.

—¡Eh! Mira. Ya estamos.

Una mujer latina sale a recibirnos. Tiene el cabello y la piel morena, ojos oscuros, labios prominentes y unas curvas de infarto, de cierta manera, tiene un gran parecido a Pamela.

—¡Siempre es una alegría verte! —me estrecha en un abrazo.

—Hola, Paola. Esta es mi amiga Cath. Mañana por la noche tiene una cita importante, y necesito que me la *maquees* como tú sabes.

—Eres muy guapa. Pero necesitas un buen *tuneado* —me dice Paola—. Siempre es una alegría tenerte por aquí.

Paola llama a su ayudante y mientras ella me hace la manicura y pedicura, ella trabaja en mi cabello, me lo tiñe de color negro ébano y me lo riza. Me depilan hasta el último pelo de mi cuerpo, y me hacen un lifting de pestañas.

Esto me va a costar una fortuna.

Me miro en el espejo, y sin maquillaje ya estoy explosiva. Pienso por un momento, qué pensaría Jean si me viese así. Una vez se me ocurrió hacerme unas mechas y me dijo que no volviera a tocar mi cabello. Le gustaba tal y como era.

Entonces otro pensamiento más atrevido se cuela en mí, y hace que un escalofrío me azote el cuerpo. ¿Qué pensará Plukman cuando me vea?

—Cuando te vea el jefe, no te va a dejar salir de la cama en toda la noche —me susurra Pam desde atrás.

«¿He pensado eso en alto? No, claro que no. Pam es una descarada». Pienso.

—No me interesa el jefe.

—Ya... Por eso te has rasurado hasta el último pelo, porque no esperas que nadie vea tu bonito coñito rosadito, sin ningún pelito.

—¡Pam! —Me ruborizo.

Pam se ríe, más que reírse, se descojona de la risa.

—Dale una alegría al cuerpo. Un polvo no le hace daño a nadie. No hace falta que te cases con él, pero no seas tonta y pruébalo. Cualquiera en tu lugar lo haría.

—Eres de lo que no hay...

—Dilo, soy la mejor amiga del mundo. Y doy los mejores consejos.

—Son consejos de mierda, Pam.

—Recuérdamelo cuando ese Dios del sexo, tenga su miembro dentro de ti y te embista con todas sus fuerzas. —Añade.

—¡Pam! —Vuelvo a ruborizarme.

—De verdad amiga, estás muy verde. Necesitas un buen polvo. Pero con urgencia.

PLUKMAN

CAPÍTULO 13



Esta es la tercera copa que bebo de un solo trago. Espero nervioso en el salón de mi comedor a que la mujer salga. Le he pedido a Maribel —la asistente—, que le dejara tres vestidos sobre su cama, y tres juegos de zapatos.

—Bueno, ya estoy lista. ¿Voy bien? —La agente sale al comedor donde la estoy esperando sentado en el sillón—. ¿No te parece demasiado?

Me desajusto la corbata de mi traje de Armani negro que llevo puesto. Se me acaba de cortar la respiración. La mujer ha elegido un vestido negro de seda entallado a su piel. Es un vestido sencillo, que se ajusta a cada centímetro de su cuerpo. Se nota que es una mujer que práctica ejercicio. Se ha oscurecido el cabello, lo lleva atado en una coleta alta arreglada, y el pensamiento de enredar esa coleta en mi puño, me pone muy malo.

—Creo, que así vas bien —le digo, sin mayor ímpetu. Como si no me hubiese puesto la polla dura contra el pantalón.

Tengo que quedarme sentado unos minutos más para que se me baje la erección y no se dé cuenta.

—Tú tampoco vas mal.

En sus ojos percibo algo. ¿Decepción?

¿Se ha puesto así por el trabajo, o esperaba impresionarme? Porque lo ha hecho. Es una mujer muy bella, de eso no me cabe duda, pero hoy está deslumbrante.

—Tú vas mal, estás prohibitiva. Vas a volverlos locos a todos. —Gruño.

Aparto la mirada de ella, no hay manera de que se me baje la erección y no encuentro la forma de disimularlo.

—Bueno, es parte del plan, ¿no?

Se dirige hacia la nevera y se sirve un vaso de agua. El vestido le cubre lo justo para no verle el pliegue de sus nalgas.

No sé en qué momento, pensé que esto sería una buena idea. Voy a tener que cortar manos si alguien se atreve a tocarla. Arrancaré los ojos, del que se atreva a mirarla de manera lasciva. «¿Cómo estoy haciendo yo?». Pienso mientras me levanto y me la coloco como puedo en el traje.

—Bueno, será mejor que nos vayamos.

La mujer sale de mi ático a paso decidido. Cuando llegamos al Club. La agente se va a la sala Vip que hemos preparado mientras yo espero a mis invitados en la sala principal.

—Plukman, me tienes muy abandonada. —Beatrice, me coge por detrás, yo aparto las manos de mi cuerpo cuidadosamente—. Nunca has estado tanto tiempo sin venir a verme.

—Beatrice, lárgate a trabajar. Estoy esperando a unos amigos, y no me apetece que montes un espectáculo —le digo de malas maneras.

—Está bien. Ya te cansarás de esa zorra —dice furiosa, se marcha al otro lado de la sala, con los labios apretados. Es verdad que nunca he estado tanto tiempo sin tomarla, pero mis pensamientos e intereses ahora mismo están puestos en otra persona.

Mis invitados van llegando, todos llevan ese toque elegante para la ocasión. Pamela nos

sirve unas copas, entre bromas y risas. El ruso, aprovecha la ocasión para bromear en cada momento.

—Un desafortunado encuentro, el que tuvo mi hombre con tu asistente —dice con sarcasmo—. Solo espero el momento que no goce de tu protección, para poder follármela.

Aprieto los puños a los lados, no voy a dejar que la toque jamás. Pero sé lo que está haciendo, quiere buscar un punto débil con el que poder controlarme, y no voy a dejar que piense que la mujer es el mío.

—¿Tienes millones de mujeres a tus pies, y te interesa una de las mías?

—Los hombres que poseemos todo, deseamos lo que no podemos tener. —Ambos reímos de una carcajada. La más falsa jamás procesada.

—Bueno, no habéis venido para hablar de mujeres. Habéis venido a mi casa a divertirlos y a hablar de negocios.

Todos entramos en la sala. Me siento en mi silla e intento no fijarme en las miradas lascivas que le dirigen estos hombres a mi agente.

La mujer pasa por la mesa rellenando nuestras bebidas. Los hombres que beben alcohol son menos competitivos en el juego, solo buscan diversión. Pero Yurok Popov, pone su mano sobre su vaso.

—Hoy vengo a jugar, bonita —le dice con una mirada vomitiva, ahora mismo tengo ganas de meterle un tiro.

Ella me dirige una mirada cómplice.

—Vaya, qué sorpresa nos habías preparado —me dice el ruso.

La mujer reparte las fichas, da las cartas. Ella es la que me va a ayudar a ganar esta partida.

—¿Qué es lo que apostamos? —dice el alemán—. ¿Dinero?

—Apostar dinero es aburrido para alguien como nosotros. Es como jugar al Monopoly, con billetes falsos —puntualiza el ruso.

—Pues yo solo puedo ofreceros *pasta* y tampoco es que me sobre. Ya sabéis que lo que hago lo hago por dinero —añade el policía—. Yo pongo sobre la mesa cinco mil euros.

—También podrías pasarnos tres envíos la siguiente semana sin cobrar —le ofrece el ruso.

—¡Eso son más de cinco mil euros! —se queja.

—Ya, pero es que hemos venido a jugar a lo grande.

—Yo me apuesto el paradero de uno de mis contactos y diez mil euros. —me mira directamente. Sabe que es lo que quiero de él, y está haciéndomelo saber—. ¿Qué nos vas a ofrecer tú, Plukman?

—Yo me apuesto veinte de mis mujeres —interrumpe su primo—. Son más putas que las gallinas. Veinte mujeres dándoos placer extremo durante una semana.

La agente se remueve inquieta, le repugna la idea tanto como a mí.

—¿Qué es lo que quieres, Yurok? —le pregunto con falsa tranquilidad. Sé lo que va a pedirme, y eso no estoy dispuesto a entregarlo.

—Quiero a la mujer. A tu crupier.

—¡No juego por mujeres! —Gruño—. Pondré sobre la mesa dos cargamentos completos de armas. Las armas valen más que la mujer.

—Joder, una pena. Yo te la cambiaría a ojo por veinte de mis putas. Esta mujer debe follar como una diosa —dice lascivamente Ramses.

El resto se ríe ante la broma, yo también lo hago con falsa empatía. El ruso me mira con una sonrisa en la cara. Es listo, sabe que la mujer es una debilidad, por eso la tengo en mi casa, para protegerla. Porque no es mía, pero no quiero que nadie le haga daño. No quiero perder lo único

bueno que me ha pasado en mucho tiempo.

Aunque la agente me odiaría si supiese todo lo que he hecho. Eso seguro.

Empezamos la partida, entre falsas risas, bebidas y bromas. Me he atrevido a levantar la mirada de mis cartas, para dirigirla a ella. No quiero que crea que me importa, y creo haberlo dejado claro, al haber expuesto abiertamente que mis armas valen más que ella.

No es verdad. ¡Al infierno miles de cargamentos! Daría todo de lo que tengo, para que dejara de mirarme con odio, para que me mirara como yo lo hago con ella. Es justificada la obsesión del ruso hacia la agente. No solo es bella, es una mujer con clase y de una inteligencia inigualable. Su acento francés hace que me vuelva loco. Cada vez que ofrece una carta o le entrega una mirada a otro, el cuerpo se me remueve.

Todo es parte de este juego, pero no deja de hacerme sentir inseguro. Ramsés, el ruso. Se ha propuesto tocarme los cojones más de lo que ya lo hace su primo. La llama para tonterías y la roza con su cuerpo, tengo que apartar la mirada en más de una ocasión si lo que quiero es ganar la partida.

Ella finge estar cómoda, y les sonrío con los dientes apretados, si pudiese los estrangularía. Por lo poco que la conozco, ya sé leer sus mensajes corporales.

Una bofetada retumba las paredes de esta habitación. Las risas y bromas dejan de sonar. Más que una bofetada, la agente le ha propinado un puñetazo en la cara.

—¡No vuelvas a tocarme! —le grita la mujer.

Ramses se levanta y la coge por el cuello, ella lo reta con la mirada.

Una palmada en la mesa, hace que todas las fichas y cartas salten, el poco autocontrol que me quedaba se ha ido a la mierda. Aguantar una falsa empatía no es muy común en mí, soy un hombre que no se deja amilanar por nadie. El hecho de que el ruso aún respire, tiene que ver con que tenga algo que yo necesite.

—¡Nadie toca lo que es mío! —Grito al ruso, que la suelta del cuello y me mira intranquilo por lo que ha hecho—. ¡Todos, fuera!

—Plukman, lo-lo-siento. Perdón... —Le tiembla la voz.

—Todos fuera menos Ramses. Decirle a las camareras que os sirvan el mejor whisky que tengan, tengo algo muy importante que hablar con él.

Todos salen, el hombre se queda intranquilo. Las manos le tiemblan sobre la mesa, y la mirada me suplica que no lo mate.

—Plukman, lo siento. Solo le he metido mano... No ha sido nada grave... —se intenta excusar.

—¿Grave? ¿Tocar algo mío sin mi permiso, no te parece grave?

Me inclino en el sillón. Saco la pistola y el machete, de detrás de mi tahalí*, y los dejo sobre la mesa.

—No, por favor. Perdón, de verdad... —repite nervioso.

Esta vez se dirige a la agente para disculparse, pero ella se aparta a un lado, no desea que la toque, el simple contacto la repugna, lo noto en la expresión de su cara.

—Cath, ven. —Verla en ese estado de aversión despierta en mí mi lado más protector—. Ven aquí.

Se dirige en sus tacones a paso decidido hacia mí, y hace algo que no esperaba. Se sienta sobre mis piernas. Por instinto la agarro fuerte por la cintura.

—Gracias —me susurra en el oído para que solo yo pueda escucharla. Y el sonido de su voz, me pone muy cachondo.

Llevo dos semanas intentando lidiar con lo que esta mujer me hace sentir. Tenerla en mi casa, bajo mis sábanas y no poder tocarla...

—Voy a ser bueno, Ramses. Me has humillado en mi propia casa, y nadie viene y me insulta de esa manera sin salir ileso.

Está sudando, todos me conocen y saben que no me tiembla la mano a la hora de meterle una bala entre ceja y ceja, a nadie.

—Te daré mil mujeres, te pagaré como sea...

No sabe que no hay nada que pueda darme para recibir mi perdón. Ella es algo demasiado valioso para dejar que nadie la insulte.

—No quiero a tus mujeres ¡Quiero a la mía!

Me atrevo a apretarla mucho más contra mí. Tengo que reconocer que estoy disfrutando como un enano de esto—. Si por mí fuera, te cortarí la mano por tocar lo que es mío. Pero voy a ser bueno, y créeme que te estoy dando una oportunidad... Va a ser ella la que elija tu castigo.

La agente da vueltas al machete y a la pistola que hay sobre la mesa.

Lo está haciendo esperar, quiere hacerlo sufrir.

—Quiero tres dedos. Ponlos sobre la mesa.

No me puedo creer lo que le pide. Esta mujer no se amilana ante nada. Me encanta.

—No... Por favor... —Le tiembla la voz.

—Ya la has oído. Mi mujer quiere que no lleves su sabor en tus dedos impregnado.

—Me lavaré las manos. Te prometo que te daré lo que me pidas, ¡cualquier cosa! —Insiste, mientras las esconde detrás de su cuerpo.

La agente se levanta con el machete en mano.

—¡Pon la mano sobre la mesa! —le exige.

Ramses hace lo que le pide. La mujer no se detiene. A esta mujer no hay quien la detenga.

Se los corta sin pestañear, con una sonrisa perversa en los labios.

—Debería cortarte los huevos. ¡A ver si así tratas a las mujeres como se merecen! —le escupe ofuscada.

¡Brava! Mi falsa Cath, es brava.

Solo se escuchan los gritos y los quejidos de este hombre, mientras se aprieta la mano con fuerza y deja ríos de sangre sobre la mesa.

—¡Anda toma! —Le extiende un pañuelo, que se enrolla alrededor de la mano—. Deja de gritar como un puto crío.

Todos entran en la estancia, retomamos la partida. Ramses hace amago de levantarse para marcharse.

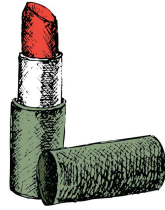
—Pero, ¿a dónde vas? La partida no ha acabado aún —le digo con sarcasmo—. No te hacía yo tan sensible por un simple corte con una carta.

El ruso me mira con odio, pero sabe quién manda en este país, así que no le queda otra que callar si no quiere que le meta una bala en la frente.

—Las cartas, amigos. Siempre son *armas de doble filo*.

ROXANA

CAPÍTULO 14



La noche ha sido larga. No sabía que una timba de póker se podría alargar hasta altas horas de la madrugada. Durante el camino de vuelta, Plukman ha ido más callado de lo habitual. Aunque sea para sacarme de mis casillas, interactúa conmigo y hoy no lo ha hecho.

Me meto en el baño y me froto muy bien las manos. Hoy le he cortado los dedos a ese hombre, y juro que le hubiese cortado ambas manos. Ya no por lo que me ha hecho a mí, sino por lo que sé qué hace a otras mujeres.

Me miro en el espejo y veo parte de mi maquillaje, corrido.

La puerta del baño se abre, no he cerrado con llave, cuando levanto la mirada veo apoyado a Plukman en el marco de la puerta. Nuestras miradas se conectan por el espejo.

—Perdón... —dice inseguro, por entrar sin avisar—. Debes estar cansada.

—Sí... —respondo nerviosa.

No he pasado por alto, que lleva ropa cómoda y que va descalzo. Tampoco he pasado por alto la manera con la que me mira.

—Quería darte las gracias.

—Soy yo la que debería dártelas. Gracias, por no permitir que esos hombres me pusieran las manos encima.

—No mentía cuando decía que eras mía...

Me giro y mi cadera queda apoyada en el lavabo, Plukman se aproxima a mí, se acerca a mi cuerpo más de lo debidamente correcto, hasta que siento mis rodillas temblar.

—No soy tuya, Plukman. —Se le dibuja una sonrisa. Posa sus fuertes brazos en el lavabo a cada lado de mis caderas dejándome atrapada ante él y sin tocarme.

Su teléfono móvil empieza a vibrar en su pantalón. Es tal el silencio, que yo también lo escucho. Por un momento perdemos el contacto visual.

—Deberías cogerlo. Puede que sea importante.

Su mirada vuelve a conectar con la mía.

—¿Más importante que esto?

No sé cómo sucede, ni los segundos que han pasado, cuando sus labios reclaman los míos. Me besa. Me besa y yo no hago nada para resistirme. Tomo lo que me da. Envuelvo mi lengua en la suya, lo cojo de la cintura y lo aprieto contra mí. Él me rodea con los brazos y me sube al lavabo mientras se aprieta contra mi cuerpo. El beso se vuelve voraz, nos comemos como si lleváramos una vida esperando hacerlo. Lo rodeo con las piernas y su miembro se aprieta contra la licra de mis bragas. Lo noto duro y dispuesto para darme lo que nadie se ha atrevido a concederme, para yo misma, entregarme a la lujuria que desprende este hombre, porque cada poro de su piel me incita a adentrarme en este tornado de emociones. Aunque esto solo signifique sexo, y el sexo es solo eso, placer.

No se necesitan sentimientos, para hacer lo que mi cuerpo me pide a gritos que haga. Quiero sentirlo. Pero hay sentimientos en el fondo de mi corazón, que me evitan continuar. Jean se hace presente en mi mente, y no puedo seguir.

—Creo que deberías cogerlo.

Si no detengo esto ahora, mañana me sentiré la peor persona del mundo, porque no sé cómo

resistirme, no sé cómo parar esto y no sentirme mañana como una mierda de persona, por traicionar a la persona a la que le prometí una vida juntos.

Él se aparta lentamente de mí.

—Perdona, no debería haber hecho eso. —Se disculpa.

Y ver en parte su arrepentimiento, me decepciona, porque si hubiese insistido un poco, solo un poco...

Apoya su frente en la mía. Coge aire y se muerde el labio.

Quiere que sea yo la que tome la iniciativa, pero en el fondo, no estoy preparada para esto. Es evidente que este hombre me atrae, pero no puedo permitirme sentir lo que empieza a despertar en mí. Tarde o temprano, tendré que entregarlo, y no puedo permitirme crear sentimientos que me lo impidan. Porque esto solo es un papel, es un fin para llegar a mi propósito. Y yo debo concentrarme en encontrar a mi hermana.

—No deberíamos —le doy la razón.

Plukman se separa de mí, y un vacío repentino se apodera de mi cuerpo. El corazón se me ralentiza, por un momento pensé que iba a salir de mi pecho.

Plukman sale del baño, se dirige a la habitación y solo me queda lidiar con los remordimientos de lo que hubiese sido capaz de hacer.

Me quito el vestido y lo dejo tirado en mitad de la habitación. Me meto entre las sábanas solo con la ropa interior. El calor que siente mi cuerpo, y el pensamiento de lo que hubiese pasado hace unos minutos me empapa por completo.

Abro un poco las piernas, el simple roce de mis bragas hace que mi sexo se excite más de lo que ya estaba. Meto la mano entre mis muslos y cierro los ojos cuando mis dedos palpan el placer entre mis piernas.

¡Joder! Hace tanto tiempo que no disfruto... Me acaricio con suavidad, la respiración vuelve a tornarse desequilibrada, mi corazón empieza a latir con fuerza. Los pensamientos se posan otra vez en ese hombre que podría ser mi perdición.

Meto dentro de mí un dedo mientras gruño. Luego lo hago con dos. Me los introduzco una y otra vez mientras gimo. Mientras fantaseo, con lo que podría haber sido, pero nunca será. No me siento mucho mejor ahora, pero necesito esto, necesito sacar el fuego de mi cuerpo, necesito aliviar el dolor de mi sexo.

Mi cuerpo se contrae, mis pechos rozan contra las sábanas de hilo y también se calientan. Estoy casi a punto de llegar al éxtasis. Nunca he sentido esta necesidad, algo tan caliente en mí ser a punto de explotar. El pensamiento de esos ojos negros a unos centímetros de mí, de esos labios en los míos, de esos ojos mirándome mientras me come, donde yo misma estoy tocando. Provoca que me corra con fuerza. Que expulse todo eso que tiene mi cuerpo retenido en las profundidades.

Me muerdo el labio inferior para retener mis jadeos entrecortados, para retener el nombre que sale de mis labios cuando exploto.

—¡Plukman! ¡Joder!

«¿He gritado su nombre?» Claro que lo he hecho, pienso. Me enderezo, para comprobar que estoy sola en la habitación y que nadie me ha oído.

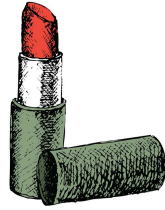
Mi cuerpo empieza a relajarse en la cama, el día de hoy ha sido agotador y estoy muy cansada. Cuando estoy a punto de dormirme, entre las sábanas una notificación en mi móvil me despierta.

JEFE

La próxima vez que quieras masturbarte y gritar mi nombre, espero que sea conmigo dentro de ti.

ROXANA

CAPÍTULO 15



Cuando despierto, Plukman no está en el departamento. Hoy es mi día libre y el de Pam también. Le he pedido si podía venir a hacerme compañía y pasar la tarde juntas.

Hoy me armo de valor para mandarle un mensaje breve a Jean.

YO

Estoy bien. Solo quería saber que tú también lo estabas.

JEAN

Me alegro. No vuelvas a contactar conmigo por este medio. Ya sabes estas cosas cómo funcionan.

Borro el mensaje y mi decepción se hace más intensa. «¿Tan poco le importo?»

Esta mañana también he tenido la llamada de seguridad con Simón, y le he transferido parte de la información que he recopilado. Le he preguntado una vez más por Jean, pero él tampoco parece querer cooperar.

El timbre suena, haciéndome salir de mis pensamientos.

—¡Buah! Este ático es impresionante —dice cuando entra Pamela.

Conrak hoy es nuestro guardia, por lo que la trae y se queda en la puerta.

—¿Estás segura de que no le importará al jefe que me hayas invitado?

—Me da igual lo que piense. Si tengo que estar aquí, debe respetar que invite a mis amigos.

—¡Toma! Te he traído lo que me pediste. —Pam rebusca en su bolso—. Tu pulsera.

—Ah, vale. Al final te has acordado.

Le he dado muchas vueltas al tema de la pulsera. La cojo y me la meto en el bolsillo trasero de mis vaqueros. La idea de inspeccionarla, corre por mi cabeza, pero resisto la tentación, debo esperar a estar sola si no quiero que Pam sospeche algo.

—Y, ¿qué te apetece hacer? —pregunta.

—Había pensado coger cena a domicilio y ver una película romántica. ¿Te apetece?

—¿En serio? Pero, ¿a ti qué te pasa? —Pone cara de horror.

—Creo que me va a bajar la regla y estoy en esos días.

—¡Mierda! No me digas que también tienes un bol de helado de vainilla y la película nos va a hacer llorar como dos tontas —ironiza Pam.

—La peli, va a ser la más triste del mundo. ¿Has visto, *Yo antes de ti*?

—No. Pero el título, ya parece triste.

—Es una historia preciosa. Va sobre un hombre que lo tiene todo en la vida y a raíz de un accidente cambia su mundo. Se queda tetrapléjico y solo quiere morir, hasta que un día conoce a alguien que pone algo de luz en su vida.

—No parece tan malo..., siempre hay luz al final del camino —responde Pam.

—Bueno..., pero se enamora tanto de ella, que decide darle una oportunidad en la vida.

—No muere, ¿verdad? Dime que no muere, me vas a hacer llorar ya. —Dramatiza. Pam siempre me hace reír ante sus ocurrencias.

—¿Crees en el amor verdadero, Pam?

—Huy, ¿esa pregunta tiene doble sentido? ¿Estás enamorada de alguien, Cath?

Aún no me acostumbro a que no me llame por mi verdadero nombre, pero no puedo contarle a Pam, toda la verdad.

—Creía que lo estaba..., pero..., tengo dudas.

—¿Es por Plukman? A ver, Plukman puede despertar dudas, y más si te encierra en su casa y te marca como suya... —bromea.

—No es por Plukman, es por mí. Antes de venir aquí estaba conociendo a alguien. Creía que éramos compatibles, que la cosa iría bien.

—La distancia a veces no es la mejor amiga —repite mientras se sienta en el sofá.

—No creo que tenga que ver con la distancia. Creo que la separación es la que me ha ayudado a ver, que ya había una barrera entre nosotros, y ahora estoy meditando todo mejor.

Pedimos comida japonesa y luego saco un tarro enorme de helado con dos cucharas. Pam, se acomoda en el sillón. Busco el mando y conecto la televisión, busco la película y la pongo.

Ambas acabamos con el helado y con una llorera tremenda. No me canso de ver esta película, es una de mis preferidas y no deja de apretarme el corazón al ver lo que es capaz de hacer el ser humano por amor.

—¿Se puede saber qué hacéis? —Me sobresalto al escuchar su voz ronca. Plukman—. ¿Estáis llorando?

—Ains. ¡Sí! ¡No! Yo ya me iba —tartamudea nerviosa Pamela—. Nos vemos mañana, Cath. Paso a por ti y si quieres salimos a comer.

—Cath, tiene mañana trabajo —le dice Plukman sin mirarla. Se dirige a mí.

Pam se levanta del sillón mientras nos mira a ambos y con un saludo de cabeza, coge su bolso y sale por la puerta, nosotros seguimos con nuestra *pequeña* discusión.

—¿Mañana? Si no recuerdo mal, tengo el día libre. Ya tenía planes, como salir con Pam a

comer y hacer algo de turismo por la ciudad.

—Pues tendrás que cambiar tus planes.

—No me parece justo —lo señalo con el dedo replicando.

—No te he dicho que lo fuera. Tendrás otro día de descanso, el que tú quieras. Podrás comer todo el helado que quieras y ver esas estupideces que veis las mujeres.

—¡No son estupideces! Son películas de amor. —Me levanto y apunto con mi dedo en su pecho—. Déjalo, tú nunca lo entenderías.

—¿Crees que tengo un corazón tan duro, que no puedo querer? —Pregunta—. Pues no te equivocas. No quiero a nada, ni a nadie.

—Pues es una pena, porque el amor es el sentimiento más bonito del mundo.

—Lo dices como si lo conocieras.

Plukman me evalúa con la mirada. He hablado más de la cuenta.

—He querido a alguien... Mucho. —Puntualizo—. También quiero a mi familia, haría lo que fuese por ella.

—Mañana te necesito conmigo. La UE ha mandado nuevos cargamentos de suministros y armamentos. —Plukman cambia de conversación.

No me puedo creer que confíe en mí de esta manera. Como para llevarme con él.

—Y yo, ¿qué se supone que debo hacer?

—Nuestro policía nos ha dado el aviso de la ruta. Vendrás conmigo, hay algo que quiero que veas. —Saca una pistola de detrás de su pantalón y me la entrega—. ¿Sabes usarla?

«¿Debería decir que no?».

—Hace mucho que no cojo ninguna. Mi padre era cazador. —Me excuso.

—Ven. —Me coge del brazo y me guía hasta su gimnasio—. Si necesitas usarla, deberías saber cómo.

Llegamos a la habitación. Plukman pone una botella contra una pared. Tira el cargador e introduce uno que saca de un cajón. Se pone detrás de mi cuerpo y lo abraza. Soy muy pequeña a su lado, es un hombre de hombros y pecho muy ancho y yo mido un metro cincuenta y cinco, por lo que ahora me hace sentirme más pequeña.

—Solo tienes que apuntar... —me susurra en el oído—, y disparar. No es muy difícil.

Sé usar un arma. ¡Claro que no es difícil! Lo difícil es apartar lo que este hombre me hace sentir cuando está cerca de mi cuerpo.

Me aparto a un lado para distanciarme y doy un par de tiros, las balas son de fogeo. Los primeros tiros no son certeros, ya me aseguro yo de ello. Plukman vuelve a rodearme con su cuerpo para ayudarme a apuntar.

—Bueno, me ha quedado claro. —Me aparto de él de un salto—. Será mejor que me marche a dormir.

Él emite una sonrisa socarrona. Sabe lo que provoca en mí.

Entro en mi habitación y me apoyo contra la puerta con la respiración entrecortada. «¿Qué narices me está pasando?».

No debería sentirme así cuando estoy con él, no es lo justo, no es lo correcto. Cada vez me cuesta más evitar que mi cuerpo responda a sus palabras, a sus miradas, a sus roces. Mi fuero interno, me reprende, me habla a mí misma diciéndome las miles de razones por las que no debo sentirme de esta manera ante él.

Cuando el corazón está en el sitio y me encuentro más tranquila echo mano a mi pantalón. Hoy Pam, me ha traído la pulsera de Vanessa. La examino de cerca, le doy varias vueltas, miro el grabado. Vuelvo a repetir lo mismo una y otra vez.

¡Mierda! He pensado que Vanessa me habría dejado alguna señal, pero ha sido una tontería. Lanzo la pulsera contra la cama con ira. No hay manera de encontrarla y lo peor, es que no sé dónde buscar.

La pulsera cae de la cama y un crujido se escucha. La he roto. Me aproximo a ella y el troquelado de oro blanco donde ponía, Dior, se ha partido por la mitad. *Espera...* La cojo y un chip del tamaño de una lenteja cae al suelo. «¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Grito para mí misma».

Cojo mi portátil y me siento en la cama. Introduzco el chip nerviosa. Una contraseña aparece en mi pantalla. Está encriptado. La tecleo. Es una contraseña que solo ella y yo conocemos. El portátil me da acceso a documentos. Son siete u ocho archivos. Abro uno por uno.

Una radiografía de huesos.

Unas pruebas genéticas a mi sobrina Cath, en las que el diagnóstico es claro; Error genético.

Una foto de sus iris —mi sobrina tiene una peculiaridad que muy pocas personas tienen—, tiene un ojo de cada color.

Una noticia de un periódico ruso. Cojo el traductor y traduzco la noticia; *Un científico podría tener la cura para las enfermedades genéticas raras.*

Una foto de Jean y de mí en la gala benéfica que organizó su familia. Parece como si esa foto ella misma me la hubiese tomado. Pero mi hermana no quiso asistir.

«¿Qué estás intentando decirme, Vanessa?». «¿Por qué no me contaste lo de mi sobrina, Cath?». «¿Por qué si mi sobrina tenía un síndrome raro, la dejaste para venir a esta misión?».

Roxy, piensa, piensa, piensa.

El corazón me palpita en el pecho al intentar unir todas las piezas del puzzle. Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con esta misión?

La última diapositiva se abre ante mis ojos. Es Jean, mi prometido, ahora mi ex pareja. Está

en la oficina con los pantalones bajados fallándose a otra. Las lágrimas de impotencia se me acumulan en los ojos, y aunque no se merece ni una lágrima, mis párpados no aguantan la presión. Jean se estaba acostando con Samanta, pero lo que más dolor me causa, es ver la fecha. Es la noche de nuestra escapada romántica. Fue ella quien lo llamó, me dejó para acostarse con otra mujer y yo fui una estúpida que ni siquiera le pedí ninguna explicación.

Bajo la diapositiva, mi hermana me ha dejado algo escrito.

Espero que me perdones, siento no habértelo contado antes, pero he sido egoísta y no podía poner en peligro la misión.

Cierro el portátil y bloqueo la información, las lágrimas no dejan de resbalar por mis mejillas como dos torrentes, me acurruco en la cama para llorar desconsolada.

Porque mi hermana no confió en mí, porque todo el mundo a mí alrededor me ha traicionado, y no puedo aguantar el dolor, de que no me contara lo de mi sobrina.

«¿Qué más secretos guardabas, Van?».

PLUKMAN

CAPÍTULO 16



Me preparo para el trabajo de esta noche. Meto en mi bolsillo trasero la pistola que siempre llevo conmigo.

La agente sale de su habitación, tiene los ojos hinchados y la mirada perdida, parece triste.

—¿No has dormido esta noche? —le pregunto—. Te necesito despierta para lo que vamos a hacer.

—He dormido, pero no muy bien. Lo siento.

«¿No replica? Algo le pasa».

—¿Qué te pasa?

—¡No me pasa nada! —Farfulla. La estoy empezando a poner nerviosa. Lo sé.

—Tienes una cara horrible, claro que te pasa algo.

—Gracias por los elogios. Estás siendo, todo un amor —responde con ironía.

—Eres una mujer difícil.

—Las mujeres difíciles no valemos para nada. ¡Solo para esperar a nuestros maridos en casa mientras ellos salen a follar con otras! —grita.

—Es nuestra naturaleza. Pero os empeñáis en ver esas estúpidas películas, que os hacen creer que el amor es de verdad —le respondo—. Los hombres nos follamos a cualquiera que nos

la ponga dura.

Ella pasa por mi lado enfurecida. Abre la puerta con los dientes apretados. Subimos en el ascensor, donde observo que aún conserva el ceño fruncido. Si por mí fuera, pararía este puto ascensor y me la follaría aquí mismo. Pero estoy utilizando todo el autocontrol que me queda, para no tocarla, porque he decidido no hacerlo, y no sé si una vez la pruebe, voy a poder saciarme de ella y dejarla ir.

Cuando llegamos al parking, Conrak nos está esperando con el Hummer arrancado y las puertas abiertas. Subimos al coche, cierro el cristal trasero para darnos intimidad. Quiero saber cuál es el motivo de que la agente se encuentre en ese estado. Y lo voy a averiguar.

—Siento lo que te he dicho en mi apartamento, pero es la verdad. —La miro a los ojos—. El amor, no existe.

—Ya. Puede que tengas razón —murmura—. ¿Con cuántas mujeres has estado?

Creo que está intentando cambiar de conversación, sea lo que sea que le pasa, no piensa compartirlo conmigo.

—¿De verdad, quieres saberlo?

—No... ¿Por qué he preguntado eso? —Pone cara de horror.

Veo como toca su collar inquieta, no para de hacerlo, y el simple hecho de saber que ese collar le pesa sobre los hombros, me enfurece.

—Si te sirve de algo. En mis treinta y dos años, no he estado nunca en serio con ninguna mujer. Pero no he engañado nunca a ninguna, todas sabían lo que había, que solo iba a ser...

—Sexo —me interrumpe ella. Y esa palabra en sus labios hace que me excite—. Bueno, no le haces daño a nadie.

—No te confundas, Cath. No por eso soy una buena persona. —Acaricio su mejilla con los

nudillos—. No soy un ejemplo para nadie, ya sabes a lo que me dedico.

—Yo tampoco soy mejor persona que tú, ahora me he involucrado en esto contigo.

Aprieta el collar nuevamente entre sus manos.

Me inclino para susurrarle algo al oído. Ella no se aparta, solo suspira, cuando nota mi cuerpo cerca del suyo. Incluso se relaja cuando levanto con mi mano su barbilla, para que me mire a los ojos.

—¿Hasta dónde vas a llegar, Cath?

Su mirada se enreda con la mía. Estudia mis palabras. Cojo su collar y se lo arranco de un tirón, lo lanzo por el hueco de la ventana. No me gusta como lo aprieta continuamente entre sus manos, como si hubiese algo de él que quisiera dejar atrapado para que no escapara.

—¿¡Qué haces!?! —Intenta evitarlo, pero su collar ya debe estar en mitad de la carretera—. ¡No tienes derecho!

Se abalanza sobre mi cuerpo, yo aprovecho para cogerla de la cintura y sentarla en mi regazo. Un leve forcejeo y la tengo sentada a horcajadas sobre mis piernas.

—Hacer lo que debería haber hecho hace tiempo. —La sujeto con fuerza para que no se mueva.

A mi parte primitiva no le gusta que esta mujer esté pensando en otro hombre, ese collar la une a otro, no hace falta que lo diga para saberlo.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres que te folle, es eso? —Se balancea sobre mis piernas. Me la pone dura al instante—. Dime. ¿Un poco de sexo y si te he visto no me acuerdo?

Aprieta sus uñas en mis hombros mientras se restriega contra mí. Si continúa así, no voy a poder controlarme.

La cojo de la mandíbula, incitándola a parar.

—No me follo a mujeres que están pensando en otros hombres.

Eso ha sonado arcaico, pero es que no puedo soportar que la agente quiera hacer esto para sacarse de la cabeza al tío que le ha hecho daño.

—Tu mente dice que no lo hagas, pero tu cuerpo quiere poseerme. Me deseas, ¿o ahora vas a decirme que lo que noto entre las piernas, es tu pistola?

—¡Te he dicho que no vamos a follar!

La aparto y la siento en asiento de al lado. Ella replica entre dientes.

Me la tiraría, claro que lo haría, pero no quiero que se arrepienta. La mujer va a odiarme cuando sepa porque estoy aquí, cuando sepa todo lo que he hecho, y debo controlar las emociones que está despertando en mí, o no habrá marcha atrás.

Noto que el coche para, bajo el cristal que me separa de mi hombre para ver qué es lo que ocurre.

—Ya hemos llegado, jefe —avisa Conrak.

Agradezco que estemos en las puertas de mi almacén, lidiar con mis hombres es mucho mejor que hacerlo con esta mujer enfadada.

Bajo, la agente me sigue el paso. Se ajusta la camisa detrás de mí.

—¿Dónde estamos? —replica mientras se pone a mi altura y se recoloca el cabello.

—Este es uno de mis almacenes. —Ella mira cada detalle de esta nave abandonada a las afueras de la ciudad. Aún se puede ver el cartel oxidado y descolgado de unos almacenes de ropa interior—. Aquí guardo el armamento que requiso.

—¿El que robas a la Unión Europea?

—Solo tomo prestado un poco de lo que les sobra. —Afirmo.

Me ajusto la pistola en la parte trasera de mis pantalones mientras entro con paso decidido.

Uno de mis hombres, nos abre la puerta, Conrak se queda fuera, es mis ojos fuera del almacén.

—Hemos podido desviar ocho pallets, en esta remesa —me cuenta mi hombre mientras se interpone entre el armamento, la mujer y yo.

—Viene conmigo —le explico—, es mi mano derecha. Mi asistente.

El hombre se aparta a un lado, al otro lado de la nave está mi gancho en la policía. Maximiliano Iana. La nave está alumbrada por dos bombillas, una de ellas está en sus últimos días y parpadea.

Me acerco a los pallets y reviso lo más vistoso; Ak-47, lanzagranadas, misiles, balas...

—¡Cuanto armamento! —apunta la agente.

—La mitad sale mañana a Rusia en uno de los camiones —dice mi hombre—, y la otra mitad, la distribuiremos por Medio Oriente. Tengo un contacto y ya nos ha adelantado parte del dinero.

—Buen trabajo. Te daré tu parte, en cuanto se cierre el acuerdo —respondo—. Ahora podéis esperarnos fuera.

Mi hombre y Maximo salen de la nave, la mujer está repasando pallet por pallet, viendo todo lo que me he apropiado.

—Aquí hay mucho armamento. Todo esto podría servir para salvar a los ucranianos de una muerte segura —murmura mientras pasea entre las cajas.

—Puede que entregarles un arma indebida, suponga la muerte de muchas personas —repongo, meto mis manos en los bolsillos y la observo con detenimiento.

—Este armamento podría salvar miles de vidas. Son para defenderse.

—Mandarles un arma nuclear, ¿es para defenderse? —respondo, para hacerla entender—. Entregarles un arma de esas características, solo sería el inicio de una guerra nuclear.

—La Unión Europea, solo quiere ayudarlos, darles una oportunidad.

—Rusia es la primera potencia nuclear. Es el país con el armamento más sofisticado del mundo. Tienen armas que pueden destruir el mundo que conocemos en cuestión de minutos. ¿Qué pasaría si los Ucranianos usaran un arma nuclear contra Rusia? —la dejo pensar—. Déjame que yo te lo diga; responderían con su furia. Y no irían solo a por Ucrania, barrerían todos los estados vecinos. No se puede ayudar a un amigo a iniciar una guerra, en la que no deseas participar.

—Y, ¿qué propones? ¿Robar su armamento para hacerlos más vulnerables?

—No robo su armamento para hacerlos más vulnerables, robo su armamento para poder vivir mejor. Soy egoísta, ya te lo dije —le explico—, el dinero da la felicidad. O acaso, ¿tú trabajas conmigo por otro motivo?

La agente se queda callada, es demasiado impulsiva y hablar más de la cuenta, supondría desvelar datos que no está dispuesta a compartir conmigo.

—Tienes razón. Dime lo que hemos venido a hacer. Hoy me has privado de mi día libre, así que no nos entretengamos más —replica.

—Solo venía a revisar los envíos. Tengo muchos hombres, pero debo estar atento si quieres que el trabajo salga bien. Mañana podrás tener el día libre, podrás salir con tu amiga. Os prestaré a Conrak para que os custodie.

—No necesito una niñera para salir con mi amiga, así que ahórratelo.

Esta mujer es difícil, no sigue órdenes de nadie, y no respeta las mías.

De pronto oigo ruidos de disparos fuera del almacén. Conrak entra a toda velocidad para avisarnos.

—¡Jefe! ¡A cubierto! ¡Es el ruso! —dice Conrak—. Ramses Popov, viene con sus hombres y ha abierto fuego contra nosotros. Han matado a varios de nuestros hombres.

—¡Detrás de mí! —Le pido a la mujer. Saca un cuchillo que lleva en el tobillo y hace una abertura en parte de la mercancía de los pallets. Saca armamento de entre los envíos y nos lo distribuye.

—¿Cuántos son? —pregunta.

—Creo que son cinco. Con él seis —responde Conrak nervioso.

—¡Debemos separarnos, usar los pallets como escudo! Nos superan en número, quedarnos juntos solo simplificaría su trabajo.

Voy a decirle, que no voy a dejarla sola, cuando el ruso irrumpe pegando tiros con su pistola al aire.

—¡Plukman! ¡Sal de donde estés! —dice el ruso con rabia.

La agente me mira sentada detrás de un pallet, me hace una señal de silencio. No quiere que me atrape.

—¡Deberías haberme cortado la mano entera! ¡Te voy a matar, hijo de puta! Me voy a quedar con tus envíos, con tus rutas, con tu mujer... —Aprieto mi mano sobre la pistola.

Cuando pille a este hijo de puta, voy a matarlo con mis propias manos. Debería haberle pegado un tiro hace mucho. Debería haber acabado con él.

—¡A Plukman y a la mujer, los quiero vivos! —Ordena a sus hombres—. Voy a divertirme con ella, y a dejar que él lo vea.

La ira se hace mella en mi interior. Nunca he sentido tanta rabia, ni tanto odio. No voy a dejar que la toque. Tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

Me levanto y disparo a bocajarro a dos manos. Efectivamente son seis hombres, a algunos los pillo desprevenidos, tumbo a uno en el acto.

La mujer se desplaza al final de los envíos entre los pallets mientras sus hombres abren

fuego contra mí.

Me cubro con uno de los pallets mientras ella abre fuego desde el otro lado de la nave. Es una mujer que coge el toro por los cuernos, se nota que está acostumbrada a usar las armas, y está instruida en las misiones.

Cuando se agacha y se sienta detrás de uno de mis envíos, los hombres abren fuego en su contra. Ella levanta las manos para señalar, que solo quedan cuatro hombres. Veo como uno de los rusos salta entre los pallets y la coge por el cuello. Ella lucha contra el hombre cuerpo a cuerpo. La lanza contra el suelo y le asesta un puñetazo. Me levanto y corro entre los envíos para ayudarla, pero un riego de balas corren enseguida en mi dirección. Caigo al suelo, cuando dos de ellas, alcanzan mi brazo izquierdo. Veo como la mujer le hace una llave y se pone encima de él, le da varios puñetazos, lo coge de un brazo y lo estira poniendo sus piernas sobre su cara. Lo tiene prácticamente noqueado.

—¡Aaaah! —Grito.

Doy gracias, que solo sea el brazo, y ninguna bala haya impactado en mi cabeza. Pero cuando levanto la mirada hacía ella, noto su mirada de preocupación y veo como el hombre vuelve aprovechar para cogerla del pelo y lanzarla contra el suelo con fuerza.

—¡Al suelo! —Una explosión suena a la entrada de la nave. Conrak ha utilizado un lanzagranadas.

Me arrastro como puedo por el suelo. La quemazón en mi brazo es profunda, pero no tanto como la visión que tengo frente a mí. Ese hombre está encima del cuerpo de ella, aprisionándole con fuerza el cuello. Ella intenta estirar el brazo, para coger el cuchillo que hay a su lado.

—¡Suéltala!

Aprieto el gatillo dos veces, pero el dolor de mi brazo hace que no acierte mi objetivo.

Aparta una mano del cuello de ella y dirige sus disparos hacia mí. Me pongo en el otro lado

del pallet, para que sus balas no me alcancen, aun a riesgo de recibir un disparo del ruso.

—¡Han sido todos abatidos! —Pasa por mi lado Conrak—, pero el ruso ha huido.

Me levanto en dirección al hombre. La sangre empapa mi camisa, y tengo que cogerme el brazo con la otra mano, para apretar en la herida.

El hombre la levanta del suelo y se pone detrás de ella, le pone una pistola en la cabeza.

—Si das un paso más, la mujer muere.

Me freno en seco. Su vida vale mucho más para mí, que cualquier otra cosa que pueda imaginar.

—Me importa una mierda si la matas. Tengo miles de mujeres como ella ahí fuera —le sonrío—, pero ¿qué harás luego? —le pregunto—. Márchate si quieres seguir con vida.

El hombre forcejea con Cath tratando de que se esté quieta.

—También podría divertirme con ella. Es lo justo, no me ha pasado desapercibido, que está muy buena. Una mujer así debe valer mucho como puta.

Le arranca la parte delantera de la camisa, dejando el sujetador de encaje a la vista de mis ojos.

—¡Vete a la mierda, Plukman —me gruñe ella.

Ella está furiosa, yo la reto con la mirada.

«¿No creerá que voy a dejar que la toque, verdad?».

—No voy a dejar que la toques, así que será mejor que te vayas...

El hombre duda, pero la lanza contra mí. Da dos pasos atrás y sale corriendo por el lateral como alma que lleva el diablo.

Saco mi pistola y le doy dos tiros en la cabeza mientras huye. No iba a dejarlo escapar.

Nunca.

—Ya no queda nadie, jefe —dice Conrak—. He revisado los cuerpos, el ruso ha escapado.

—Conrak, necesito que limpies este desastre. Cuando acabes, avísame. —Cojo a la agente que está temblando por la adrenalina y la aprieto contra mi pecho.

—Aaaah —Gruño.

La quemazón de las balas, está empezando a hacerme sudar.

—¿Te han herido? —pregunta mientras toca mi brazo ensangrentado—. Venga, vamos. Tengo que llevarte a un hospital.

—¿Hospital? No podemos ir a un hospital, Cath.

—Tienen que sacarte la bala. Podrías coger una infección. —Se preocupa.

Salimos del almacén. Los cuerpos de algunos de mis hombres, están tirados a un lado con un tiro en la cabeza. El policía no lo veo por ningún lado. Si me la ha jugado, lo mataré.

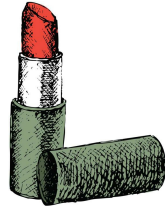
—Ains —me quejo.

La mujer rebusca en los bolsillos del *fiambre* y saca unas llaves.

—Venga, vamos. Si no vamos a un hospital, debo curarte eso.

ROXANA

CAPÍTULO 17



La noche ha sido agotadora. Sé que Plukman aunque intente disimularlo está débil, ha perdido mucha sangre. Lo ayudo a tumbarse sobre su cama. Él cae como un peso muerto. Me subo a la cama con él y le desabrocho la camisa, para ver la gravedad de las heridas.

—Estoy bien... —susurra con voz ronca. Pero ni siquiera le quedan fuerzas para resistirse.

—Tengo que curarte la herida. —Miro su brazo y tiene tres orificios de bala sin salida. Lo podrían haber matado.

Salgo a la cocina y lleno un cubo de agua caliente, paños limpios, unas tijeras. Abro el botiquín y cojo; unas pinzas, alcohol, gasas. Atrapo todo, y lo voy entrando a la habitación sin esperas. También entro en su despacho y cojo una botella de whisky.

—¡Toma! Bebe un poco —le pido.

Plukman está sudoroso, ni siquiera sé si puede verme ahora mismo. Está tan vulnerable ante mí.

—Deberías dejarme morir —susurra con voz quejumbrosa.

—Ya sé que a ti te hubiese dado igual verme morir. Pero yo no voy a dejarte así.

—No es verdad lo que le he dicho a ese hombre. No sé qué hubiese pasado si te hubiese hecho daño, Cath. —Se esfuerza por hablar.

—Venga, bebe. Estás sudando.

Lo ayudo a acomodarse en la cama y Plukman da un fuerte trago al whisky. Me pongo al lado de la cama y observo sus heridas.

—Esto va a dolerte —le advierto.

—Me hubiese dolido más perderte —dice con firmeza.

Plukman cae inconsciente sobre la cama. Eso me facilita el trabajo. Tengo que extraerle las balas que aún lleva dentro. Y, sé que es un procedimiento doloroso, ya que yo tuve que sacarme en una ocasión dos.

Las extraigo con cuidado; desinfecto y limpio la herida. Le tomo la temperatura y veo que tiene fiebre. Busco en el botiquín y veo unos antibióticos sin usar. Cojo una jeringuilla para poder medicarlo y lo inyecto.

Recojo todo, y me doy una ducha. Estoy agotada, son las seis de la mañana.

Cojo mi teléfono y le introduzco la tarjeta extraoficial. Necesito hablar con mi amigo, necesito hablar con alguien.

—¿Qué pasa, Roxy? —me responde Simón con la voz adormilada.

—Simón... —sollozo repitiendo su nombre.

—Roxy, ¿estás bien? Dime que estás bien. ¿Qué te pasa? —pregunta preocupado.

—No sé lo que me pasa, Simón. No sé por qué Jean me ha estado engañando, tampoco tengo ni idea de dónde buscar a Vanessa —le cuento, aunque en el fondo la traición de Jean no me duela como debería.

—Tranquilízate, estás en shock, ante todo lo ocurrido. —Me intenta apaciguar—. Lo que está claro es que algo está pasando. Tu hermana sabía que irías, y lo que está claro es que ella sabía que tú resolverías todo. Ella confiaba en ti.

—Yo ya no sé en quién confiar, Simón. Tengo a este hombre en la otra habitación, medio

moribundo y solo he querido salvarlo. He tenido miedo de perderlo.

—Roxy, es un traficante, y tu misión es detenerlo cuando se haga el intercambio —me recuerda—. Recuerda lo que hemos aprendido. Nada de sentimientos.

—Lo sé, pero es que tú no lo conoces.

—Roxy, no puedes formar vínculo con tu misión. Y ese hombre, es uno. —Vuelve a recordarme—. Entiendo que lo hayas salvado, pero no te pilles por nadie, ¿vale?

Me quedo con el teléfono en el oído mirando el techo, pensando en todo lo que Simón me está avisando.

—¿¡Roxy!?! ¿Me estás escuchando? —Me despierta de mi ensoñación—. Solo estás confundida por lo que has descubierto de Jean. Solo es eso. ¿Vale? —Simón me habla pausado para tranquilizarme—. En dos días te haré la llamada de seguridad, aprovecha para registrar su casa, y lo dicho; no te vincules afectivamente con la misión.

Simón cuelga y yo siento un dolor profundo en mi interior. Son los sentimientos que duelen en lo más adentro de mi corazón. Los sentimientos de haber perdido la vida que había visualizado en mis sueños. La mentira a la que me había aferrado, como el fuego se adhiere a la madera.

Mis lágrimas se hacen más intensas, no puedo parar de llorar por el cúmulo de emociones perdidas.

Me levanto y miro a Plukman, su pecho respira e inspira pausadamente. Su frente brilla por el sudor. Me siento a su lado y lo miro tan tranquilo. Recorro mis dedos por los dibujos de sus tatuajes de su pecho. Alguna herida que palpo con las yemas.

¿Cómo algo tan bello, puede ser tan malvado?



Me despierto aturdida, con un cuerpo caliente pegado al mío.

—Buenos días, bella durmiente. —Cuando levanto la mirada, Plukman está pegado a mí y me mira con mejor aspecto que el que tenía anoche.

—¡Mierda!

Me sobresalto y caigo por el lateral de la cama. Él estalla en carcajadas al verme caer, froto mi trasero dolorido por el impacto y lo miro con el ceño fruncido.

—Perdón, me he quedado dormida —me excuso aun sintiendo dolor por el golpe.

—Gra...cias —Levanta su brazo y gruñe de dolor—. Gracias, por esto.

—He hecho lo que hubiese hecho por cualquiera. —Le resto importancia.

Me levanto del suelo y me quedo de pie junto a la cama. Plukman se sienta en el borde reclinado contra el cabecero, lo ayudo acomodar la almohada, y gruñe de dolor al colocar su brazo. Su vientre se contrae por el esfuerzo.

—Voy a darme una ducha —me dice mientras se levanta conforme puede.

—¿Necesitas que te ayude?

Su mirada profunda hace que me tiemblen las piernas, cuando sus labios dibujan una sonrisa engreída.

—Será mejor que me duche yo solo.

—Sí, claro. Será lo mejor. Solo quería ayudar... no pretendía... no quería... —tartamudeo nerviosa.

—Sí que querías, Cath —me ronronea con voz ronca—. Pero no estás preparada.

—¿No estoy preparada yo? ¿O no lo estás tú? —digo abiertamente—. ¿Teniendo tantas mujeres para que conformarse con una? Lo que no entiendo; porque me has traído a tu casa, porque finges que te importo, y luego me rechazas tan abiertamente.

—Porque nos necesitamos.

No sé qué es lo que yo podría necesitar de él. No es nada más que un traficante, un contrabandista, un..., y un asesino. No le tiembla la mano a la hora de deshacerse de un enemigo. Pero, ¿me ha temblado a mí, al disparar a esos hombres?

—Yo no te necesito para nada. Solo vine a trabajar. —No le miento, vine a trabajar, aunque mi trabajo sea él—. ¿Qué necesitas tú de mí?

—Alguien de mi confianza, que no te dispare por la espalda y que sepas que tiene tu vida en sus manos y no te la arrebatará... —dice entre gruñidos—. Más de uno de mis hombres, hubiese aprovechado para clavarme ayer un puñal si me hubiese encontrado en el estado, que estaba contigo.

Suavizo mi expresión. Puede que no sienta ningún tipo de atracción hacia mí, pero sí que poseo su confianza.

«¿Debería importarme, no ser de su agrado?».

—¿Por qué nos atacaron anoche? ¿Qué hombres crees que podrían estar involucrados?

—El ruso me tenía ganas, en realidad es con su primo con el que mantengo los negocios. No sé quién está metido en esto, pero está claro que Maximiliano lo está.

—¿Por qué te traicionaría alguno de tus hombres con el dinero que les pagas?

—¿Cómo se compra un hombre que ha sido comprado con dinero? —me pregunta—. Con más dinero. Así de simple.

—Bueno, te dejo que te duches. Cualquier cosa, estaré en mi habitación.



Esta misma noche trabajamos en el Club, Plukman ha insistido en actuar como si no pasara nada. Conrak ha limpiado toda la nave, y el resto de sus hombres, están ajenos al ataque.

Mateu, el primo de Conrak, está hoy como encargado de seguridad. Se le dan órdenes

específicas de control. Ni un ruso esta noche en su local.

La música suena a todo volumen. Yo me dirijo a su despacho, veo como Beatrice se aproxima a su altura y yo continúo mi camino. Sea lo que sea que tienen estos dos, no lo quiero saber.

Abro la puerta de su despacho y me sirvo una copa. Me siento en el sofá y vuelvo a rellenar mi copa.

—No es muy inteligente emborracharse un día de trabajo —me reprende Plukman.

Lo miro desafiante. Me da igual lo que él crea. Necesito esto para aguantar toda la noche.

—No soy inteligente, vale. Lo pillo.

Me quita la copa de las manos.

—Mi contacto en Rusia tiene una pista.

—¿Una pista?

—Sí, eso he dicho, necesitamos a ese individuo urgente. No me fio de Yurok Popov, el ataque de su primo, podría estar dirigido por él.

Cojo una copa nueva y me la vuelvo a rellenar.

—¿Crees que va a volver para matarnos?

—No lo creo, estoy seguro.

Mi teléfono móvil suena.

PAM

Ven al almacén tengo algo que contarte.

—Es Pam. Me voy un rato con ella. —Le enseño la pantalla del móvil. Plukman me quita la copa de la mano.

—Deja de beber —gruñe.

—Eres aburrido. —Cuando me levanto del sofá, me tambaleo, he bebido más de la cuenta, pero no lo reconoceré—. Luego vuelvo.

Bajo por las escaleras, mi amiga me ha pedido que vaya al almacén y ahí me dirijo. Hoy el Club está abarrotado de gente, bailando y bebiendo. Me balanceo entre la multitud. Paso por la cola de mujeres al baño y sigo mi camino.

Cuando abro la puerta no veo a nadie.

—¿Pam?! —Grito para que me escuche por encima de la música.

La puerta se cierra detrás de mí, me giro y es Beatrice.

—¿Qué haces? —La intento apartar para salir—. Déjame salir.

—¿De verdad creías que te iba a dejar poner los ojos en mi hombre? —Rie de una carcajada. Me empuja dentro.

—Es todo tuyo. ¡Por mí, puedes quedártelo!

Beatrice me pega una bofetada que me hace tambalearme. Intento defenderme, pero he bebido mucho y trastabillo a punto de caer.

—No será mío mientras tú te interpongas entre nosotros —me dice con odio levantando la mano para volver a pegarme—, pero a partir de hoy, lo será.

Me abalanzo sobre ella, la cojo del brazo y le hago una llave. Beatrice cae al suelo y yo me siento sobre ella. Pero dura poco, ya que alguien me coge por detrás y me quita de encima. Veo como Beatrice se levanta del suelo y mira a quien sea que tengo detrás.

—La chica por Plukman, ese es el trato. Diviértete con ella y máatala.

Un brazo ejerce fuerza sobre mi cuello y el otro me sostiene el brazo. Su mano sin tres dedos, me dice que al que tengo detrás es al ruso. Ramses Popov.

—Nos lo vamos a pasar muy bien... —Me empuja contra el suelo.

Beatrice se inclina y me clava algo en el hombro.

«¿Me ha drogado?».

La visión se me nubla, las piernas me fallan.

—¡PLUKMAN! —Grito con todas mis fuerzas. Pero es inútil, él no puede escucharme, Beatrice ya lo sabía cuándo me citó aquí.

Oigo risas, unos brazos me ponen de pie. Noto como mi cuerpo le recorren escalofríos, suda y tengo la visión borrosa.

—No... —Intento zafarme de esas manos cerca de mi cuerpo—, no-no-no, ¿qué me habéis dado?

—Un poco de éxtasis... —Oigo la voz de Beatrice a lo lejos.

—Tranquila, no te dolerá —me susurra.

—No..., no..., me..., toq... es... —Las palabras no me salen.

Risas, manos y el sonido de mi ropa cayendo al suelo.

Noto susurros lascivos, que me repugnan, pero mi cuerpo está ahora mismo en shock... Suspiros, manos avasallando mi cuerpo... Caigo sobre un sofá y un cuerpo se pone encima de mí... No hay nada que pueda hacer para apartarlo, no quiero esto, estoy a punto de vomitar. Sé cómo funciona el éxtasis en el organismo, incrementa las emociones por mil, y ahora mismo deseo caer en el pozo más profundo, porque no me responde el organismo como debería y yo no deseo esto, detesto a este hombre con todas mis fuerzas.

Cierro los ojos y los adentro en un mar negro de sentimientos, para dejarlo hacer, cuando escucho cuatro disparos, y como si fuese un sueño, veo la cabeza rubia de Beatrice reposar sangrando en el suelo. Sus ojos están abiertos, y me miran sin brillo, si un ápice de vida.

«¿Esa mujer ha muerto? O, ¿solo ha sido el eco de mi imaginación?».

—Te dije que no bebieras —gruñe en mi oído, y su olor me impregna las fosas nasales. Noto sus fuertes brazos alrededor de mis piernas y mi espalda. Me aprieto en el hueco de su cuello.

—Pluk... man, ¿eres tú? —Paso mis manos por su pecho, y noto su calidez—. Creo que me han inyectado éxtasis.

—Ven, te llevaré a una sala. Estás sudando y noto perdida tu mirada. —Esas palabras resuenan en mi cabeza en la distancia.

Noto como caigo en algo ahuecado.

—No te... vayas.

Reparo en como algo a mi lado se hunde. Siento su presencia rozando mi cuerpo. Intento deshacerme de la ropa, pero no tengo encima prácticamente nada, no sé ni si llevo ropa interior.

—Calor... —Consigo decir.

—Vas a pasar una noche muy larga... —Gruñe a mi lado.

—Calor... —Vuelvo a decir—. Mi cuerpo está caliente y tener el roce de su piel a mi lado, no ayuda. Estoy desesperada, ahora mismo mi mente se deja llevar por la lujuria. Arrastro las manos por mi vientre y las dirijo a mi sexo. Efectivamente no llevo nada.

—No hagas eso. Joder, Cath. —Gruñe nervioso.

—No puedo controlarlo. Dime co..., dime cómo parar... —El sudor se hace más intenso, me cuesta hablar con normalidad—. Plukman, haz algo... Solo tú puedes apagarme..., solo tú..., solo tú puedes apagar el fuego que me abrasa por dentro.

Me besa con furia, me besa enredando su lengua en la mía. Lo noto ponerse encima de mi cuerpo y apretarse contra mi sexo. Noto su miembro apretando la cremallera de su pantalón

contra mí. El corazón me palpita a mil por hora a punto de salirse de mi pecho.

—No puedo... —se resiste.

Separa sus labios de los míos y coge aire en bocanadas muy rápidas. No sé cómo será esta estancia, pero podría acabar con todo el oxígeno que hay en ella.

—Tranquilo, solo será sexo...

—No puedo hacer esto encontrándote en este estado, quiero que estés al cien por cien y recojas todo lo que tengo para darte.

—Por favor..., por favor —le suplico—, te necesito.

Noto sus manos, tocar mi vientre, no sé cuánto tiempo se queda ahí, pero está claro que está pensándolo. Baja su mano a mi sexo y lo recorre con la yema de sus dedos. Aprieta en una zona erógena, porque arqueo la espalda gimiendo. Me acaricia el clítoris con las yemas de los dedos mientras gimo y se abre paso entre mis pliegues, porque noto la intrusión de sus dedos dentro de mí. Sus dedos me penetran con fuerza.

Cojo lo que tengo a mano, solo alcanzo unos cojines, que aprieto con fuerza.

—Aaah. Plukman, no pares —suplico.

Siento su lengua en mi epicentro. Plukman ha decidido saborearme, y vaya si lo está haciendo. Sus dedos dentro de mí, me reclaman con cada embestida, sus labios devoran mi sexo con cada lamida. Nunca he sentido algo tan fuerte en mi cuerpo, queriendo salir, nunca he sentido la necesidad de ser devorada con esa fuerza que me exigen sus labios.

No sé si ahora mismo mi cuerpo es mío, no sé si me pertenece, si alguna vez volverá a sentirse en este estado de excitación, porque es algo desconocido para mí. Nunca nadie ha hecho que me sintiera tan fuera de mi cuerpo, ni me nublara la razón de esta manera.

O, ¿solo es la consecuencia de una droga?

Plukman es una droga prohibida para mí. Es algo que no debería haber mirado, es un hombre con lo que no debería haber fantaseado y es alguien que no debería haber probado.

Noto una intrusión mayor en mí mientras me embiste más ferozmente.

—¡Plukman! —grito de placer—. ¡Plukman! —Vuelvo a gemir.

El sudor se hace mella de mí, el corazón me palpita a una velocidad implacable. El orgasmo se remolinea en mi interior, como un huracán que arrasa con todo.

Me arqueo con las pocas fuerzas que tengo; grito, gimo. El éxtasis se hace eco de mi cuerpo mientras convulsiona. Y ya no sé si habrá alguna otra vez, si alguna otra vez se atreverá a tocarme, si alguna vez tendré la necesidad de volverlo a tener. Así que lo cojo con fuerza del cabello y lo aprieto contra mi sexo, como si no hubiese un mañana.

Mis labios no se lo harán saber, pero mi mente sabe que nunca ha sentido un placer así con nadie.

—Eres la droga más adictiva, que han probado mis labios. —Gruñe por lo que me ha hecho.

—Gracias —le respondo mientras mi corazón se recompone.

Le doy las gracias, como el que le hace un favor a un amigo.

Noto su cuerpo caer al lado del mío, su mano me retira el cabello que tengo pegado en la cara por el sudor.

El efecto de la droga se me ha pasado, estoy completamente relajada y puedo vislumbrarlo entre las sombras de esta habitación oscura.

Se queja cuando se mueve a mi lado.

—¿Estás bien? —pregunto preocupada—. ¡Tu brazo! ¿Te has hecho daño?

Soy una egoísta, ni siquiera he pensado que podría dolerle la herida.

—Estoy bien —dice con voz ronca.

—No tendrías que haber...

Quería decirle que no debería.

—¿No te ha gustado? —me pregunta y me acerca más a él.

—¿Necesitas que lo diga?

—Te tengo en mi garganta, tu sabor me ha hecho saber que sí.

Sonrío. Me siento bien aquí, entre sus brazos. Cuando estoy con Plukman siento que no voy a caer, que no soy esa persona que reprime sus sentimientos por no agradar, que guarda sus contestaciones, que guarda una parte de sí misma para gustar a los demás. Pero también sé que esto tiene su punto final, que cuando acabe la misión, acabará.

Y una idea me nubla la mente, un sentimiento me oprime el pecho con fuerza.

¿Seré la persona que se espera que sea? ¿Seré capaz de entregarlo cuando se me pida? ¿Será él capaz de apretar el gatillo cuando sepa quién soy? No le ha temblado la mano para deshacerse de Beatrice, y en lo más profundo de mi ser, sé que tampoco le temblará cuando no tenga otro remedio, que hacer lo mismo conmigo.

PLUKMAN

CAPÍTULO 18



La cama chirría cuando me levanto, también lo hace mi brazo que ha derramado unas gotas de sangre. Algún punto se me ha debido saltar.

Miro a la mujer totalmente desnuda enroscada entre las sábanas. Está plácidamente dormida y no me atrevo a despertarla. Estamos en una habitación que tengo en el Club. Aquí he disfrutado con muchas mujeres, pero me permito preguntarme si alguna me había puesto así.

Me siento en el sillón para ponerme los zapatos, tengo que ajustarme la polla en el sitio. Jamás me había dolido tanto. Porque, sí. Sentir dolor de huevos, no es un mito.

No sé el tiempo que hace que no me acuesto con una mujer, y tener a la agente a mi merced se está convirtiendo en una necesidad, aunque también sería un problema.

Mi teléfono móvil vibra en mi bolsillo. En la pantalla veo reflejado su nombre, mi contacto en Rusia.

ANDREI

—Tengo algo. He encontrado al ruso —me dice alargando el silencio que me pone los pelos de punta.

—Los rusos nos la han jugado. Ramses Popov ha intentado matarnos, seguramente Yurok está involucrado también.

—Esos rusos no eran de fiar. Cuanto antes podamos deshacernos de ellos, mejor. Nuestro contacto es el Ministro de Defensa ruso, Serguéi Guerásimov. Se dice de él que es un hombre que protege a su país ante todo. No he conseguido hablar con él, pero pronto lo haré. Te mandaré noticias en breve.

—No tenemos mucho más tiempo. Ofrécele el intercambio. Tengo a los servicios de inteligencia de toda la UE, pegados a mi culo.

—Sabes que tenemos intereses en común, haré todo lo que esté en mi mano.

—No lo dudo, pero hay que actuar, ya.

Cuelgo el teléfono cuando veo a la mujer sentarse en la cama. Se aprieta la cabeza con las manos, sé que tiene un fuerte dolor.

—Buenos días —le digo.

—Será para quien los tenga. —La sábana le cae dejando al descubierto sus pechos—. Tengo un dolor horrible. —Se sube la sábana para cubrirse cuando se da cuenta.

—Es el efecto de la droga —le explico—, y que te bebiste la mitad de mi bodega —añado mientras dejo mi teléfono a un lado.

—¿Con quién hablabas? —me mira a los ojos—. Te he escuchado hablar con alguien.

—Nada importante. —Me levanto del sillón, cojo algo de ropa que no sé de quién es y se la ofrezco—. Toma, ponte esto.

La mujer me mira con cara de hastío, no le gusta lo que le ofrezco.

—¿Está usada? Me niego a ponerme eso.

—Pues tú misma, por mí puedes ir desnuda.

Me quita la ropa de malas maneras de las manos. Se levanta de la cama con la sábana rodeando su cuerpo.

—¿Vas a quedarte ahí mirando? —Me hace unas señas con los dedos—. Por favor, date la vuelta.

—No voy a darme la vuelta —la aviso—, además ya te he visto desnuda.

Veo como sus mejillas se sonrojan, no sé si de vergüenza o de ira.

—Solo espero que no sea de ninguna de tus amantes. —Se levanta totalmente desnuda y se pone la ropa ante mi ardiente mirada—. O lo que es peor, de Beatrice.

—No es de Beatrice, pero si así fuera, tampoco podría ponérsela —añado—. Nunca más.

—Iré con cuidado. No quiero que me pegues cualquier día un tiro —me reprocha.

—¿Hubieses preferido que la dejara viva? Metió en mi Club a mi enemigo, te drogó, y hubiese permitido que te violaran y mataran.

—Y, ¿eso por qué te importaría?

La mujer me encara frente a frente. Es una mujer demasiado impetuosa.

—Porque me eres de gran ayuda en mis negocios.

La miro a los ojos, quiero que entienda que no hay ningún otro motivo por el que la protegería.

—Será mejor que nos marchemos. —Aparta la mirada.

Salimos del Club, son las once de la mañana, en el local ya no queda nadie. Les he pedido a los primos que recojan el desastre de mi almacén. Les sumaré un cero este mes a sus sueldos, no suelo confiar en mis hombres, pero en estos dos si lo hago.

Cojo mi BMW M8 azul y subo. La mujer sube sola y pega un portazo de mala gana.

—El coche no te ha hecho nada.

Ella se posiciona de brazos cruzados y me mira de reojo. Está tremendamente buena cuando

se enfada. Y tiene un sabor... « Plukmam, no pienses con la polla, otra vez no ».

—Tengo algo, creo que mi contacto en Rusia ha encontrado al *contacto*.

—¿De verdad? —responde ilusionada.

—Es con quien me has escuchado hablar. Creo que ya lo tengo.

—¿Por qué quieres hacer un intercambio? Y, ¿qué es lo que quieres? —pregunta.

—Quiero algo que ellos tienen.

—Y, ¿por qué les vas a entregar un arma nuclear? ¿Sabes que eso es peligroso? ¿Sabes lo que podrían hacer con esa arma? —replica mientras se relaja, sé que valora la confianza que deposito en ella. O quizá, solo me esté utilizando, aún no lo sé.

—Rusia tiene más armamento nuclear junto que todos los países del mundo. A veces pienso que lo coleccionan. Pero un arma así en un país en guerra, sería un auténtico peligro.

—Lo que no entiendo por qué la mandaron y mucho menos por qué la tienes tú. —Intenta hacerse sus propias ideas

—Porque me pagaron para que me asegurara de que el arma pasaba por mi frontera.

—¿Te pagaron? —Su cara es de pura sorpresa—. ¿Por qué te pagarían para pasar un arma? La Unión Europea no haría algo así y mucho menos mi país.

Abro el parking del apartamento justo a tiempo, para finalizar con esta conversación. La agente está pensativa, está intentando entender.

—Baja del coche —le pido sentado aún en mi deportivo.

—¿No vienes? —me pregunta—. ¿A dónde vas?

—Hay algo que tengo que hacer.

No voy a darle más explicaciones, no es nadie para pedir las.

La agente cierra la puerta del coche de un portazo, esta vez con más fuerza. Río ante la ira de la mujer.

—No me esperes despierta —le digo con una sonrisa en los labios.

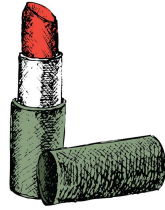
Me encanta su inestabilidad emocional, como réplica cada cosa que le digo, como me reta con la mirada, como se contiene para no hacerme callar las cosas que no le gustan. Me gusta verla apretar la comisura de los labios cada vez que algo no le parece lo correcto. Me fascina esta mujer, me encanta toda ella.

Estoy jodido, y me he atrevido a probarla.

Ya no hay marcha atrás, la mujer va a ser mía.

ROXANA

CAPÍTULO 19



Me quito el vestido que Plukman me ha entregado y lo tiro a la basura. Entro en la ducha y me froto la piel con fuerza. ¿Por qué este hombre me hace dudar? Me hace dudar sobre la misión, sobre mi país, por los sentimientos que hasta hace nada sentía por mi prometido. Pone patas arriba mi estabilidad emocional.

Estoy enfadada conmigo misma, por haberlo dejado entrar y por sentir que necesito más de este hombre. Porque si anoche hubiese querido, podría haber hecho conmigo y mi cuerpo lo que hubiese querido. Le pedí, le supliqué que me tomara.

Apoyo la cabeza contra el cristal con el cabello mojado y me permito mirarme a mí misma, para ver si hay algo en mí que ha cambiado. Me veo con el pelo más corto y teñido de negro, tal y conforme era. Pero ya no me siento igual, siento que no soy esa persona, que intentaba ser.

Me siento en el borde de la cama y hago la llamada de seguridad con mi amigo Simón.

—¿Código de seguridad?

Le deletreo los diez dígitos.

—Dime que tienes algo, Roxy.

Es Jean quien recibe mi llamada.

Mi pecho se oprime al escuchar su voz. Jean ni siquiera me pregunta como estoy, esta llamada es oficial, y no se dirige a mí de otra forma que no sea laboral como cuando estamos

trabajando.

Me gustaría preguntarle por qué me ha traicionado, pero su despreocupación me hace daño, así que no encuentro la necesidad de hacerme más daño a mí misma.

—¿Por qué la UE mandó un arma nuclear? ¿Qué interés había con eso, Jean?

—El arma nuclear no la mandó nadie. ¿Es eso lo que te ha dicho ese hombre?

—Y como explicas que tenga un arma nuclear. Llevo casi un mes en la misión y no tiene pinta de que él mismo se la haya fabricado.

—Pues no lo sé, me mandaron desde arriba la misión. Ya sabes cómo funcionan estas cosas, alguien dio el aviso de que ese hombre tenía ese tipo de arma y nuestra misión es recuperarla. ¿Tienes algo o no?

—Todavía no, pero lo tendré. Plukman, confía en mí. —Me duele cuando lo digo, porque no debería hacerlo, pero me consta que lo hace, lo de confiar en mí.

Si él supiera quién soy en realidad. ¿Qué pasaría si se enterase de quién soy en realidad?

—Yo también confío en ti. —Escucho como toma aire—. Simón te llamará en una semana y espero que tengas respuestas.

—Sí, las tendré —respondo sin ganas mientras toco mi cabello nerviosa.

Me hubiese gustado responderle que yo también confío en él, pero ya no lo hago. Porque en el fondo, sé que me ha traicionado. Y no se le confía tu amor a alguien que te traiciona de esa manera. En lo más profundo de mi ser sé que no lo quiero, ya no lo amo.

—Adiós, Roxy, cuídate.

—Adiós, Jean.

Doy un par de vueltas por la habitación, me tomo una aspirina. Vuelvo a descolgar el teléfono, esta vez para llamar a Pam.

Después de tres llamadas y miles de tonos.

—¿Quién osa despertar mi sueño? Dime que es urgente, Cath —se queja ahogando un grito.

—Es urgente —me río, Pam es la única persona que despeja mi mente con su personalidad.

—¿Te has pasado toda la noche follando y se te han acabado la reserva de condones? Porque a mí tampoco me quedan —bromea. Pam hace que vuelva a sonreír, estos últimos días es la única que lo consigue.

—Me preguntaba si querías salir y hacer algo de deporte.

—¿Deporte? Cath, estaba en mitad de un trío. En mi sueño me estaban empotrando como a una perra. Y, ¿me has despertado para hacer deporte? —Vuelve a bromear—. No te lo has tirado. ¡Joder! ¡Lo que necesitas es pegar un buen polvo!

—El deporte es bueno para la salud, y te permite poder comer lo que quieras. Además es una buena forma de defensa personal.

—¿Quién quiere defensa personal cuando tiene a un hombre como el tuyo? Vino anoche como un loco buscándote. A ese tío lo tienes trastornado, y si no te lo has tirado tiene que tener los huevos más calientes que un volcán. —Pam es una bruta. Yo niego con la cabeza, aunque ella no me ve al otro lado del teléfono.

—Follar no es un deporte, Pam. Así que quítalo de tu lista de *ya he contribuido con el deporte diario* —respondo—. ¿Te vienes o no?

—Vale, pero que sepas que lo hago por ti, no por mí. Mis curvas no se mantienen a base de ejercicio, se mantienen con la comida a la que me vas a invitar —propone de buen humor.

—Eso está hecho. En media hora paso en coche a por ti.

—¿En coche? —me interrumpe.

—He visto que Plukman tiene varios. Tiene que tener más coches aparcados, no necesitará

tantos —bromeo.

—A los tíos no les *mola* que toquen sus coches. Le vas a tocar deliberadamente los huevos, pero me encanta. —Ríe soltando una carcajada.

—A ver si así se le deshinchán. —Río también por la broma.

Me pongo ropa deportiva, la aspirina me está haciendo efecto y ya me siento mucho mejor.

Entro en su habitación y rebusco en sus cajones. En uno guarda todas las llaves, tiene varias, así que miro los logotipos; Audi, Porsche, Hummer. Opto por coger las llaves del Audi, no sé qué coche es, así que me dirijo a la zona del parking y aprieto el mando hasta que las luces de un Audi R8 Cupé de color negro se encienden ante mí.

«Me va a matar, cuando se entere que he cogido su coche, va acabar conmigo».

Subo decidida, me ajusto el cinturón y miro los miles de botones, los cuales no sé para qué se utilizan. Abro la guantera, y veo un arma y un dibujo hecho por un niño. Es la imagen de Plukman, no se puede negar. El niño que lo ha dibujado ha pincelado parte de sus tatuajes por todo su cuerpo, un niño dibujado lo coge de la mano. *Papá*. Pone encima de su silueta.

«¿Papá? ¿Plukman tiene un hijo?».

Dejo el dibujo donde estaba y después de indagar el funcionamiento de este vehículo, consigo arrancarlo. Un roce de mi pie en el acelerador, hace que el vehículo ruja y se acelere.

¡Joder! ¡Este coche es una pasada!

Lo saco del parking y me dirijo a por Pam. Ella está apoyada en una farola con una mochila de deporte, que parece una maleta. Bajo la ventanilla del deportivo.

—¿Te marchas de casa con esa maleta, Pam? Vamos al gimnasio, no a coger un avión. — Me mira sorprendida.

—El mosqueo que se va a pillar —ríe—. Solo es algo de ropa para ducharme también ¿No

pretenderás que vaya luego de *picos pardos* con estas pintas?

Pamela sube al coche, me dirijo a un local de CrossFit que vi la anterior semana. En el cartel anunciaban buenos precios y pude ver que tienen lo que a mí me gusta.

Cuando llegamos, Pam se hace la remolona.

—Tía, recuérdame por qué soy tu amiga. Porque este plan no me ha *molado*.

—Somos amigas porque no nos queremos matar —bromeo mientras entramos en el gimnasio y nos dirigimos al mostrador.

—Déjame que lo dude. Ahora mismo te mataría, no sé cómo me has convencido para hacer esto.

Una chica vestida con leggings y top a juego nos atiende.

—He visto que dais clases sueltas, queríamos contratar varias clases para poder venir cuando mi amiga y yo coincidamos.

—Ufff, y piensa repetir —replica Pam entre dientes.

—Sí, podéis contratar un bono de clases y venir cuando queráis. Os dejo varios folletos para que conozcáis el procedimiento de este gimnasio.

Nos los tiende, le pegamos un ojo rápido, le pago ambos bonos, la chica nos enseña las instalaciones y nos explica los horarios. Nos acercamos a un hombre que está ayudando a un chico a subir sus pesas.

—Este es Ionel, es el entrenador de medio día. Él os pondrá las tablas.

El hombre deja al chico y se aproxima a nosotras para saludarnos. Hace amago de darnos la mano, pero enseguida la retira. Entendemos que está sudado.

—Si este tío nos entrena, pues oye, tampoco seré yo la que se queje —susurra Pam.

Ionel nos pone unas tablas, las primeras yo las acabo antes, pero el cuerpo nota que hace

mucho que no lo ejercito. Pam tiene la lengua fuera desde el minuto tres, y solo llevamos diez minutos.

—Pam, coge aire por la nariz, no lo hagas por la boca —la aviso, pero ella está a punto de sacar el hígado, hace ruidos raros y yo no puedo evitar reír.

Un grupo de chicas que hay enfrente de nosotras nos miran mientras también ríen.

—Lo que me faltaba, que unas *malfo* se rían de mí.

Paro para beber agua de mi botellín.

—¿Unas *malfo*? —respondo extrañada, Pam a veces dice cosas muy raras.

—No sé el idioma que habláis en tu país. Unas *malfolladas* de toda la vida.

—¿Cómo lo lleváis? —Nos interrumpe Ionel, el entrenador.

—Yo algo mal. Lo único en lo que estoy pensando es en salir de aquí e irnos a comer —apunta Pam jadeando exageradamente.

—Si queréis puedo acompañaros. Ahora tengo un descanso, me han dicho que os habéis hecho un bono y que habéis solicitado un plan de nutrición. —Ionel en todo momento se dirige a mí.

Pam pone cara de sorprendida, ya sé lo que está pensando. Y, ¿por qué estoy pensando lo mismo?

—No, otro día. Es que hemos quedado con unos amigos.

Ionel asiente, algo desilusionado.

Nos duchamos, y ponemos ropa limpia. Cojo el coche y nos ponemos a buscar un lugar cercano donde poder comer.

—Al entrenador le molas.

—Sí, claro. —Resoplo—. En media hora se ha enamorado de mí.

—Pues no sería tan raro, la gente hoy en día se conoce en redes y en cuestión de segundos hacen *Match*. —Hace un corazón con las manos—. Solo tienes que ver como tienes el jefe.

—El jefe no es un hombre de una sola mujer.

—¿Eso que te lo ha dicho él? —Ríe a carcajadas—. Ese hombre se muere por ti, las camareras de sala también lo comentan, todos lo sabemos y nos hemos dado cuenta. Algunas incluso han apostado. Te sigue con la mirada a dónde vas, te protege. Si hasta te ha llevado a su casa. Si no lo ves, es que estás ciega. —me explica, yo pego un frenazo, me he quedado sumida en mis pensamientos y casi me salto un stop. Pam se coge contra la guantera.

—¡Joder! Me vas a matar de un susto —se queja llevándose la mano al pecho—. A lo que iba, los hombres están con mil mujeres, pero justo si te repiten que no habrá nada serio, es que quieren todo lo contrario. Se están intentando convencer a ellos mismos.

—Ojalá fuera así de fácil.

Yo tampoco quiero nada serio con él. ¿Quién ha hablado de algo serio?

—Bueno y, ¿dónde quieres que te invite a comer? Tengo un hambre de mil demonios. —le pregunto—. Hamburguesa, pizza, pasta...

—Ahora sí que me queda claro, el porqué de nuestra amistad —responde mi amiga cuando le hablo de comida.

Paramos en un local de comida rápida, comemos guarradas y nos excusamos continuamente, ya que lo hemos quemado en el gimnasio.

—Y, se puede saber, ¿cómo van las apuestas? —pregunto mientras mastico mi hamburguesa.

—¿Qué apuestas? —Apenas distingo las palabras de Pam con la boca llena y restos de

Kétchup por todos lados.

—La porra, me has dicho que todos habéis hecho una apuesta sobre mí y Plukman.

Quiero saber qué es lo que piensan de mí y mi relación, en el fondo me interesa saber la opinión de la gente que me rodea.

—Pues prácticamente nadie gana. Todos han apostado que el jefe dejaría a Beatrice antes de un mes para estar contigo, y según he oído, ya no va a volver al Club Dobon, Plukman la ha despedido.

El estómago se me retuerce. No la ha despedido de la manera que ella cree, se ha deshecho de ella para siempre. Y lo siento, pero no me duele no volver a ver a esa mujer. Si por ella hubiese sido, ahora mismo yo estaría muerta. Así que me alegro de que la matase, porque si yo hubiese sobrevivido, no la hubiese dejado respirar.

Desvío la conversación, no deseo engañar a Pam, así que cuantos menos datos conozca, mejor para ella. Después de comer y pasear por las calles de Bucarest, cogemos unas entradas para ver una película en el cine subtitulada en inglés. Las dos salimos nuevamente de ahí llorando como *unas tontas*, hoy había maratón de películas antiguas y hemos entrado a ver; *El diario de Noa*.

Dejo a Pam en el hostel y me dirijo al ático que comparto con Plukman, no sé si cuando llegue a casa, él estará ahí o se habrá ido a trabajar al Club. No he tenido noticias de él en todo el día y en parte lo agradezco. No ha parado de resonar toda la tarde en mi cabeza el pensamiento de que tenga una familia, de que podría tener a alguien, ese podría ser el motivo por el cual no se compromete con nada.

Aparco el Audi en el parking, cuando estoy dando marcha atrás no controlo del todo la marcha y le doy un golpe contra la pared. ¿Qué digo un golpe?

Gruño ante el impacto. ¡Joder! ¡No! ¡No! ¡No!

Salgo del vehículo para considerar los daños, ambos faros están hechos añicos y el parachoques trasero está doblado. «¿Qué le voy a decir?».

« A ver Roxy, eres agente. Invéntate algo. No sé, una persecución, por ejemplo ».

Subo por el ascensor pensando en una mentira convincente. No debería haber cogido su deportivo. Aún recuerdo el arañazo que le hice al Jeep de Jean. Estuvo sin hablarme dos semanas y me prohibió coger su coche para siempre.

—¿Dónde estabas? —Plukman está sentado en el sillón del comedor, con una copa en la mano—. Y, ¿por qué uno de mis coches no está en el parking?

—Mmm. Lo he cogido prestado. —tartamudeo nerviosa frotándome las manos en el pantalón. Me quedo en la entrada, estoy indecisa de si entrar o no.

Cuando le diga que he destrozado su coche. Miro y su arma está encima de la mesa. ¿Me mataría por eso?

—No recuerdo haberte dado permiso para tocar mis cosas —me dice serio. Se levanta y se dirige hacia mí con paso decidido—. ¿Te gustaría que tocara las tuyas sin tu permiso? —Posa su mano sobre mi cintura y me abraza con esa mirada penetrante.

—He destrozado tu coche. Lo siento, no debería haberlo tocado...

—No deberías, claro que no.

Me coge del cuello y me aprieta contra la pared. Su gran mano rodea mi garganta, pero no siento miedo de que me mate, siento miedo de que me haga lo que su cuerpo le pide a gritos que haga. Se aprieta contra mi cuerpo y su erección impacta contra mi muslo.

—Plukman... —susurro—. Y no sé si le estoy rogando que haga todo lo que quiera hacerme, pero lo hago.

Me da la vuelta y me empotra contra la pared, podría resistirme, pero mi cuerpo no opone

resistencia. Baja sus manos y las mete bajo mi falda, amasándome ambas nalgas. Mete el pulgar por el hilo de mi tanga y lo estira.

—Mereces un castigo —me susurra al oído.

—Intentaré pagarlo —le digo, pero siendo realistas no podría pagar ese coche en una vida entera.

—Claro que me lo vas a pagar.

Noto una intrusión en mi recto. Su dedo pulgar aprieta la zona.

—Plukman, no. Por favor...

¿De verdad le estoy suplicando que no lo haga? Mi cuerpo va a estallar por la excitación. Ni siquiera me estoy resistiendo. He abierto las piernas y le estoy dando libre albedrío. Mi corazón está como loco palpitando en mi pecho y mi sexo se empapa por completo. Quiero que lo haga, quiero que me tome. Que me tome como nadie ha hecho. Sentir la lujuria y el placer de hacerlo con alguien prohibido, alguien que lo da todo en el sexo. La brutalidad, el dolor, el desenfreno, todos esos sentimientos que no he conocido y se arremolinan en mi fuero interno, queriendo salir.

—¿No quieres que lo haga? —Gruñe en mi oído mientras me aprieta su miembro en el muslo.

—Ummm —Gimo—. Hazlo, Plukman, por favor —le ruego.

Pasa sus dedos por mi sexo, aparta el tanga y me acaricia. No puedo evitar suspirar.

—No voy a follarte, Cath. Has destrozado mi coche. Follar contigo sería otorgarte un premio demasiado grande por tu desobediencia.

Se aparta de mí, dejándome suspirando insatisfecha contra la pared. Me giro y está relamiendo sus dedos. Es atterradoramente provocador. No me puedo creer que me esté haciendo

esto. ¿Ni siquiera por aliviar sus huevos?

Tiene a otras, se desfoga con otras mujeres, es eso. Y, aunque no tengo derecho a reclamarle nada, me enfada sobremanera que no quiera tocarme.

—¡Si tú no lo haces, tendré que follarme a otro!

Me reta con la mirada, no me cree capaz. Realmente no lo soy.

—Te follas a otras, ¿es eso? —me acerco a él para reclamarle.

—¿Celosa? —Arquea una ceja—. Ya te dije que no me comprometía con nadie, que solo era sexo.

—No estoy celosa, Plukman. Puedes hacer con tu polla lo que quieras. Pero no me vuelvas a tocar ¡Jamás!

Salgo a mi habitación, la frustración se hace mella en mi cuerpo. Una lágrima cae por mi mejilla, el sentimiento del rechazo.

Me recuesto sobre las sábanas para pensar todo lo acontecido hoy. Jean, Plukman...

He estado con Jean al teléfono y no he tenido el valor de reprocharle nada. En el fondo quiero que me dé una explicación y que esta sea convincente. Quiero pensar que tiene una buena excusa, y me rogará que vuelva a él. En el fondo deseo esas cosas, porque no quiero anclarme a algo que no se va a poder dar.

Pero ni siquiera eso tan insignificante quiere darme. Algo que le da a muchas mujeres y se resiste a compartir conmigo. Una noche de sexo, no quiero pedirle nada más.

Me siento rechazada, humillada, desechada.

PLUKMAN

CAPÍTULO 20



Apoyo la frente en la pared de la ducha. Me aprieto la polla con la mano mientras me masturbo. El contacto de mi mano con mi piel caliente me hace gruñir mientras el agua templada corre por mi cuerpo.

¡Joder! Ya no hay nada que me quite de la cabeza, deshacerme entre las piernas de la agente. Tenerla en mi ático está siendo un castigo. Lleva dos días enfadada, y nadie sabe lo que tengo que controlarme para no tocarla.

Me seco con una toalla limpia, me visto y salgo a la cocina.

—He hecho tortitas, si quieres han sobrado —dice con la vista fija en la sartén.

—Gracias por darme las sobras, es todo un detalle.

Rodeo la isla, cojo el plato en el que hay cuatro tortas sobre el plato. Es imposible que le hayan sobrado tantas, las ha cocinado para mí.

—De nada —replica mientras se gira de mala gana y coge un zumo de la nevera.

—Ojalá no te hubiesen sobrado, están asquerosas —le lanzo el plato por encima de la isla —. ¿Qué les has puesto?, ¿veneno?

Ella se echa un trozo a la boca y enseguida lo escupe.

—No es veneno, es sal. —Suelta una carcajada —. ¿Me crees capaz de envenenarte? —

Continúa riendo de mejor humor.

—Ya te dije que confiaba en ti —le digo alzando una ceja—, pero no vuelvas a cocinarme nada. No se te da bien la cocina.

—Se me da genial, aunque no lo creas. A todo el mundo le gustan mis comidas —replica dando un trago a su zumo.

—¿Confiabas en esa gente? A veces uno miente por no herir sentimientos.

—¿Cómo haces tú? —me mira desde el otro extremo de la isla.

—Yo no te he mentado.

—No me mientes, pero me ocultas cosas. Quieres que te ayude... porque confías en mí, pero no sé dónde vas prácticamente todas las mañanas —me reprocha—. ¿Tienes una familia? ¿Es eso? —me quedo impresionado, no es lo que esperaba que dijera—. ¿Tienes una mujer e hijos?

—No hay ninguna mujer.

—Vi en tu coche el dibujo de un niño. ¿Tienes un hijo?

—Sí, tengo un hijo —la miro a los ojos, ella misma lo ha averiguado—. No puedes contárselo a nadie. Es lo único que tengo.

—Te prometo que tu secreto está a salvo conmigo. —Estira el dedo meñique y me incita para que yo haga lo mismo—. Es nuestro secreto.

—En realidad no es mi hijo, pero sí que lo he criado como tal —le explico.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Mihai. Es el hijo de mi hermana. Estaba embarazada cuando un atentado terrorista acabó con su vida y la de su esposo. Alida estaba de ocho meses, ella y mi cuñado no sobrevivieron, pero sí lo hizo mi sobrino, mi hijo.

—Lo siento mucho. —Agacha la cabeza apesadumbrada.

—Fue culpa mía, me pidió que la acompañase ese día y yo me inventé una excusa para no hacerlo.

—No seas cruel contigo, no es culpa tuya lo que le pasó.

Se pone a mi lado y me ofrece consuelo.

—Decidí vengar a los asesinos de mi hermana, los fui destruyendo poco a poco, ese es uno de los motivos por lo que me metí en esto. Esos hombres quedaron impunes, pero yo los maté y me quedé con lo que era de ellos. Cumplí mi venganza poco a poco.

Recuerdo ese día como si fuese ahora mismo; cómo me gané la confianza de esos hombres y cómo me deshice de ellos. Mi hermana no era el blanco, pero estaba en el momento y el sitio equivocados. Ellos me arrebataron algo que amaba, y le habían arrebatado a su hijo el privilegio de tener la madre más maravillosa del mundo. Yo les quité lo que ellos más querían: las rutas, sus hombres, sus armas.

—Mihai tiene suerte de tenerte. —Aprieta su mano contra la mía y por un momento consigue ablandarme—. ¿Es a él a quien vas a ver prácticamente todos los días?

—Sí.

—Te honra haber cuidado de ese niño. Yo también haría cualquier cosa..., por mi hija.

Me miente, yo sé que lo hace. No es su hija, es su sobrina.

Un sentimiento más fuerte que la culpa me remueve el estómago. Siento no poder decirle la verdad, pero no estoy seguro si está preparada para escucharla, si cuando lo haga volverá a creer en mí.

—Hoy voy a ir a visitarlo. Me gustaría que me acompañaras.

Ella abre mucho los ojos. ¿Es emoción lo que vislumbran su mirada? Mihai es uno de mis puntos débiles, jamás le hablaría de él a ninguna persona, pero quiero darle algo a cambio, quiero

que sepa que confío en ella, aunque ella no debe nunca, confiar en mí.

—Claro. Me encantaría.

Nos arreglamos, la agente sale de su habitación con un vestido sencillo negro pegado a su cuerpo y unas zapatillas blancas. Va cómoda, pero sexi. Sus labios pintados de rojo se extienden a lo largo de su cara cuando me ve.

—¿Vas a visitar a tu hijo con traje y chaqueta?

—Piensa que soy un gran ejecutivo. —Arqueo una ceja. Ella niega con la cabeza.

Bajamos por el ascensor, el cubículo es tan reducido que noto el calor que desprende su cuerpo. Ella rebusca en su bolso y se gira hacia el espejo para colorearse los labios, la tensión de su cuerpo se acentúa al mirarnos por el espejo y vernos aquí atrapados, y mi mente juega conmigo una y otra vez. En las últimas semanas no he dejado de imaginar las miles de maneras de poseerla. Todavía no puedo creerme como he podido resistirme a ella, y estoy empezando a dudar por qué lo hago.

Las puertas del ascensor se abren, dejando entrar el aire fresco que no hay en el parking. Pasamos por al lado de mi Audi de competición destrozado contra la pared.

—Lo siento —repite cuando se da cuenta de que miro el coche—. Te juro, que haré por pagarlo.

—Es mi coche favorito. —Ella entrelaza sus brazos nerviosa—. Pero me importa una mierda el coche. Nada que el dinero no pueda arreglar.

La veo sonreír mientras sube al BMW. Me mira de reojo entrelazando sus dedos sobre su regazo.

—¿Cómo es Mihai? ¿Cuántos años tiene? ¿Crees que le gustaré? —No para de preguntar nerviosa—. Los niños suelen odiar a las *amigas* de sus padres. —Noto que ese *amigas* lo dice con doble sentido.

—Tranquila, seguro que le caes bien. Él es diferente, pero es un buen niño, solo tenle paciencia.

—Bien. —Parece que duda de mis palabras, cosas que me arranca una sonrisa.

La llevo a las afueras de Bucarest, tengo una casa humilde, pero con todas las comodidades que se puedan poseer. La casita tiene un pequeño jardín con un columpio, Mihai se está meciendo en él.

—¡Papá!

Mi chico sale corriendo en mi dirección. Me arrodillo en el césped, para recibir su abrazo mientras los dos caemos al suelo.

—He traído a alguien, es una amiga. ¿La quieres conocer? —le pregunto a mi niño.

Mihai se muestra algo intranquilo, tiene síndrome de Down y como muchas veces en su vida, teme ser rechazado.

—Sí, papá. —El niño se separa de mí y se esconde detrás de mis pantalones, se asoma para mirar a la agente—. Pero, ¿le has dicho que soy diferente?

Me giro y veo algo reflejado en su mirada.

Ella camina en nuestra dirección, pasando sin parar por nuestro lado. Cuando está casi por mitad del jardín. Se gira.

—¿Diferente? —Vuelve a nuestra altura—. Perdona, pero es que no había visto a nadie diferente. Tú debes ser Mihai. —Le tiende la mano.

Mihai me coge de la pierna, pero veo una sonrisa cuando le ofrece su mano.

—Sí, soy Mihai —me mira emocionado—. Le he gustado papá.

—De hecho me caes mejor que tu padre. —Baja a su altura para hablarle al oído, pero puedo escucharla—. No se lo digas, pero es un gruñón.

El niño la mira emocionado, nunca le había presentado a nadie, no se siente diferente, y aunque aún está inquieto, es la primera vez que lo veo a gusto con alguien desconocido. Mi padre sale a recibirnos, es él el que vive con Mihai, y es a él a quien le debo que mi hijo esté en buenas manos.

—Hola, soy el señor Plukman. Tú debes ser...

—Cath, me llamo Cath.

—Encantado de conocerte. —Ella intenta darle la mano, mi padre la coge y le da un abrazo—. Por fin mi hijo pone los ojos en una mujer. Ya era hora.

—No... Yo...

Intenta negar que tengamos algo, pero no pienso sacarla de ese aprieto, me divierte ver como se tensa y se pone nerviosa.

Entro con mi padre en la casa, la agente se queda jugando en el jardín con Mihai. Por la ventana puedo verlos, y también puedo ver que esa mujer tiene mano con los niños, ha tardado unos minutos en ganarse a mi hijo.

—Esa mujer te tiene loco. —Me sobresalta mi padre.

—¿Qué dices? —Trato de engañarlo, pero es mi padre y bastante le oculto ya.

—No soy tonto, Alessander, sé que estás loco por ella, y no intentes negarlo porque soy mayor que tú, lo sé. Y, porque yo también miraba así a tu madre.

—Es diferente. No hay nada entre la mujer y yo, solo la estoy utilizando. —Confieso, pero hay algo que me incomoda al decirlo—. Además, lo nuestro es imposible, ya sabes la vida que elegí y ella es una agente. Aunque no sabe que lo sé.

Mi padre escupe la cerveza a la que acababa de pegar un trago.

—¿Estás enamorado de una agente? —dice mientras mira por la ventana—. Pues es

perfecta, así que supongo que estás jodido.

La falsa Cath, se acerca a nosotros con Mihai cogido de su mano. Ambos nos sentamos en la banqueta del jardín.

—Hemos pensado Mihai y yo. —Señala a ambos, como si los dos se hubieran *compinchado* en mi contra—. Que podrías llevarnos al pueblo a cenar. Queremos...

—¡Queremos pizza! —Grita mi chico.

—¡Eso! ¡Pizza! —Le sigue el juego. Ella tiene mano para los niños, sabe cómo ganárselos—. Queremos pizza y helado.

—¡Sí! Helado, papá.

—¡Doble! —añade ella alegre.

Mi hijo le choca la mano, cuando yo asiento con la cabeza. Si quieren salir a cenar, ¿quién soy yo para negárselo?



Subimos todos en el coche. Mi padre no para de hablar con ella y contarle anécdotas, preferiría que no lo hiciera, pero no hay nada que pueda hacer para cerrarle la boca al viejo.

Entramos en el *Pizza Cerchio*, el dueño es uno de mis mejores amigos de la universidad, aunque por diferentes proyectos hace tiempo que no veía. El local está lleno de gente, las mesas de madera con manteles rojos a cuadros inundan cada rincón de este lugar. Los tres se sientan en la mesa, yo le mando un mensaje a Conrak, seguramente la cena se alargue y es la única manera de tener todo controlado.

YO

Necesito que tú y Pamela os hagáis cargo del Club esta noche, llegaré tarde

CONRAK

Me aproximo a la mesa. Consta, el que era mi amigo está haciendo bromas tontas mientras la mujer se ríe.

—Eh. Cuanto tiempo, Plukman —me dice efusivo cuando llego a su altura.

—Hola, Consta. ¿Qué tal?

—Hacía mucho tiempo que no te veía... —Para y piensa lo que iba a decir—, tan bien. —Mira a la mujer.

—Gracias —respondo sin ganas.

Recuerdo que mi amigo también lo pasó mal, él también perdió a Alida. Aunque la dejó ir, Consta la amaba.

Todos en la mesa empiezan a pedir sus pizzas, yo hago lo mismo con la mía. Cuando Consta va a marcharse, hago algo que no creía.

—Consta, quizá podríamos volver un día a esa pista de pádel, hace siete años de esto, pero me debías una revancha.

A mi amigo se le ilumina la mirada.

—Te voy a patear el culo, Plukman.

Consta era mi mejor amigo, de hecho creo que aún lo es. Porque solo de un mejor amigo se está distanciado siete años y sientes que cuando vuelves a conectar con él, los años nunca han pasado.

La siguiente semana me prometo a mí mismo llamarlo e ir a ese estúpido club de pádel para demostrarle qué aún estoy en forma y puedo ganarle.

Mihai y la agente no paran de jugar con la comida, hasta mi padre se une a ellos.

—¡Toma! —grita ella alegre cuando un trozo de pan impacta en mi cara. Mihai no puede

parar de reír, yo la miro y juro tomar venganza.

—Tiene buena puntería —se ríe mi padre en una carcajada.

—No tanta puntería como tengo yo.

La miro profundamente, como si no hubiese nadie más que ella y yo en este restaurante. Siento que ahora mismo somos dos personas normales que hemos salido a una cena familiar.

Terminamos de cenar, pedimos helado, Mihai no para de bostezar, aunque intenta por todos los medios aguantar, está agotado.

—Será mejor que vayamos a casa, estás cansado —le dice su abuelo.

—No, por favor —replica, se acerca con su silla más a la agente, trata de escaquearse para que no se lo lleven—, quiero quedarme aquí con Cath.

—Tienes que descansar, Mihai, te prometo que vendrá otro día con nosotros.

El niño la mira para que le confirme lo que le estoy diciendo. Vale, estoy utilizando a mi hijo para obligarla a venir. Estar hoy aquí con ella, es lo mejor que he hecho en mucho tiempo, he podido sentir.

—Claro, puedo venir siempre que quieras.

Mihai se levanta y la abraza con fuerza. Mi padre también se alza y mi chico se acerca a darme un abrazo, aunque intente resistirse, está agotado.

Dejo las llaves sobre la mesa, para que ellos dos puedan irse en el coche.

—No te preocupes, nosotros volveremos en taxi. —Ella se remueve en la silla—. Y, ten cuidado con el coche, que llevas a Mihai a bordo.

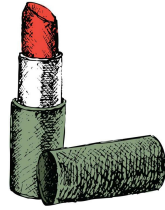
—Estate tranquilo, hijo. —Ríe mientras coge las llaves con una sonrisa en los labios.

Mi padre es de los que le gusta pisar el acelerador, pero me consta que cuando lleva al chico se comporta. El niño le da un fuerte abrazo a mi chica y se despiden haciendo pucheros.

No puedo estar más loco por esta mujer, no solo se ha ganado algo mío que no sabía que tenía, también se ha ganado a mi familia. La poca humanidad que quedaba en mí, ha vuelto a mi cuerpo.

ROXANA

CAPÍTULO 21



—¿Quieres que tomemos algo, aquí? Tu amigo me ha dicho, que ahora en un rato había música en vivo —propongo sintiéndome tan nerviosa como una adolescente por cómo me mira.

—Vale, pediré unas copas. —Se levanta y se dirige a la barra—. ¿Tú qué quieres?

—Lo que tú vayas a tomar.

—Gracias, por hacer feliz a Mihai. —Plukman se sienta frente a mí, me deja una copa de un brebaje que no conozco—. Es *Tuica*, una bebida típica de mi país.

—Gracias, a ti por presentarme a Mihai, es un niño increíble. —Le doy un primer trago y me quema la garganta.

—Le gustas. Le has caído bien.

—¡Mira qué bien!, por lo menos no disgusto a todos los Plukman de la familia.

La música empieza a sonar con suavidad en el restaurante, están afinando violines para la actuación y un hombre con muchas rosas entra por la puerta.

—A mí no me disgustas *tanto*.

Plukman levanta la mano en dirección al hombre de las flores. Veo sus intenciones.

—No lo hagas —le digo entre dientes, pero el hombre ya está a nuestra altura.

—Quiero una rosa —le pide al señor.

Saca un billete y se lo entrega al hombre. Plukman la huele mientras me mira.

«¿No piensa dármela?».

Tengo que reconocer, que contaba con que eso pasara. ¿Cuántas veces se está con tu pareja y le dices mil veces que no te la compre aunque tu cuerpo esté deseando que lo haga? Supongo que ya estoy acostumbrada, Jean nunca me regalaba nada. Y, menos una rosa, no le gustaban las muestras de cariño en público.

—Pensaba que era para mí —le digo sincera mientras continúa mirándome.

—Dime tres razones por las que debería dártela —me invita a seguirle el juego.

—Déjame que piense... —Me pongo a imaginar cosas originales, quiero la rosa y también sumergirme en este tira y afloja que tengo con él—. Primero; aguanto tu mal humor, y eso es un punto muy positivo a mi favor. Segundo—. Levanto dos dedos—, te hago unas tortitas por las mañanas que están de muerte.

—Para morirse sí que están. —Veo como sonrío como agudiza la comisura de sus labios—. Y, ¿tercero? —pregunta.

—Quieres follar conmigo.

Se le oscurece su mirada, sé que en el fondo es lo que quiere, porque yo también lo deseo. Siento la química que hay en cada mirada, en cada roce, cada vez que intenta convencerse de que no está bien hacerlo.

—¿Sabes que esto no puede ser, verdad? —Vuelve a intentar resistirse, intenta poner tierra de por medio.

—Te propongo un juego —le digo—. Solo hoy.

—¿Qué clase de juego?

—Solo por hoy seamos otras personas. Finjamos ser esas personas que nos hubiese gustado

ser —propongo con una mirada picara.

Siempre he soñado ser esa mujer a la que no le avergüenza nada, que no tiene que actuar, ni ser lo que se espera que sea de ella.

—Solo por hoy —asiente.

—Empieza tú. ¿Cómo te hubiese gustado llamarte? ¿De qué hubieses trabajado?

—Si muriera y volviera a nacer, me llamaría Alessander. Nacería en una pequeña ciudad de Bucarest, volvería a tener a mis padres y a mi hermana, Alida. Siempre soñé con vivir en el campo y vivir con un *taparrabos*, así que me tiraría a la vida nómada. Me casaría con una mujer con carácter y tendríamos tres o cuatro hijos —responde inhalando el olor de la rosa—. Ahora tú.

—Si fuese otra persona, me llamaría Roxana. Nacería en Lyon en una familia reestructurada, pero con el amor de una hermana. No estudiaría tres carreras y me dedicaría a lo que de verdad me gusta, la docencia. Me gustaría ser profesora en un pueblo pequeño donde todos los niños me conociesen. Llegar a casa y que mi marido y mis hijos me estén esperando a que llegue para cocinarles tortitas.

—Las tortitas no les gustarían, pero se las comerían —me interrumpe—. ¿Cuántos hijos tendrían Roxana y su marido?

—Muchos. Los dejaríamos a dormir con el abuelo para salir a cenar y disfrutar de los placeres de la noche. Me encantaría descalzarme y subir sobre la mesa y que mi esposo me mirase como si no estuviese haciendo el mayor ridículo del mundo.

El recuerdo de Jean cogiendo mi brazo para que no me levantara en un evento de mi silla e hiciese el ridículo, me quema por dentro.

—Quítate los zapatos y baila para mí, súbete a la mesa —me pide recostándose en su silla.

Su mirada es abrasadora y me lo está diciendo de verdad.

—¿Lo dices en serio? —Sonríó por la locura que me está avivando a hacer.

—Hoy somos otras personas, ¿recuerdas?

Me bebo el brebaje de un trago, y hago lo que me pide. La música en el restaurante ha empezado a sonar, y me siento viva por lo que voy a hacer, porque voy a montar un número y, él va a tener que aguantarlo.

Me subo sobre la mesa y me contoneo, suena el tintineo de unas copas al caer, al empujarlas sin cuidado con mis pies. La mitad del restaurante se gira, pero yo solo tengo los ojos puestos en él. Se levanta y me agarra a la altura de las caderas mientras me entrega la rosa.

—Toma, te la has ganado.

La cojo orgullosa. Ahora mismo solo soy la Roxana inventada, la que de verdad le hubiese gustado haber sido.

Me baja de la mesa y me sienta en la silla sobre su regazo. Ahora mismo debo ser la envidia de todas las mujeres de este restaurante.

—Los niños deben estar ahora mismo dormidos, Roxana. Podemos coger un hotel, dime dónde quieres que te lleve —gruñe en mi oído.

—Donde tú quieras, Alessander. —Enfatizo su nombre en su oído mientras le muerdo el lóbulo.

Las piernas me deben temblar, porque sé que quiere fingir, sé que quiere hacer esto, ahora mismo ha derrumbado la barrera que le separaba entre el bien y el mal, y yo también la dejo al otro lado de la vida, donde no soy una agente, la persona que va a tener que juzgarlo, porque no quiero hacerlo, no quiero ser yo la que forme parte de eso.

Salimos entre caricias y roces disimulados del restaurante. No tenemos coche, pero cerca me asegura que hay un hotel. Nos aproximamos al mostrador, donde una recepcionista está hablando por teléfono, cuelga cuando llegamos a su altura.

—Necesito una habitación, la mejor que tenga.

La recepcionista levanta nos mira por encima de la montura de sus gafas.

—Lo siento, pero la suite ya está reservada.

—Anule la reserva —le exige, la recepcionista lo estudia extrañada—. Mire, mi esposa y yo hemos podido dejar a los niños, y ya sabe usted lo difícil que es eso. No nos iremos sin la habitación. —Saca un fajo de billetes y lo deja sobre el mostrador.

La mujer parece pensarlo, pero finalmente coge el dinero. Plukman coge las llaves y me coge en volandas.

—¿Con qué tu esposa, eh? —le susurro en el oído.

—Sí, hoy lo eres, ¿algo que decir?

Cuando abre la puerta con la pierna, me baja sobre la moqueta. Es espaciosa, tiene una cama grande, y una bañera enorme en mitad de la habitación. Parece que esté preparada para una pareja que hoy no la va a poder aprovechar. Pero sí le daremos un buen uso nosotros.

—¿Qué haría Alessander si tuviese mujer? —Le quito la chaqueta botón por botón—. ¿Le haría el amor o se la follaría?

—Se la follaría, muy fuerte. —Me aprieta bruscamente contra su cuerpo—. Y, cuando le costara caminar, le haría el amor. —Gruñe en mi oído, me muerde el lóbulo y cada vello de mi piel se pone de punta. Sus manos aprietan mi cintura con fuerza. Tiene tantas ganas de esto como tengo yo.

—Me encantaría vivir esa vida, aunque solo sea por un día. —Le desabrocho la camisa. Mis manos se deslizan para tocar su marcado pecho. No hay rincón de su cuerpo que no esté bañado en tinta, hasta sus manos están tatuadas —. ¿Volverías a nacer para tener otra vida?

Ambos nos miramos, porque esto nunca más va a volver a pasar, porque ambos sabemos

que pertenecemos a mundos diferentes.

—No cambiaría ni un minuto de mi vida, si al final puedo llegar a esto, puedo llegar a ti.

Coge con su mano mi cabeza. Nos hemos hablado con la mirada, ya nos hemos dicho lo que ambos sabemos, solo nos queda aprovechar el aquí y ahora.

Plukman se lanza con desenfreno a mi boca. Ambas chocan ante el impacto. No nos besamos, nos devoramos. Su lengua baila en mi boca con fuerza, la mía le responde con las mismas ganas mientras sus manos bailan por todo mi cuerpo. No me he dado cuenta cuando, pero mi vestido está hecho jirones en el suelo.

Se ralentiza al sentir mis manos tocando su polla por encima del pantalón. Tiene un bulto grande y duro. Nunca me he sentido tan desvergonzada. Le desabrocho el botón del cinturón. Él se deshace de la prenda, quedándose solo con un bóxer negro.

Me coge con un brazo, yo me subo a sus caderas enredando mis piernas a su cintura.

—Tenía ganas de esto, esposo.

Me deposita en la cama, con su cuerpo pegado al mío.

—Cambio de planes. —Besa mi cuello, su mano divaga por mi espalda y me quita el sujetador—. No voy a follarte primero...

—Ah, ¿no?

Tengo el cuerpo sudoroso, la respiración entrecortada, el corazón me late con mucha fuerza, me cuesta respirar. Baja mis bragas lentamente, se deleita en el momento. Mete una de sus manos entre mis piernas, recorre con los dedos mi sexo.

—Estás empapada...

—Aaah —gimo mientras arqueo la espalda, las sensaciones que este hombre produce en mi cuerpo, son puro fuego.

Se echa los dedos en la boca para probarme. Los saborea con lentitud cerrando los ojos, lo que me excita.

—Eres deliciosa, Roxana.

Yo estoy tumbada en la cama con la espalda pegada al cochón, trato de acomodarme mientras se arrodilla ante mí provocando el deseo de arañar su pecho.

Se baja el bóxer lentamente, el bulto sale firme en un vaivén. Plukman es; grande, grueso, duro. Una vena hinchada le cruza todo el grosor hasta el glande. Tiene algún destello de tinta, también grabado en su miembro.

Me inclino y se la cojo con una mano, quiero saber cómo se siente el tacto al sujetarlo, mi lengua recorre su longitud.

—Ahora no, o no podré controlarme.

Me muerdo el labio, me hace sentir viva que emane tanto deseo, me excita solo con mirarme. Empuja mi cuerpo sobre el colchón, se pone entre mis piernas. Su polla roza mi sexo, no sé si voy a ser yo, la que no lo va a poder soportar.

—¿Tienes condones? —Apoya su frente en la mía.

—Estoy limpia, dime que tú también.

—No me he acostado sin condón con nadie, así que supongo que también.

Se abre paso en mi cuerpo sin esperarlo, mis uñas se clavan en su espalda. Tras la embestida se queda dentro. Me muerde el labio inferior y sonríe. Gimo, lo cojo de las caderas, quiero que se mueva, necesito que lo haga. Sale de mí y vuelve a entrar, primero con estocadas más leves, luego lo hace como si penetrándome más profundo pudiese quedarse enterrado para siempre, pudiésemos fusionarnos en uno solo. Mi corazón se desboca en el pecho, cuando alargo la mano para cogerlo de la cara y hacer que me mire a los ojos, él también está a punto.

Su mano también me acaricia la mejilla. Entra y sale más lento. Algo dentro de mí estalla con una fuerza extraordinaria, es como rozar los dedos entre las nubes, esa sensación de caer al vacío sabiendo que no vas a caer, de haber llegado a lo alto. Él también gruñe cuando se vacía entre mis piernas, cuando su semen caliente me llena mi interior.

—Gracias, Alessander.

—Gracias, ¿por qué? —pregunta mientras se le recompone el aliento.

—Por hacerme el amor.

Sale de mí y se pone a mi lado reclinado. Me acaricia el cabello. Millones de sentimientos calientan mi alma. Como el simple roce de sus dedos en mi piel, me erizan hasta el último vello de mi cuerpo. ¿Es el sentimiento de lo desconocido? Porque siento algo muy fuerte, algo que no se puede explicar, me hace sentir grande en sus manos.

Me coge en brazos, me deja en la bañera, no me he dado cuenta cuando se ha llenado, pero está claro que lo está. Mis pies entran en el agua hirviendo. O, ¿es mi cuerpo el que hace que el agua bulla? Plukman entra a mi lado, hace que gran parte del agua se salga.

Lo miro, él me está ahora mismo devorando. Una vez más me dice lo que es capaz de hacerme, y doy gracias de estar sentada en la bañera, porque ahora mismo mis piernas no sujetarían mi cuerpo.

Me coge de la cintura y me acomoda sobre sus piernas a horcajadas. Apoyo mi frente en la suya. Estoy intentando recuperar el aliento que no tengo. Sus manos aprietan mis costillas, hasta llegar a mis pechos. Los pellizca con ambas manos, me mira con esa sonrisa perversa.

Se acomoda entre mis piernas, lo noto preparado para continuar con la fiesta. Me coge fuerte de las nalgas, me las aprieta tan fuerte que debe dejar marcados sus dedos. Con un brazo me levanta para introducirse en mí, la otra mano vuela por mi trasero, introduciéndome un par de dedos.

Locura. Sexo. Seducción. Sudor. Placer.

No sabía la diferencia que había entre follar y hacer el amor, ahora ya lo sé. El desenfreno recorre toda la noche nuestros cuerpos, sin caer en cuenta de problemas, del tiempo. No existe nada, solo estamos él y yo. El amor, ni siquiera nadie me había hecho nunca el amor. Ahora mismo me siento tan saciada y agotada que termino adormilada entre sus brazos.

—Roxana, no te enamores de mí —me pide con un tono de voz que no le había escuchado hasta ahora.

—¿Por qué no debería? —Suspiro. Ya es demasiado tarde para pedir algo así.

—Porque nuestros destinos no están unidos, porque juntos, *somos un arma de doble filo*.

PLUKMAN

CAPÍTULO 22



Tres días hace que intento deshacerme del olor de Roxana. Me froto el cuerpo para intentar sacarla de mí, porque no he dejado entrar nunca a nadie, y no puedo hacerlo con ella. Nos esperan destinos separados, cuanto antes lo acepte, antes podré acabar con todo esto. Me ha confiado su verdadero nombre, también yo le he confiado lo más preciado que tengo. Mi hijo, Mihai.

Soy lo que soy por él, y uno no puede olvidar su pasado y ser una buena persona. No puede borrar la muerte y la destrucción, porque eso es una parte que se adhiere a una persona, como fuego a la llama.

Estoy cerca de conseguir lo que quiero, mi contacto tiene al ruso comiendo de su mano. El arma nuclear a cambio del fármaco.

Soy egoísta, no quiero salvar el mundo, pretendo salvar a mi hijo, y, es lo que voy a hacer. Eso es lo que le prometí a Alida el día de su entierro, cuidar del niño como mío. No pude evitar su muerte, Mihai es lo único bueno que me queda, lo mantengo en el anonimato, porque no quiero tener puntos débiles.

—He quedado con Pamela, vamos al gimnasio y luego saldremos a comer. —Me avisa, no debería darme ninguna explicación, aun así lo hace.

Yo continúo dando golpes a mi saco de boxeo, no me giro para mirarla. Estoy intentando

ignorarla. Cuando deduzco que se ha marchado, me giro. Ella está de espaldas en dirección a la puerta, puedo ver como todavía cojea un poco. Así la dejé, marcada por cada rincón y sé que eso se lo he provocado yo.

Descargo mi ira contra el saco, hasta que me sangran los nudillos. Me aprieto las vendas con más fuerza.

El teléfono suena en la mesa. Es nuevamente ese tío con el que hice un trato. Descuelgo, la voz distorsionada suena en mi oído.

—¿Dónde está el arma nuclear?

—¿Por qué crees que te lo diría?

—Porque te pagué dos millones de euros por tus servicios, y no has hecho una mierda.

—Me deshice de tu agente, y eso no era parte del trato —le reprocho, cojo mi botella de agua y doy un par de tragos despreocupado.

—La vida de esa mujer, no valía nada —responde enfadado—. Solo tenías que asegurarte de que esa arma entrase en Ucrania. ¡Te he pagado mucho dinero!

—Qué pena, no leíste la letra pequeña —respondo con ironía—. No se admiten devoluciones.

—¡Eres un cabrón! ¡Jamás debí fiarme de alguien de tu calaña!

—No, no deberías, pero eso tú ya lo sabías.

Cuelgo el teléfono, no sé quién es este cabrón, pero puede que no seamos tan distintos, ya que fue capaz de traicionar a uno de los suyos. Me pagó dos millones de euros por hacer la vista gorda en los envíos, pero decidí hacer caso omiso. Uno; no compartimos los mismos intereses, dos; nadie me dice lo que tengo que hacer.

Cuando voy a dejar el teléfono sobre la mesa, un mensaje entra en la bandeja de entrada.

VIEJO

Papá soy yo. Me dijiste que vendrías, ¿podrías volver a traer a Cath?

Le respondo que intentaré pasar más tarde. Decido ir al gimnasio donde van las chicas, mis ansias de desfogar no han cesado y ahora tengo una excusa para ir a buscarla y si viene al caso, molestarla.

Cuando entro veo a ambas en un lateral, haciendo ejercicios con una pelota gigante. Pamela está tirada en el suelo con la lengua fuera, y Roxana está sudada intentando hacer los ejercicios. Hace alguna mueca de dolor, cuando se arquea. El entrenador pone las manos en su cintura para enderezarla. Mi vena se hincha contra mi cuello. «¿Por qué la toca? ¿Le ha pedido que lo haga?».

Las saludo cuando llego a su altura. La agente levanta la mirada y arquea una ceja.

—¿Qué haces aquí? —Más que una pregunta, parece un reproche.

—Buenas, soy Ionel, el entrenador. —Me tiende la mano, pero yo no se la ofrezco.

—Él es Plukman —le dice Roxana. Quiere cortar la tensión.

El hombre pega dos pasos atrás, guarda las distancias con mi agente.

—¿Plukman? —repite nervioso.

—Plukman, has escuchado bien. —Lo miro con desprecio como si fuese insignificante para mí.

—¿Qué es lo que quieres? ¿A qué has venido? —Vuelve a reprocharme ella.

—Me apetecía entrenar y de paso, voy a salir a comer con vosotras —añado mientras cojo unas pesas y las empujo como si nada.

—Nadie te ha invitado.

—No necesito que me inviten, recuerda que ambas trabajáis para mí.

—Por mí, puede venir —añade Pamela que está sentada en el suelo.

Mi agente se gira para fulminarla con la mirada.

—¿No tienes cosas mejores que hacer que hacernos de niñera? —pregunta esforzándose en el siguiente ejercicio. —No sé, ¿atormentar a almas inocentes, por ejemplo?

—Prefiero atormentarte a ti.

Pamela tose desde su posición, echada en el suelo. Es evidente la tensión que hay entre nosotros. Está enfadada, está exasperada e indignada. Sé que mi indiferencia la ha puesto así después de la noche que pasamos. Y, aunque he intentado en todo lo posible evitarla, he decidido no apartarla de mi lado. ¿Por qué disfrutar de un día de lo que anhelas, si puedes beber hasta el último segundo?

Esta mujer ha conseguido franquear algo que no creía posible, y ahora que sé que nunca va a poder ser, no voy a alejarla.

Se gira enfurecida mientras acabamos la clase, soy yo quien les marca las tablas y las ayuda con sus ejercicios mientras el *entrenadorzucho* mira desde la distancia.

Nos duchamos, nos vestimos y las guio a mi coche. Pamela habla sobre lo que hará en su tiempo libre, está saliendo con mi hombre y por lo visto, van en serio. Es imposible no enterarse de hasta el último detalle, esta mujer no para de parlotear, es un libro abierto.

—Me acaba de llamar Conrak. ¿Os importa si os acompaño en otro momento? —dice mi camarera.

—Pero... —Roxana intenta oponerse, pero Pamela insiste en marcharse, en parte sé que lo hace para dejarnos intimidad.

Cuando Pamela se marcha, se gira para pedirme una explicación.

—Pensaba que me ignorabas. ¿Por qué no sigues haciéndolo?

—Porque no quiero —respondo apoyado en mi deportivo—. He venido a por ti. Sube al

coche.

—¿Crees que soy una *cosa* a la que puedes ignorar cuando te apetezca? —Hace lo que le pido, con el ceño fruncido—. No sé qué es lo que quieres de mí, pero no tienes que preocuparte de que lllore en tu puerta. ¡Ni siquiera me gustas!

—Ja, ja, ja. —Río de una carcajada. Como me gusta cuando se pone así de intensa—. No te lo crees ni tú.

—Deberías no tenértelo tan creído.

—En realidad, he venido a buscarte porque mi hijo quiere volver a verte. ¿Harías eso por mí?

Percibo la decepción en su mirada. Pero de pronto asoma una sonrisa en su cara.

—No haría nada por ti, pero el niño me cae bien. Si quiere volver a verme, iré contigo.

Conduzco hasta Dobroesti, estamos a media hora de mi casa, pero estoy acostumbrado a hacer este trayecto muy a menudo. Cuando llegamos, el pequeño está sentado en el escalón de la casa con un muñeco en la mano. Nos está esperando.

—¡Cath! —Grita loco de contento mientras corre en nuestra dirección.

La agente no solo ha franqueado mis límites, también se ha ganado a mi hijo en un día y a una parte de mí le gustaría tirar marcha atrás para cambiar las cosas que la separen de mí y de este momento. De tenerla aquí en mi casa, junto a mi familia, de tenerla aquí, para mí, para nosotros, para siempre.

—Te he hecho esto. —Mihai le tiende un muñeco de trapo que él mismo ha vestido y arreglado y se queda impaciente ante la reacción de Roxana.

—¿Es Drácula? —El niño asiente con la cabeza—. ¡Me encanta Drácula! ¿Has visto la película?

—Más de cien veces, con papá. —Se gira para mirarme.

—¿Quieres que la veamos? —Mihai, grita loco de contento.

Comemos, merendamos y ahora nos disponemos a cenar lo que Roxana ha cocinado. La comida está insulsa, con mucha mantequilla y nada de sabor. Aun así, mi padre y mi hijo fingen.

—Delicioso —le dice el niño mientras ella sonríe orgullosa. Le diría que la comida está espantosa, pero no quiero delatar a estos dos aduladores.

—Pues hago un *ratatouille*, que está delicioso.

—¿Qué es un *ratatouille*? —pregunta Mihai curioso.

—Muchas verduras.

Todos reímos ante la cara que pone Mihai. No sé si seguiría mirándola igual si le cocinara unas verduras.

Terminamos de cenar y ponemos la película, Mihai se sienta entre los dos. Mi padre aprovecha que hemos decidido quedarnos a pasar la noche, para salir con unos amigos a los que hace tiempo que no ve.

Roxana no para de taparse los ojos, es evidente que la película le da miedo. Mihai y yo reímos al verla asustada.

No cambiaría ni un solo momento de mi vida ya que me ha llevado hasta ella, pero sí que pararía el tiempo y me quedaría aquí ahora mismo con esta paz.

Cuando Mihai se duerme lo llevo a su habitación y lo tapo con su manta de *Hotel Transilvania*, él se acurruca contra las colchas relajado y suelta un suspiro.

Bajo a la cocina y sirvo dos copas.

—Me encantaría tener un hijo como el tuyo —me dice quitándome la copa de las manos—, es tan: bondadoso, cariñoso, honesto...

—Muy honesto no ha sido. Se ha comido tu cena sin rechistar. —La provoco—. Estaba asquerosa. Lo que si te puedo asegurar es que debes gustarles mucho, nadie en su sano juicio se comería esa comida.

—Pues tú lo has hecho —replica dándome una palmada en el pecho.

—Quizá también me gustes.

Se sonroja, la mano le tiembla porque parte de su copa se derrama en el mármol. Sé que no le soy indiferente, la he tenido debajo de mí suplicando placer y no puede fingir que no le importan mis cumplidos, porque sí que lo hacen.

Su cabello moreno, su tez blanca y ese acento francés que me vuelve tan loco.

—Deja de hacer eso —me pide.

Pero si algo me gusta de ella, es jugar al gato y al ratón. Nos bebemos la botella de vino y la ayudo a subir a la habitación.

—¿Es tu habitación? —Pregunta lo evidente.

—Sí, toma. Con esto puedes dormir. —Le tiendo una de mis camisetas.

—No voy a dormir contigo. Puedo hacerlo en el sofá.

—No vas a dormir en un canapé viejo e incómodo.

La cojo y se resiste, lo que hace que ambos caigamos en la cama. La agarro con fuerza y la pego a mi pecho, son muchos los días que la he intentando mantener lejos, pero mi autocontrol no puede más.

—¡Suéltame! ¿Acaso así convences a las mujeres de que se acuesten contigo? —gruñe enfadada.

—Las mujeres no se me resisten, son ellas las que se lanzan a mi cama. —Ella deja de forcejear y me mira fijamente.

—¿A cuántas mujeres has traído a tu casa?

Está bajo mi cuerpo, y no puedo explicar lo bien que se siente de tenerla aquí, compartiendo una cosa tan banal como es una conversación.

—No he traído a ninguna a mi casa.

Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja. Ella cierra los ojos, lo que sea que está luchando en su interior, se hace mella entre nosotros.

—¿Por qué me has traído a mí?

—Ya te lo dije, no confío en nadie. Solo confío en ti, Roxana. —Su nombre en mis labios parece relajarla.

Roza sus manos por mi pecho descubierto, traza líneas con sus dedos alrededor de la tinta que cubre mi piel. El deseo se hace más profundo dentro de mi cuerpo, no solo abrasa mi polla, abrasa mi corazón que late desbocado en el pecho, no es un simple deseo carnal, son las ganas de poder tener una vida con ella. Quedármela para siempre, aunque una parte de ella ya habite en mi interior.

Se inclina y lame mis labios. Le meto las manos por debajo de la camisa para poder acariciarla, para poder dejar en la yema de mis dedos, el tacto de su piel desnuda. Ella gime ante mi contacto, se desprende de la prenda. Yo no me muevo, disfruto que me tenga a su merced. Se vuelve a inclinar y me besa. Nuestras lenguas se entrelazan lentamente, nuestros cuerpos buscan el roce mutuo. Buscan encajar como la pieza de un puzle roto.

Le bajo la ropa interior dejándola desnuda mientras seguimos unidos por nuestros labios, me bajo el pantalón. Nuestros sexos toman contacto y se friccionan lentamente. No sé cuánto tiempo podré aguantar, pero sé que quiero disfrutar del momento. Se eleva y se empala en mí, se introduce lentamente.

—Las clases de CrossFit, han dado resultado. —Intento no tartamudear mientras se adhiere

a mi cuerpo.

—No sé porque lo dices... —Intenta no gemir, pero está excitada y su voz la delata.

Gruño cuando se aprieta por completo en mí, cuando sus nalgas chocan con mi pelvis, cuando se empala de una estocada. Le aprieto las nalgas y contengo el grito ahogado en mi garganta, no podemos hacer ruido.

—¿Te pasa algo? Alessandra... —Mi nombre en sus labios, hace que mi polla palpite dentro de ella. Esta mujer es una diosa.

Tiro de ella pegándola a mis caderas, se vuelve a levantar y se vuelve a empalar lentamente, una y otra vez. Se deja caer hacia atrás inclinando sus manos en mis rodillas, dejándome a la vista esta enorme tortura. Su coño rosado y empapado a la vista mientras se mece sobre mí, contoneándose, dándose placer y haciendo que me vuelva loco.

Llevo mi mano arrastrándola por su abdomen y deslizo los dedos por su clítoris y se lo aprieto con el pulgar. Ella no puede evitar contraerse de placer, y yo no voy a poder controlarme mucho más.

Mis huevos se contraen, mi epicentro palpita a una velocidad de infarto, estoy a punto y noto como su interior se cierne en mí.

Agarro su cintura y la atraigo hacia mí para volver a besarla, mientras ella se corre estremeciéndose por completo y excitándose hasta el límite de estallar en su interior.

Su aliento roza mi cuello mientras nos reponemos, totalmente desnudos en la cama. Ella se queda plácidamente dormida entre mis brazos, la aprieto contra mi cuerpo y me permito mirarla mientras duerme.

El móvil vibra en la mesita. Alargo el brazo que tengo libre, hay dos mensajes de WhatsApp.

YUROK POPOV

Tenemos una reunión pendiente, en dos días en tu Club.

No iré solo, hay un pez gordo que está interesado en negociar.

Acepta y olvidaré que mi primo se está pudriendo en algún basurero.

ANDREI

Hay trato, pronto podremos deshacernos de Yurok.

El ministro ha aceptado el intercambio.

Respondo al ruso, tarde o temprano tendremos que vernos las caras. Miro a mi agente mientras lo hago.

YO

El viernes a las 21:00.

Yurok me responde de inmediato para confirmar la cita.

Yo respondo al contacto de Andrei.

YO

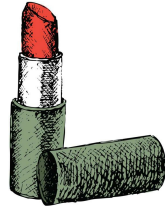
Habrà intercambio, pero los planes han cambiado.

No voy a separarme de la agente.

Veó como escribe, pero me importa una mierda su opinión, me importa una mierda la opinión de nadie, he tomado una decisión y me niego a separarme de ella, me niego a perderla.

ROXANA

CAPÍTULO 23



Estoy viviendo una vida que no es la mía. Plukman y yo llevamos dos días viviendo como dos adolescentes desenfrenados. Nos tocamos, nos acariciamos, nos besamos, follamos...

Por las mañanas me levanto temprano y le hago las tortitas que sé que detesta. Se las come detrás de muchos tragos de agua, y en el fondo me divierte que lo haga solo para complacerme.

Hay momentos en los que me olvido de quién soy y qué es lo que he venido a hacer aquí, en intervalos de tiempo cortos incluso me siento culpable por no buscar a mi hermana todo lo que debería. Me siento en la cama y me apoyo en las rodillas. Los recuerdos de quien soy se adentran en mí, los de mi familia, de mi sobrina, de toda esa gente que forman parte de mi vida.

El muñeco de Drácula cae a un lado, lo he dejado sobre mi cama. Lo cojo y pienso en que esta también podría ser mi familia. «Es tan real».

El teléfono móvil me vibra en las manos, en el fondo siento que estoy traicionando a mi otra mitad. Alguien descuelga y después de dar mi código de seguridad, Simón aparece al otro lado.

—¿Cómo estás, Roxy?

—Bien.

—¿Has podido encontrar algo? —pregunta.

—No tengo nada, Simón.

—Roxy, estoy preocupado por ti —dice mi amigo.

—¿Preocupado por qué? Ya te he dicho que estoy bien.

—No, Roxy, no estás bien —responde, y ha sido mucho tiempo mi mejor amigo, pero ahora lo noto muy lejos de poder entenderme—. No sé si debería decirte esto, pero eres mi amiga y te quiero. Parte del equipo está camino a Bucarest, creemos que no estás capacitada para acabar con la misión.

—¿Cómo puedes decirme esto, Simón? ¿Tú también lo crees?

—¿Vas a ser capaz de detener a ese tipo, Roxy? ¿Vas a ser capaz de matarlo si fuese necesario cuando tengas que hacerlo?

Pienso, porque puede que mi amigo tenga razón. No soy capaz.

—Podemos llegar a un acuerdo. Pedirle el arma, incluso podríamos proponerle algo... —repongo inquieta.

—Y, ¿crees que te la dará? Jean lleva intentando negociar su compra hace unas semanas y el tipo se niega a entregarla —me explica—. ¡Es un delincuente, Roxy!

—Puede que lo haga, él me quiere.

El corazón se me encoge al utilizar esa baza, porque yo también lo hago, lo de quererlo, nunca había sentido tanto por nadie.

—Roxy, pero, ¿estás escuchando lo que me estás diciendo? —Toma aire—. Sé que estás dolida por lo de Jean, estás en todo tu derecho de estar enfadada, pero no puedes pillarte del primer tío que te sonrío. Parece que estés de su parte.

—Simón, no te reconozco.

—Roxy, el que no te reconoce soy yo. De verdad que te quiero, y por la amistad que nos une, voy a borrar esta conversación. Te prometo que voy a hacerlo. Pero dime, ¿lo quieres tú también?

—Sí —respondo sin dudar.

—No me queda otro remedio que decírtelo. —Me quedo en silencio esperando lo que sea que quiera anunciarme—. Samanta ha encontrado uno de los almacenes de Plukman, está lleno de bidones con ácido, parece ser que se deshace así de los cuerpos. Su amante, la tal Beatrice está en uno de ellos.

«¿Debo hacerme la sorprendida? Porque eso ya lo sé».

—Hay muchos cuerpos en alto estado de descomposición sin identificar. —Añade. Se queda en silencio alargando lo suficiente para que medite lo que acaba de contarme.

—Vanessa no está entre ellos —le digo, para negar lo que está insinuando.

—No lo sabemos. Por favor, Roxy. Ten cuidado.

Cuelgo la llamada. Las dudas que me ha transmitido Simón, me han hecho dudar. ¿Por qué no aparece mi hermana? Si se hubiese deshecho de ella, hubiese hecho lo mismo conmigo. Somos iguales, debe haber una explicación. Plukman no me haría algo así. O, ¿sí?



Me ajusto el vestido negro de cuero que he elegido, hoy vamos a trabajar y Plukman me ha pedido que no me aleje de él en ningún momento. El ruso, Yurok Popov va a venir a vernos y quiere negociar sobre el arma.

—Recuérdame por qué debería ir a la reunión y no quedarme en casa follando contigo toda la noche. —Me repasa con su mirada lascivamente.

—¿Qué es lo que quieres a cambio del arma? ¿Por qué no la has entregado ya?

Si confía en mí, puede que obtenga la respuesta que espero, aunque encontrar el arma, me lleve a una realidad en la que no quiero aterrizar.

—No me fio del ruso, no pretendía hacer tratos con él, pero no me queda otro remedio si

quiero optar al intercambio. Él es el único contacto que tengo con los rusos.

—¿Un intercambio? ¿Qué clase de intercambio?

—Los rusos tienen una cura que podría salvar a mi hijo de su destino. Se niegan a entregarla al resto del mundo, yo solo quiero un fármaco para curarlo.

—¿Una cura? ¿Hay cura para el Síndrome de Down?

—Hay una cura para todas las enfermedades genéticas. El Síndrome de Down es solo una de ellas, como bien sabes, es una afección poco común, una mutación en sus genes. El fármaco ha sido probado en muchos rusos, modifica la genética del que es inyectando modificando sus genes, convirtiéndolos perfectos. La condición de mi hijo, desaparecería.

No me atrevo a preguntar dónde tiene el arma. Tiene motivos poco egoístas de entregarla, evitaría una guerra nuclear y ganaría una cura no solo para su hijo, podría ser la cura para muchas personas en el mundo si se analiza esa muestra.

Algo en mi cabeza empieza a encajar.

¿Fue ese el motivo por el que Vanessa insistió en venir a esta misión? ¿Sabía de la existencia del fármaco? ¿Quería ese antídoto para mi sobrina?

—Como te dije, no me muevo por bondad, tengo motivos egoístas.

Plukman no es bondadoso, puede que sea un criminal, pero lucha por lo que quiere y esa es una de las partes que me gustan de él.



Vamos al Club temprano, me siento en un taburete para conversar un rato con mi amiga, que va como loca sirviendo copas.

—¡Estás tremendamente buena! —me grita Pam—. Porque ya estoy pillada, sino te *tiraba la caña*.

—Eres de lo que no hay.

Ella ríe, se acerca a mí mascando chicle.

No sé los días que me quedan aquí y disfrutar de su compañía, si se sentirá traicionada cuando sepa quién soy. No quiero que piense que nuestra amistad ha sido falsa o forzada, porque me llevo a una buena amiga. Le pido una copa sobre la barra, la cojo de la mano.

—Pam, pase lo que pase, quiero que sepas que eres una amiga de verdad.

—Claro que somos amigas de verdad. Si te tengo hasta en la sopa. —Ella se suelta de mi agarre—. Además, queríamos pedirte que fueses nuestra madrina. Conrak me ha pedido dar un paso más. —Me enseña su anillo y un recuerdo vuela por mi mente.

Yo también sentí la ilusión de compartir mi vida con alguien, también sentí la necesidad una vez de dar mi vida a la persona equivocada. Pero Pam, no tiene por qué equivocarse, puede que Conrak sea su amor y lo suyo si sea de verdad.

—Me alegro de verdad, Pam. —Ambas reímos. Se va a poner un par de copas más, yo noto la presencia de alguien en mi espalda.

—No bebas, tenemos una reunión importante —me gruñe en el oído.

—No me gusta que me digas lo que debo o no hacer.

—A mí tampoco, tenemos algo en común —me acaricia el brazo con su mano tatuada—. Te espero en media hora. Y espero que tengas mucha hambre —me gruñe.

Me tiembla el cuerpo ante la insinuación. Plukman sería incapaz de haberle hecho algo a mi hermana, no puede ser, es imposible. Es igual que yo, no podría tocarme de esta manera sabiendo que ha matado a la persona que más quiero en el mundo.

Hago lo que me pide, en media hora subo a su oficina, está recostado en el sillón con la camisa desabrochada. Es tan sumamente sexy, su cuerpo irradia sensualidad y peligro.

—Entra —me pide con un gesto de mano.

Hoy estoy algo alterada, los sentimientos de inseguridad hacen eco en mi mente.

—Y, ¿si no quiero? —lo reto mientras me siento entre sus piernas.

—Deja de gruñir. —Me acaricia el labio con el pulgar —. Me pones tremendamente cachondo cuando lo haces. Ya no puedo controlarlo cuando te tengo cerca.

—Plukman, no podemos... —Mis palabras no actúan acorde con las órdenes que le da mi cerebro a mi cuerpo.

—Claro que puedes.

—¿Qué puedo? —A veces Plukman me confunde.

—Confías en mí.

«¿Me lo está preguntando? ».

Porque una parte de mí sí que lo hace, y no sé si esa parte es el cerebro que ha sido manipulado por el corazón.

—Tengo ahora una reunión importante, solo necesito un poco de desfogue, prometo compensártelo. —Me coge por la cintura y me aprieta—. Arrodíllate, y cómeme la polla.

El sexo me palpita por lo que me pide. Es una petición demasiado indecente y obscena, pero me gusta. Me muerdo el labio, ahora mismo quiero comérmelo, estoy deseando hacerlo. Y él quiere que también lo haga.

Me arrodillo entre sus piernas, veo en su expresión; la mirada de alguien que ha ganado, de alguien que no ha tenido que rogar.

Le desabrocho el botón del pantalón. Veo su mirada bañada en el deseo. Lo hago con lentitud, quiero que me ruegue, que me suplique, anhelo ser la dueña de este momento.

Se inclina para reponerse, se baja el pantalón y agarra mi cabello por la nuca tirando de él.

Me mira con esos ojos bañados en fuego. Levanto la mano para acariciarlo mientras ambos nos retamos con la mirada. Me relamo los labios, Plukman se inclina para besarme.

—¿Estamos esperando a alguien? —gruñe en mi oído mientras lo aprieto contra mi mano.

—Yo no, ¿y tú?

—Estoy esperando que me la comas.

Paso la lengua por su longitud. Plukman se recuesta en el sillón con un gruñido. Me aprieta el cabello en una coleta, cuando mi lengua degusta su glande. Me la introduzco lentamente en la boca, es grande, así que la absorbo hasta donde puedo.

—¿Crees que será demasiado para ti?

Arrastro mis dientes por su piel cuando me la saco de la boca. Sonrío al ver su expresión de placer. Continúo succionando, chupando, relamiendo cada centímetro de su polla. En ocasiones no puede resistirse y me embiste la boca. Me susurra obscenidades mientras lo chupo con ímpetu. Yo estoy absorta, dándole placer a este hombre, podría ahora mismo estallar una bomba a mi alrededor, que solo seguiríamos en este momento él y yo.

Finalmente Plukman se va en mis labios. Me mira con algo más que orgullo. Desliza su pulgar por mi mejilla y recoge restos de su semen que me introduce nuevamente en la boca.

—Algún día te devolveré lo que te mereces, te lo has ganado.

Me levanto del suelo, él se sube los pantalones.

—Y, ahora ya podemos empezar con la reunión. —Se dirige a alguien detrás de mí.

Cuando me giro hay dos hombres sentados alrededor de la mesa; uno me mira con lujuria, otro lo hace con desprecio. Las piernas me tiemblan, el corazón se deshace en destellos dentro de mi cuerpo, me he quedado en shock, no puedo creer lo que ven mis ojos, no puedo creer que Plukman me haya hecho esto, y me haya dejado hacer lo que he hecho delante de estos hombres.

Delante de él, de mi prometido, de Jean.

PLUKMAN

CAPÍTULO 24



Sabes que eres un cabrón cuando lo eres. Lo soy, soy un pedazo de mierda, he hecho esto a conciencia. Sabía que el ruso vendría con el *pez gordo* y que ese pez es el tío que ha intentado sobornarme. También sé que era el prometido de mi agente, y que lo que menos se esperaba Roxana era verlo en esta situación.

Ella me mira sin saber cómo hacerlo. No sabe si fingir el odio que ahora mismo está sintiendo hacia mí, o si, por el contrario, esa mirada está sellada a su prometido.

—Ahora nos queda muy claro el interés en la mujer. Es toda una joya. —Anuncia Yurok Popov. Yo le sonrío con falsa cortesía.

Él no debería haber presenciado esto, así que me prometo arrancarle los ojos cuando tenga la oportunidad.

Ella está en shock en mitad de la sala, la cojo y la siento encima de mis piernas.

—Te dije que siempre estaba ocupado, pero veo que has insistido mucho en verme —replico—, déjate de rodeos y dime que es lo que quieres y ¿por qué traes a este desconocido a mi casa?

El hombre aprieta la mandíbula, no le ha gustado lo que ha visto. Lo siento mucho por él, pero Roxana, es mía.

—Te pagué una suma considerable por el arma. ¡Lo quiero ya, quiero el chip!

—Ya te dije que no se admiten devoluciones. ¡No voy a daros una mierda!

—Soy tu único contacto con Rusia. —Añade Yurok con total seguridad.

—No te necesito para nada. No sé cómo te atreves a venir a mi casa después de la traición de uno de los tuyos hacia mí.

Doy una palmada en la mesa furioso.

—¿Qué es lo que quieres? —me pregunta el *pez gordo*.

—Queremos cosas diferentes, no voy a llegar a ningún acuerdo con este hombre, de ningún tipo, y mucho menos contigo —le respondo con total tranquilidad.

—¡Quédate con ella! —grita desesperado, Roxana se remueve en mis piernas.

—La agente ya es mía, no es un trato justo.

—¿Plukman? ¿La agente? —pregunta confundida. Es hora de que sepa la verdad, siempre he sabido lo que era.

—Eres tan buena actriz, como cocinera. —Ella se levanta de mis piernas.

—¿Qué es lo que está pasando aquí? —me está pidiendo explicaciones y yo necesito dárselas, porque quiero que sepa que lo nuestro ha sido de verdad, por lo menos mientras duró, porque no sé si va a poder perdonarme todo lo que he hecho.

—Ese hombre deduzco que era algo tuyo. —Señalo al *pez gordo*—. Me pagó dos millones de euros por pasar el chip *Kawassaki* a Ucrania. Esa arma no llegó jamás por casualidad. Tu *amiguito* tenía otros intereses políticos —le explico mientras dejo la pistola sobre la mesa. Esto puede que se ponga muy feo—. Nunca encontré el arma, el arma se me entregó. El chip es el control de un arma submarina con una potencia para destruir un país casi entero en un envío.

—Y, ¿tú pretendes cambiarla a los rusos por un fármaco? —Se rie Yurok—. Eres un caso perdido.

—Jean, dime que eso no es verdad. Dime que no le pagaste para iniciar una guerra, ¡el mundo entero estaría en peligro! —Roxana le pide explicaciones al hombre. Este le gira la cara con desprecio para dirigirla a mí.

—Veo que me equivoqué de hombre, debería haber contactado con el correcto —replica este haciendo referencia a Yurok.

Si hubiese hecho el trato con Yurok, la mitad del mundo estaría ahora mismo ardiendo entre las cenizas, este hombre es un inconsciente y un indeseable.

Roxana se queda pensativa en mitad de la sala, no sabe qué creer.

—Ahora que ya todos nos conocemos. Dime, ¿quién es este hombre, Roxana?

—Mi prometido, es mi prometido —dice segura. No lo dice en pasado y eso me duele.

—Ya no somos nada —replica este. Ella no niega sus palabras y eso me enorgullece—. Tengo a mi equipo fuera, una señal mía y entrarán armados hasta los dientes. No hay nada que pueda salvarte de tu destino. Entrégame el chip y podrás quedarte en tu país con tus armas, y podrás quedarte con Roxana y tus *putitas*.

Veo como Roxana intenta poner esas palabras en orden, no puede creer lo que está escuchando.

—Jean... —le susurra Roxana con los labios apretados, él no la mira.

—¿Todavía no te has dado cuenta, que no te voy a dar una mierda? —Añado con los puños apretados.

—Niégate y saldrás con los pies por delante. Tenemos ya un contacto poderoso en Bucarest que está dispuesto a llevar las riendas de tu negocio.

Yurok se recuesta en el sillón, se está visualizando con mi Club, con mis rutas, quiere distribuir más trata de blancas en mi país.

—¡No me puedo creer que estés negociando con este hijo de puta! —le grita Roxana al que alguna vez fue su prometido.

—¿Es mucho mejor este tío? ¿Eh, Roxana? —le grita enfurecido—. ¿Eso cuando lo pensante? ¿Antes o después de comerle la polla?

Veo como mi agente se ruboriza, esta vez es de enfado.

—No voy a dejar que lo matéis. —Se acerca al hombre, le arrebató una pistola y se interpone entre ambos.

—No me obligues a tomar esta decisión, Roxana. —Forcejea y apunta con otro arma que saca de su bolsillo trasero en la frente—. ¡Este hombre mató a tu hermana, joder!

—No es verdad. Vanessa está en algún lugar. Solo tengo que buscarla.

Yo me levanto, cojo el arma que he dejado sobre la mesa y apunto con mi pistola al ruso, todos hemos desenfundado nuestras armas.

—Ayer encontramos cuerpos en estado de descomposición. Los están analizando, pero la documentación y las pertenencias de Vanessa estaban en ese almacén, Roxy. ¡Vanessa está muerta!

Roxana se gira hacia mí, en sus ojos veo las lágrimas, veo la duda, veo el dolor.

—Plukman, dime que no es verdad. —Coge aire—. Por favor, dime que está viva.

—¿Confías en mí? —Ella aparta la mirada—. Porque no puedo contestarte a eso. Solo quiero que recuerdes, que una vez fuiste lo más valioso para los Plukman.

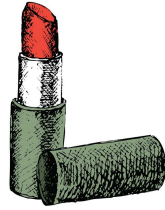
No les voy a dar el arma, así que solo me queda la lucha. Sin pensarlo le descargo el cargador al ruso. El pez gordo aparta a Roxana del medio tirándola al suelo, cuando me lanza tres tiros en el pecho y caigo desplomado en el suelo, bajo el escrutinio de los ojos de la única mujer a la que he amado, de la única mujer por la que me ha latido el corazón. Ese que está

debilitándose en mi interior, emanando salir la sangre y mi mundo se funde en la oscuridad.

Solo oigo su voz, sus sollozos, el saber que a alguien alguna vez le importé, porque no puede disimular su dolor, en ese grito desgarrador.

ROXANA

CAPÍTULO 25



Me recuesto en la cama apretando la almohada contra mis ojos. No hay nada que pueda sacar este sentimiento tan devastador. Dolor, sufrimiento, engaño, miles de sentimientos negativos que no me dejan dormir en la última semana.

Mi sobrina entra muy seria en la habitación.

—Tía, ¿estás bien? —La niña se sienta a mi lado de la cama y me acaricia la mejilla, en sus ojos distingo la tristeza—. ¿Lloras por mamá?

Debería ser yo la que la acunara a ella, porque ella también ha perdido a su madre.

—Sí, lloro por ella.

Cath se recuesta a mi lado y me abraza.

—Yo también la echo mucho de menos.

La abrazo y la aprieto contra mí. Quiero que sepa que me tiene a mí, aunque nunca podré reemplazar a su madre.

Cuando se queda adormilada, me permito mirarla y vuelvo a llorar.

Es un sentimiento de culpabilidad; de no sentir solo dolor por perder a su madre, sino también por echar de menos a su asesino, por haber sentido algo tan fuerte por la persona que le arrebató la vida.

¿Cómo pudo hacerme algo así? ¿Ese era el motivo por el que se negaba a tener algo conmigo? Sabía que lo odiaría tanto como querido; porque no solo lo había querido, lo había amado. Imaginé un mundo alternativo donde podíamos vivir juntos y felices.

La psicóloga que me ha tratado estos días, me ha aconsejado venir a vivir con mi familia, estar separada de Jean, e intentar no revivir lo ocurrido como si lo hubiese vivido en otra realidad. Es lo que pasa cuando padeces el *Síndrome de Estocolmo*. Crees que todo ha pasado en una realidad paralela y que el amor por tu captor era de verdad.

La visito cada dos días, y en todas las sesiones, rememoro cada segundo de esa fatídica noche. Lo que sentí cuando supe que Plukman, me había engañado y utilizado. El dolor tan intenso que se instaló en mi cuerpo cuando supe que era el asesino de mi hermana, y aun así el sentimiento tan amargo que me abrasó al verlo dar su último aliento en el suelo de su despacho.

Me levanto, la niña se queda dormida en mi cama. Mi cuñado está calentando un vaso en el microondas.

—Buenas —digo con un hilo de voz—. Gracias por dejar que me quede en tu casa. Aunque no sea de gran ayuda.

—Buenas, Roxy. Anda, toma. —Me ofrece un vaso de agua caliente y le mete un sobrecito de Tila—. Tomate esto, está caliente y te sentará bien.

Mi cuñado me mira serio.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? —Repito gimoteando.

Es la pregunta que me hago continuamente. ¿Por qué se tuvo que prestar como voluntaria para esa misión? «Si no hubiese ido... Si se hubiese quedado en casa cuidando de los suyos... Si, y si, y si...». No paro de lamentarme.

—Estaba buscando una oportunidad para nuestra hija.

—Pero, ¿qué le pasa a Cath?

Miro a mi cuñado que me observa resignado, si va a darme otra mala noticia no sé si voy a ser capaz de soportarlo.

—Tiene una enfermedad genética. Se la detectaron en una revisión —me explica—. No es grave, pero condicionará su vida.

Intento responder, pero me tiembla la voz.

—Ella se prestó a eso aun sabiendo lo que podría pasar —dice serio—. ¿Recuerdas la noche de la gala benéfica? —pregunta—. Ella estaba empeñada en que tu prometido escondía algo, sabes lo inteligente que era, le gustaba tenerlo todo bajo control. Una tarde abrió un archivo que no debió abrir, ella solo hacía las gestiones administrativas, pero Jean había dejado una contraseña abierta. Vio una transferencia de mucho dinero a un paraíso fiscal. Empezó a hacer conjeturas, empezó a investigar. Vio el intercambio de mensajes de Jean hacia ese asesino.

Que se refiera así a Plukman aún me duele. Le pido con la mirada que continúe.

—Jean le pedía que pasara el arma nuclear. Ella no entendía porque Jean se metería en algo así, solo tenía que mandar el arma entre uno de los cargamentos. Bucarest solo es una de las fronteras por las que pasa la ayuda humanitaria. Un tres por ciento se lo quedan delincuentes, era inviable que dejara tanto dinero y esfuerzo en pedir algo así.

—Quería un culpable... —digo—, pero, no entiendo porque Vanessa decidió ir —digo y pienso que muy a mi pesar, Vanessa y Plukman tenían algo en común, aunque no lo supieran. Ambos querían la cura para sus hijos. Pero, ¿por qué Vanessa iría? ¿Cómo sabía que el intercambio con los rusos sería un fármaco? ¿Por qué dio su vida, por algo que no sabía que pasaría?

—La noche de la gala, ella estuvo allí. Se puso un vestido como el tuyo, ya sabes lo astuta que era. Se infiltró en la fiesta. Necesitaba entrar en la base de datos de las Farmacéuticas Bonnard. Sabía que la agencia no disponía de esa cantidad de dinero, así que solo podía salir de la familia de Jean, la farmacéutica de su familia facturaba millones de euros al año. —Bebe un

trago de su tila—. Así que entró.

—Y, ¿qué pasó?

—Encontró la información en los correos internos de Jean. Los rusos estaban dispuestos a vender el fármaco a la Unión Europea por mediación de las Farmacéuticas Bonnard. Un negocio redondo, una cura para millones de personas a un precio descomunal, eso sí.

—Y, ¿por qué una farmacéutica no compraría una cura? No tiene sentido.

—Las farmacéuticas ganan dinero de suministrar medicina a los enfermos, soy químico, créeme que sé de lo que hablo. La medicina no avanza más porque muchas veces hay intereses económicos. ¿De qué serviría una cura, cuando pueden vender el triple en medicamentos para paliar la enfermedad?

Ahora todo empieza a cobrar sentido en mi cabeza.

—Tu hermana vio la oportunidad de infiltrarse. Quería conseguir el arma para entregarla, tenía pruebas de todo lo que te digo, pero ahora, no sabemos dónde están.

—Jean tiene que pagar por lo que ha hecho. Si nadie lo para, puede que esté planeando volver a introducir esa arma.

—Tienes que tener cuidado, Roxana. Pronto te requerirán a volver, eres una agente y él no puede saber que posees esta información. Había pensado que podrías quedarte aquí con nosotros hasta que esto pase, puedes dejar el trabajo. No quiero que te pongas en peligro, mira donde ha acabado tu hermana.

Veo a mi cuñado romperse, no puede evitar derramar las lágrimas. Para él debe ser muy difícil.

—No voy a dejar que quede impune.

—Muy a mi pesar, no vamos a poder hacer nada.

Mi cuñado conecta el televisor y las noticias me lanzan un baño de realidad. Lo que la gente que ostenta poder puede hacer sin ningún tipo de repercusión.

El agente secreto, Jean Bonnard, ha revelado su identidad después de llevar la misión de seguridad más importante del estado. Su rápida intervención ha evitado que el traficante de armas Alessandro Plukman, buscado por toda la Unión Europea, mandara un arma nuclear a los Ucranianos, iniciando así una guerra con los demás estados. Todavía no sabemos dónde se encuentra el arma, pero se está investigando su paradero. Han registrado su Club, su piso de lujo en Bucarest y las innumerables naves de las que era propietario. En ninguna de ellas se encuentra el buscado chip. De caer en las manos equivocadas, podrían provocar un daño irreversible.

En una de sus naves se encontraron varios cuerpos en alto estado de descomposición, una de las fallecidas es la agente secreta, Vanessa Bruni.

La fotografía de mi hermana aparece en la pantalla del televisor. La apago frustrada. La mitad de las noticias son; mentiras, mentiras y más mentiras.

Le escribo un mensaje a Jean, no quiero dejar las cosas así y muy a mi pesar, voy a tener que verlo tarde o temprano. Así que solo me queda hacer lo que he hecho muchas veces en mi vida, fingir.

YO.

Tenemos que hablar.

JEAN.

¿Esta tarde a las 19:00?

YO

Luego paso por casa así cojo unas cosas.



Me doy una ducha, me pongo tres kilos de maquillaje, unos vaqueros y una sudadera cómoda. Cojo el dinero, las llaves de casa de Jean y el móvil, y los pongo en el bolsillo de mi chaqueta. Me monto en el metro y me dirijo a su casa. Paseo por los alrededores con tranquilidad, aún no he decidido que es lo que debo hacer, tampoco sé que es lo que le voy a decir. Hemos vivido situaciones que son imperdonables, así que solo me queda sacar las pocas fuerzas que me quedan y subir.

Cuando llego a su puerta, aunque llevo las llaves, toco el timbre. Jean me abre con ropa de ir por casa y se sienta en el sofá. Le dejo las llaves de la que era nuestra casa sobre la mesa.

—Venía a traerte las llaves y a coger algunas de mis cosas.

—Puedes coger todo lo tuyo. —Me señala.

Entro en la habitación saco una maleta y meto mi ropa y mis cosas, Jean me sigue y se apoya en el marco de la puerta.

—Siento que Vanessa esté muerta —me dice.

¿De verdad lo siente?, porque yo creo que no.

—Gracias, está siendo difícil... —respondo con sinceridad, ahora me cuesta confiar en Jean después de enterarme que él también me ha engañado. Ya no con Samanta, sino en todo. He estado muy ciega, y yo no quería abrir los ojos para verlo.

—Me imagino que debe ser difícil haber estado follando con el tío que le quitó la vida a Vanessa.

Ese comentario ha sido cruel, está siendo inhumano, y más cuando sé que no está despechado.

—Solo estaba fingiendo, estaba intentando encontrar a mi hermana, ese hombre no significaba nada para mí —le miento, porque he sentido más por ese hombre que lo que nunca sentí por él. Y la culpa me está deshaciendo poco a poco por dentro.

—¿Estaba tu hermana en su polla?

Jean, vuelve a la carga.

—Creo que eres el menos indicado para estar despechado. Cuando sé que te estabas acostando con Samanta —le reprocho, es la primera vez que lo hago.

—¿Por eso te lanzaste a los brazos de ese delincuente? No me hagas reír, Roxy. Sabes que todos los hombres tienen amantes, no te hagas la tonta conmigo.

¿De verdad está diciendo lo que está diciendo?

—¡Un hombre que te pide que seas su esposa, no tiene amantes!

—Todos las tenemos. ¿Crees que si no te hubiese querido hubiese estado contigo? Estaría saliendo con Samanta en vez de contigo.

Qué forma más asquerosa de querer, le respondería.

—Será mejor que recoja mis cosas y me marche. Voy a dejar el trabajo, quiero disfrutar de mi familia, y olvidarme de que esto ha pasado.

No le debo ninguna explicación, aun así lo hago.

—Necesito que la semana que viene me acompañes, mi familia organiza otra gala benéfica y no saben que no estamos juntos. —Lo miro para negarme—. Luego prometo que anunciaré nuestra ruptura. La prensa ya sabe quién somos, no podemos seguir trabajando de agentes secretos, pero sí podemos trabajar en cualquier otro trabajo para el estado.

—No voy a trabajar, ya te lo he dicho.

—La semana que viene te espero en la gala. —Niego con la cabeza, pero Jean me coge de ambas manos—. Podría haberte abierto un expediente, Roxana. Te negaste a seguir órdenes, te interpusiste en la misión.

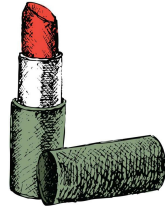
—¿Sabe el resto del equipo lo que pretendías hacer, Jean? —le reprocho.

—No, y tú no se lo vas a decir —me acaricia la mejilla—. De todas formas, nadie te creería.

Nos miramos traspasando los límites, viendo lo que no veíamos dentro el uno del otro. Él debe ver mi odio, yo veo en lo más profundo, el suyo.

ROXANA

CAPÍTULO 26



Las sesiones con la psicóloga, empiezan a dar algo de luz a mi vida. Aunque el dolor no me deja dormir por las noches, por el día empiezo a querer hacer más cosas. Utilizo todo el tiempo que tengo para pasear y hacer cosas con mi sobrina, esa pequeña que adoro como si fuese mía.

Me vienen los recuerdos de Mihai, y como su tío se hizo cargo de él.

—¿Podemos comer helado? —pregunta ilusionada.

—Claro que sí. Con doble de cookies como siempre —le sonrió o hago amago de hacerlo.

Esta tarde se celebra el entierro de mi hermana, un ataúd lleno de huesos descompuestos al que iremos a llorar y las gracias por sus servicios.

Toda la agencia estará en el entierro y me repugna tener que compartir un momento tan íntimo con gente que detesto.

—Papá y yo hemos pensado que podrías vivir con nosotros. Él también está triste por mamá.

—Claro, cariño. Me quedará un tiempo con vosotros.

No quiero ahora mismo desilusionarlos, y yo también los necesito.

Dejo a la niña en casa de una vecina, ella insiste en acompañarnos, pero no puede venir a dónde vamos.

Me pongo mi vestido negro y unas gafas de sol oscuras. Mi cuñado me lleva en su coche, no hablamos nada en todo el trayecto, es un momento muy duro y desolador, despedirse de tu otra mitad. Dicen que las hermanas gemelas sienten la ausencia de la otra, yo nunca sentí que mi hermana estuviera muerta, ni siquiera creo que vaya a presenciar su entierro.

Cuando llegamos a la puerta está lleno de gente; compañeros de la universidad, amigos, conocidos y todo el equipo al completo. Simón se me acerca para darme el pésame y darme un abrazo el cual le devuelvo.

—Lo siento mucho, Roxy —solloza, y sé que su pésame es sincero.

Jean está al otro lado, se situa junto a Samanta, ninguno de los dos se me acerca, y yo lo agradezco, si pudiese les pediría que se fueran, ya que no pintan nada en este entierro, pero la antigua Roxana tiene que volver a su cuerpo, y nuevamente fingir y no armar un escándalo.

Entramos, cojo del brazo a mi cuñado y nos sentamos en la primera fila, un ataúd de madera es lo que queda de ella. La misa empieza y yo solo puedo pensar en los momentos vividos con mi hermana.

RECUERDOS

Mamá nos hace tortitas de mantequilla, son las mejores del mundo. Siempre cuida de Vanessa y de mí, en las largas ausencias de mi padre. Él se dedica a emborracharse, hasta llegar prácticamente desplomado. Son muchas las noches en las que aparece de mal humor y tira todo lo que mamá ha cocinado de encima de la mesa. Nosotras comemos rápido, nos encantan las tortitas de mamá y sabemos que hay noches en las que nos hemos ido a la cama sin cenar.

Papá entra gritando como cada noche, mi madre intenta tranquilizarlo, pero ya no hay nada que lo calme. La empuja a un lado tirándola al suelo. Tira la comida que hay sobre la mesa y me coge de los brazos levantándome en el aire y me zarandea de malas maneras.

—¡Papá, déjala! ¡No hemos hecho nada! —grita mi hermana.

Le da una bofetada y cae al suelo, me empuja contra ella haciéndome perder el equilibrio.

—¡A la cama! —Nos exige.

Ambas hacemos lo que nos pide, nos cogemos de la mano y subimos a nuestra habitación. Todavía somos unas niñas y no entendemos muy bien qué es lo que hemos hecho. Me recuesto en mi cama, con el estómago vacío. La cama de Vanessa está en la litera superior, baja de su cama y se sienta a mi lado.

—Anda, toma. —Me tiende una tortita—. Hoy he sido precavida y me he escondido unas pocas.

Cojo la comida y me la como sentada a su lado. «¿Qué haría yo sin ella?».

—Gracias —le digo con la boca llena.

—Nos tenemos la una a la otra, ¿no?

—Siempre juntas, hermana.

—Siempre juntas —me abraza.

RECUERDO.

He perdido a mi madre, estoy sentada en un banco de una iglesia vestida de negro cogida de la mano de mi hermana. Ambas estamos llorando desconsoladas.

Un accidente de tráfico. El hijo de puta de mi padre iba borracho y se ha estrellado contra un camión. Me causa dolor ver también su ataúd al lado del de ella, porque nuestras lágrimas no se están derramando por él. Nunca lo harán. Nos cogemos fuerte de la mano mientras la lloramos.

—Estamos juntas en esto —Reconforto a mi hermana. Ella aprieta mi mano y hace lo mismo conmigo.

RECUERDO

Una no tiene por qué seguir los pasos de sus progenitores, así que después de tanto estudiar y sacarnos todo con matrículas de honor. Nos llega la carta para la universidad. Vanessa trabaja de cajera en un supermercado los fines de semana y yo lo hago en la panadería del Señor Klean, con el dinero que ganamos podemos ir tirando y estudiar lo que nos gusta.

—¿Cómo te ha salido el examen de matemáticas? —le digo a Vanessa en el baño, en el intercambio de ropa.

—Bien, sacarás un nueve a lo mucho.

—¿Un nueve? Nadie se creerá que Roxana Bruni ha sacado un nueve.

—A ver, Roxy, he fallado unas cuantas. —Me tiende su camiseta—. Recuerda que me debes un examen de biología.

—Hecho. Para algo están las hermanas.

Reímos, a veces nos intercambiamos para hacer exámenes. ¿Quién no lo ha hecho alguna vez? O, ¿quién no ha deseado hacerlo?

Nos sentamos a la hora del almuerzo juntas, siempre lo hacemos.

—Estoy conociendo a alguien —me suelta.

—¿Qué?! —exclamo sorprendida—. ¿Cómo no me has dicho nada?

—Es que no sabía si iba en serio. ¡Y, sí! —dice ilusionada.

—Y, ¿quién es? —le pregunto—. ¿Es alto? ¿Es guapo? ¿Es listo?

—Es Orson Dumont.

—¿¡Orson Dumont!? —suelto una carcajada—. Pero, ¿qué dices? Ese tío es raro. Que digo raro, rarísimo. Vanessa, come zanahorias envasadas a la hora del almuerzo. —Ambas reímos, me gusta Orson, es de tercer grado, estudia química y me consta que es un buen tipo, pero no deja de parecerme raro.

—Ya sabes que a mí tampoco me gustan esas guarradas que tú comes. Que coma zanahorias es una buena señal —me cuenta—. Espero que te parezca bien, quería contártelo antes de meterlo en mi vida, que me dieras el visto bueno.

—A mí me parece bien quien tú elijas. Siempre que sea bueno contigo. Además, me parece buen tipo, solo me chocan sus zanahorias.

—Gracias por tu aceptación, no sé qué hubiese hecho si no te hubiese gustado.

—Debes intentarlo, Vanessa aunque a mí no me gustase, tendrías que haberlo intentado.

—Ya..., pero me alegro de que lo hayas hecho.



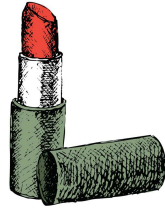
Salgo de mi recuerdo, aprieto la mano de mi cuñado que tiene el rostro descompuesto.

Me consta que se amaban, Vanessa quiso mi aceptación, y yo no la escuché cuando me avisó sobre, Jean.

Me giro y ambos nos miramos de reojo, no quiero verlo, porque esa persona que me mira, ya no la reconozco. En el fondo, siento que él tuvo mucho que ver con el final de mi hermana.

ROXANA

CAPÍTULO 27



Hoy es la gala benéfica, Jean me ha pedido que lo acompañe, además me ha pedido pasar el día juntos, quiere hablar conmigo y al parecer me quiere convencer para continuar con mi vida y tiene un trabajo que ofrecerme.

Yo aún estoy intentando poner mi vida en orden. Hay días en los que ni siquiera saldría de la cama, y algunos otros que finjo ser una persona feliz para darle la alegría que le falta a Cath.

—No esperaba que vinieras —me dice Jean—, pero me alegro de que lo hayas hecho.

Finjo estar más relajada, sea lo que sea que tiene Jean para mí, lo voy a coger. Las ganas de venganza se hacen más firmes en mi interior. Me engañó, engañó a todo el mundo, y no voy a dejar que quede como el héroe que no es.

—Nos merecíamos una conversación cuando estuviéramos más calmados.

Me siento, es el restaurante al que me traía para las cenas de enamorados. Así que puedo esperar cualquier cosa de este farsante.

—Quería pedirte perdón por todo, Roxy. —Alarga las manos por encima de la mesa y me coge la mías—. Quiero pedirte perdón, por lo de Samanta, no te lo merecías. Disculparme por hacerte creer que no me importabas y decirte que siento mucho lo que pasó, porque por mi culpa te lanzaste a los brazos de ese asesino.

Retiro las manos, no puedo fingir que esto no me está doliendo.

—¿Por qué? ¿Por qué le pagaste por introducir un arma? ¿Qué ganabas tú con eso?

—Me equivoqué, ¿vale? Solo quería ayudar y mantener a salvo nuestro país.

Mentiroso, es un ruin mentiroso.

—¿Por qué te acostabas con Samanta? Me decías que me querías, Jean. —Parece un reproche, pero la verdad es que es algo que ya me da igual. No me importa que no me quisiera, porque me he dado cuenta, de que yo tampoco.

—Me volví a equivocar. Ella no paraba de insistir, y, tú y yo hemos pasado por algunos baches. Sé lo que te dije, Roxy, pero nada de eso es verdad. Me arrepiento; cada día, cada instante de mi vida —me vuelve a mentir, sus palabras ya no ejercen el mismo control que cuando me tenía enamorada—. Sé que lo que hiciste fue por la misión, sé que el despecho te empujó a eso, quería pedirte que lo volviéramos a intentar.

—No sé... —me resisto. Pero no quiero hacerlo, si quiero hacerlo pagar voy a tener que engañarlo, como cree que está haciendo él conmigo—. Yo te quiero, Jean.

Lloro desconsolada, en el fondo lo hago por lo que voy a tener que hacer hasta llegar al final de este asunto, porque me repugna tener que compartir nada con este hombre.

—Eh, eh. Roxy, tranquila —dice preocupado. Se mueve a mi lado y me abraza. Yo dejo que lo haga. —Podríamos empezar de cero, olvidar que todo esto ha pasado. La agencia nos va a destinar a trabajos de oficina, yo he aceptado y tú podrías hacerlo conmigo.

—Lo he estado pensado y creo que me vendrá bien dejar de pensar, creo que voy a aceptar el trabajo —me reafirmo con mi plan, llena de valor—. Empecemos de cero.

Jean dibuja en su cara una sonrisa de satisfacción, es esto lo que quiere.

—Esta noche voy a pedirte matrimonio, Roxy. Sé que lo debería haber hecho aquella noche, que todo tendría que haber sido de otra manera, pero ahora nos tenemos el uno al otro.

—Solo te tengo a ti.

—Siempre vas a tenerme. —Me mira a los ojos—. Sé que volverás a confiar en mí como lo hacías, sé que si hubieses descubierto algo no antepondrías ese asesino a tu familia.

Ya ha salido su verdadera motivación. Quiere algo, cree que Plukman me confió el paradero del arma.

—Todo lo que descubrí lo fui informando. Plukman está muerto, y todo lo que tenía y poseía está en los informes.

—¿No te comentó donde guardaba sus cosas más preciadas? ¿No sabes si te dijo dónde estaba el chip?

—De verdad que no lo sé, Jean.

—Si queremos empezar de cero, deberías confiar en mí. Soy yo, Roxy. —Me coge la mandíbula para obligarme a mirarlo—. Los dos sabemos que ese tío estaba loco por ti. Seguro que te confió sus secretos, porque no tenía a nadie más que a ti.

ROXANA

CAPÍTULO 28

Me mojo la cabeza con agua templada, me estoy dando un baño relajante mientras escucho esa canción que me recuerda tanto a él.

Without Me - Halsey.

Te encontré cuando tu corazón estaba roto

Llené tu copa hasta que se desbordó

Llegué tan lejos para mantenerte cerca

Tenía miedo de dejarte a solas

Te dije que te cogería si caías

Y ¿si se ríen? Que les jodan

Te levanté de tus rodillas

Para que te aprovecharas de mí

¿Dime cómo se siente, sentado ahí arriba?

Sintiéndote por encima, pero demasiado lejos para abrazarme

Sabes que soy la que te puso ahí arriba

¿Alguna vez te sientes solo?



« Seguro que te confió sus secretos, porque no tenía a nadie más que a ti ».

Esas palabras resuenan en mi cabeza una y otra vez. Aprieto mi cuerpo para no sentir que

está aquí pasando sus manos por mi cuerpo, porque han quedado grabadas a fuego, y no hay nada que pueda hacer para que salga de mi cabeza.

Me quería, a su manera Plukman me quería. No puede ser que no fuese real. Fue verdad cuando confió en mí, cuando me hizo suya y cuando me confió lo que más amaba.

«¡Eso es!».

Salgo de la bañera de un salto.

Nadie en las noticias ha nombrado a su familia, nadie conocía la existencia del padre y mucho menos de Mihai. La policía ha registrado su verdadera casa. Nadie me ha registrado a mí.

Entro mojada a la habitación, cierro con llave. El muñeco de trapo que me hizo Mihai está sobre mi cama. Se me encoge el corazón pensar que pueda estar ahí dentro. Lo cojo entre mis manos y lo aprieto, podría estar equivocada. Noto algo rígido y pequeño en el interior. Cojo unas tijeras y lo abro por un lado. Un chip del tamaño de un garbanzo cae en mis manos. Me siento sobre la cama, ahora sí que me siento perdida. Meto nuevamente los dedos en el muñeco y una pequeña nota aparece ante mis ojos.

Te dije que confiaba en ti, pero nunca te dije que te amaba.

Te quiero, Roxana.

El muñeco cae al suelo, el corazón se desboca en mi pecho y un estremecimiento me recorre, de pronto siento que mi corazón jamás volverá a estar completo.

« Yo también te amaba, Alessander ».



Me ajusto el vestido negro de gala, me maquillo y dibujo en mis labios mi mejor sonrisa. Mi cuerpo retoma la energía que necesitaba para seguir, para llegar al final del asunto, y desenmascarar al verdadero culpable de que mi hermana esté muerta. Voy a entrar en su vida, y la voy a arrasar, porque eso es lo que ha hecho él con la mía.

—Por fin has llegado.

Jean está con un grupo de viejos amigos hablando de trivialidades cuando yo me acerco a él.

—Hola, cielo —le doy un leve beso.

Así era como nos tratábamos. Él me coge por la cintura.

—El señor Darwing y la Señora Strauss —me presenta.

—Siento mucho lo de tu hermana. —La mujer aprieta mi mano—. Una gran labor la que hicisteis.

La Señora Strauss es la Ministra de defensa del país, así que por educación le respondo calmada.

—Mi hermana hizo lo que debía por su país.

—Tu futura mujer es perfecta, Jean —le dice la mujer a *mi prometido*.

—Sí, lo es.

Jean me guía entre la gente, se pasa la velada presentándome a gente que ya conozco y hablando de la empresa de su padre y sus labores heroicas. La mueca de la cara se me ha tenido que quedar encajada, no he fingido tanto en mi vida.

Periodistas presencian la velada, también Jean interactúa con ellos para explicar su gran labor por el mundo.

«¿Cómo no me di cuenta antes de las mentiras de este hombre?».

«Porque estabas ciega, Roxy ».

—Me retiro un momento. —Le pido educadamente—. Voy a ver a Simón.

Mi amigo está apoyado en uno de los pilares, está justo en una mesita del cóctel y lleva una

copa en la mano. Hace tiempo que no hablamos temas más serios, pero necesito a mi amigo otra vez.

—Hey, Simón. ¿Para cuántos eventos más te va a dar el traje? Cualquier día lo traes con un parche —ríe de una carcajada.

—¿Cuántas veces vas hacerme la misma broma hoy?

Es una broma que le hacíamos continuamente. Simón no es hombre de traje, de hecho los odia, así que tiene uno solo que usa para todo. En nuestro grupo de WhatsApp, Vane y yo compartimos millones de *memes* con él, vestido con el mismo traje parcheado y ahora es algo que le persigue.

—Pues las que sean necesarias, hasta que aceptes que no está mal ir en traje y renovar.

—Pues siento decirte que te repites, es la segunda vez que te ríes de mí por lo mismo y no te dejaré que haya una tercera. —Bromea Simón.

La copa se me cae de las manos, el mundo se me ralentiza.

« ¿La segunda vez que le hago la misma broma? ».

Yo acabo de ver a Simón.

« ¿Recuerdas la gala benéfica? Tu hermana se vistió como tú y se hizo pasar por ti ».

Un presentimiento, mi corazón queriendo salir de mi pecho. Pero es imposible, mi mente me está jugando una mala pasada.

—¿Estás bien, Roxy? —pregunta mi amigo extrañado.

—Sí, perdón. Un dejavu.

La sala me da vueltas. Gente importante, periodistas, su familia, el equipo, su amante... Samanta y yo no cruzamos miradas. De pronto Jean toca con un metal su copa para llamar la atención de todos. Alarga su mano en mi dirección, me pide que lo acompañe.

—Tengo que daros una noticia. —Cojo su mano y le sonrío. Jean se arrodilla ante mí—. Roxana Bruni, ¿quieres ser mi esposa?

Exclamaciones se escuchan por toda la sala. Y finjo ser esa mujer enamorada de hace unos meses, la que hubiese sido si me hubiese pedido matrimonio como lo está haciendo ahora.

—Sí, quiero. —Él se levanta y deposita un beso en mis labios.

—Toma, te he comprado otro —me susurra en el oído.

Abro la caja donde hay un anillo de oro blanco. La caja lleva algo grabado.

Siempre juntas.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. La presencia de mi hermana se hace más latente, como si nunca se hubiese ido. La busco entre los invitados, como si así pudiese hacerla aparecer.

La caja me tiembla en las manos. Jean me coge ambas manos para que nadie note mi nerviosismo. Creo que piensa que estoy a punto de flaquear, porque en el fondo, es lo que estoy haciendo.

Vanessa, mi hermana. Está viva, siempre lo ha estado. Lo siento dentro de mi corazón, la siento cerca, está cerca. Hay hilos que son inquebrantables y el que me une a mi hermana late en mí.

Dos tiros al aire. Los invitados se tiran al suelo, mi hermana con dos hombres entran en mitad del patio encañonando a Jean. La veo a cámara lenta entrar, lleva el pelo algo más largo, vestida como yo y un labial del color del vino tinto.

—Jean Bonnard ¡Estás detenido! —Grita—. ¡Levanta las manos, joder!

—Pero, pero. —La ministra de defensa mira a mi hermana y a mí respectivamente—. Pero, si estabas muerta.

—Ya no, señora. Este hijo de puta intentó matarme. —Mi hermana me mira de reojo, estoy

ahora mismo en shock.

Jean saca su pistola y me apunta en la cabeza.

—¡Suelta el arma! —grita Jean.

La gente está tan confusa como yo, y se arremolina a nuestro alrededor. Todos los invitados, los agentes de seguridad, hasta los periodistas, no pierden el hilo de lo que podría ser una noticia.

Aunque espero que no aparezcan mañana mis sesos esparcidos en el suelo de esta terraza de lujo.

—Encantado de volver a verte, cuñadita.

—Qué pena que no pueda decir lo mismo... —Repone Vanessa.

Jean Aprieta el caño en mi cabeza.

—¿No te has enterado de que vamos a ser familia?

—¡Aparta la pistola de mi hermana! —Vuelve a gritar furiosa.

—Pero, pero... —repongo confusa—. ¿Qué está pasando, Jean?

—Siempre te dije que tu hermana me odiaba. Mira lo que es capaz de hacer —me explica—. Esto ha llegado demasiado lejos.

—Vanessa, por favor. Baja el arma —le pido.

Mi hermana me mira confusa, me mira ¿decepcionada?

Vanessa hace lo que le pido, con un gesto ordena a sus hombres que bajen las armas. Jean los imita, pero la mantiene en su mano. Me coge de la cintura para separarme de mi hermana, porque teniéndome a mí, tiene algo a lo que poder aferrarse, cuando su mentira no se sostenga.

—No puede ser... —me mira desilusionada—. Pensaba que podrías haber cambiado de opinión sobre tu prometido, pensé que algo podría haber hecho mella en ti.

—No lo ha hecho, Vanessa —tomo aire, porque lo que voy a decirle va a herirla—. ¿Crees que puedes venir, después de engañarnos a todos, a destrozar el momento más feliz de mi vida?

Miro a Jean de reojo, él me coge con más fuerza. Lo miro como si no me acabase de apuntar con la pistola que tiene en la otra mano en la cabeza, como si no hubiese sido su señuelo para salvar su culo.

—Jean ordenó matarme. —Se escuchan murmullos, las cámaras están grabando, es el momento de destapar la verdad.

No nos hace miserables la mentira, nos hace vulnerables la verdad.

—¿Tienes pruebas de eso? —La encaro, pero Jean aprieta con más tensión para que no me acerque a ella—. Porque yo no te creo.

—Pensé que estábamos juntas en esto. ¿Sabes? Plukman murió por ti, y me alegro de que lo hiciera, porque no te merecías ser feliz.

Una lágrima recorre mi mejilla, porque el odio que sentía hacia lo que pensaba que le había hecho a mi hermana, ha desaparecido.

« ¿Murió por mí ».

—Solo era un delincuente. —Afirmo, y no puedo describir el dolor que arrastran mis palabras.

—¡Detenerla! —Ordena Jean a los de seguridad, es cuando Vanessa y sus dos hombres hacen círculo y levantan sus armas.

Veo Jean que me mira orgulloso, es la misma mirada que me ha dedicado todo el tiempo, y en ella solo veo mentira. Le hago una llave, le quito el arma de su mano izquierda sin que apenas se dé cuenta, quito el seguro y le atesto dos tiros en el costado izquierdo. No morirá, pero quedará en un estado inmovilizado, hasta que podamos detenerlo, hasta que ninguna vida de las que hay aquí corra peligro. Ahora ya lo sé; Jean sería capaz de vender su alma al diablo, por

mantener su sarta de mentiras. No se engaña a un vulnerable, se afana a un mentiroso.

CAPÍTULO 29



3 MESES ANTES

Tengo a la mujer atada de pies y manos sentada en mi despacho. Debería darle otra oportunidad, pero yo no doy segundas oportunidades a nadie, y ella no va a ser la excepción.

—¡Eres un hijo de puta! —me grita con odio, cuando Andrei mi hombre, le quita el esparadrapo pegado a sus labios.

—¿Creías que podías entrar en mi mundo, sin que yo me diese cuenta? —le digo tranquilamente, sentado en la silla de mi escritorio. Doy un largo trago a mi whisky irlandés, uno de los mejores del mundo. Es una adquisición fácil para un contrabandista como yo.

—¡Suéltame! —Exige.

—Mira lo que dice, Andrei. —Río de una carcajada y mi hombre me sigue la risa, es lo que todos hacen—. ¿Qué crees que deberíamos hacer con ella? —Giro mi pistola encima de la mesa mientras miro a la morena, ella se inquieta.

—¡Si me tocas un solo pelo, vendrán a por ti!

Doy el último trago, me levanto con cuidado y me dirijo hacia ella. La mujer se intenta deshacer de las ataduras.

—Es una pena que tenga que deshacerme tan pronto de ti.

Coge impulso y me escupe en la cara. Me limpio su saliva con la palma de la mano y la

paso por la chaqueta de Andrei, para limpiarme.

—Podríamos divertirnos con ella, jefe. Es una mujer muy bella —insinúa mi hombre.

—¡Antes muerta! —espeto furiosa.

—Andrei, márchate —le ordeno calmado.

—Pero señor...

—¿No me has oído? —Lo miro furioso—. ¡Lárgate, ya!

—Sí, jefe.

Andrei hace lo que le pido, lo miro para que sepa que no hay motivo de réplica. Lo que yo digo va a misa, se me obedece.

Andrei da por hecho que quiero disfrutar de ella yo solo, pero no es mi intención tocarla. Puedo tener a la mujer que quiera, no tengo por qué obligarlas, además que el solo pensamiento me repugna. Aunque no me ha temblado nunca la mano, para meterles una bala en la cabeza, independientemente de si son mujeres, y si son tan bellas como esta.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—¡Ya sabes cómo me llamo!

—Tu nombre. Quiero saber tu nombre de verdad, y quiero saber quién te manda.

—Soy Cathya, ya lo sabes.

—¡Te he dicho, que me digas tu nombre de verdad! —La cojo del cuello y la obligo a que me mire, pero esta mujer no me aparta la mirada, me atraviesa con ella.

—No te vas a librar de tu destino. Puede que te deshagas de mí, pero van a venir a por ti.

Me siento en el sillón de enfrente y tecleo el código en mi teléfono móvil. Lo pongo en manos libres y lo dejo posado sobre la mesita que me separa de la mujer.

—¿Contraseña? —Se escucha al otro lado.

Marco en mi terminal los diez dígitos. Sigo órdenes de un *pez gordo*, y él es el que decidirá el destino de la agente.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me llamas? —Se escucha la voz de un hombre distorsionada.

—Tengo a su agente. Uno de mis hombres la ha descubierto. —Me detengo para mirarla a los ojos, está intentando averiguar qué es lo que está pasando—. ¿Qué hago con ella?

—¿Tiene a la agente Vanessa Bruni?

—Sí, eso creo. La han descubierto buscando algo entre los envíos.

—¡Esa zorra, quiere lo que es mío! —espetea esa voz.

Yo solo debo seguir las órdenes y continuar con mi vida de lujos.

—¿Entonces? —pregunto, la agente se queda callada en la silla, está intentando asimilarlo todo, pero parece que ha empezado a entender, que todo para ella todo ha sido una trampa, ya que quién se esconde detrás de esta llamada, es uno de los suyos.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, deshazte de ella.

Veo como tiembla, ante el descubrimiento. Una lágrima le recorre la mejilla, cuando se da cuenta del engaño. Cuelgo la llamada y la miro directamente a los ojos, intenta mantener la calma, pero sus ojos la delatan. Sabe que podría ser el día de su muerte.

—¿Me vas a contar ahora lo que sabes? —Le pongo la pistola en la frente, ella se mantiene erguida—. ¿Qué es lo que buscabas en ese almacén? ¿Qué es lo que merece tanto la pena, para que arriesgues tu vida?

—Lo mismo por lo que nunca te diré lo que estaba buscando.

—Ah, ¿no? —Saco de mi bolsillo trasero dos fotos. Puede que haya sorteado a mis hombres más tiempo del que debería, pero yo la tenía entre ceja y ceja en cuanto apareció por casualidad

en mi Club, pidiendo trabajo.

Mira lo que dejo sobre la mesa, es la fotografía de una mujer igual que ella comiendo un helado con una niña con unos ojos muy peculiares.

—Una niña preciosa... —Me rasco la barbilla—. ¿Cath se llama?

—¡Vete a la mierda! ¡La niña no te ha hecho nada! ¡Como la toques, te mato!

—Creo que no estás en situación de negociar.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Quién te manda? Y, ¿qué es lo que buscabas entre mis envíos?

—Ya sabes quién me manda —responde con los dientes apretados—. Y creo que sabes tan bien como yo, lo que busco.

La miro con una sonrisa en los labios. Claro que no sé quién la manda, si lo supiera no se lo estaría preguntando.

—Si vas a matarme, ¿por qué no te ahorras este tiempo tan preciado y lo haces ya?

Le pongo la pistola en la sien.

—¡Andrei! —Grito—. Pasa y cierra la puerta con llave, la mujer no quiere colaborar.

—Sí, jefe —dice este con una sonrisa torcida, la idea de divertirse con ella lo tiene alterado.

Andrei se acerca a nuestra altura. Dos disparos son los culpables del silencio. Voy a tener que ocuparme yo mismo de este destrozo. Nadie me cuestionará, nadie lo hace. Un problema más con el que cargar a mis espaldas, ya nada de esto me importa.

Ni siquiera la muerte se hace eco de mi cuerpo al arrebatar una vida, es para lo que nací y no me tiembla la mano para hacer lo que debo hacer.

—Pero, ¿qué haces? —Exclama sorprendida al ver los sesos de mi hombre esparcidos por la

moqueta.

—Es un topo, tarde o temprano iba a delatarme ante el ruso, así que cuando antes me deshaga de él, mejor. —Explica moviendo la mano, quitando importancia a mis propias palabras —. Ahora dime, ¿quién eres? ¿Qué hacías entre uno de mis envíos? Y, ¿quién es ese tío?

—Soy una agente, y no quiero tu armamento, solo busco una oportunidad para mi hija, y el tío que te ha ordenado matarme, estoy segura de que es mi cuñado.

—Veo que tenéis una bonita relación familiar.

—¿Qué es lo que quieres tú y por qué me has dejado vivir?

—Necesito a alguien en quien confiar. Creo que tenemos intereses comunes.

—No sé qué podríamos tener en común tú y yo. —Gruñe despreciando mis palabras.

—Ese tío me ha pagado mucho dinero para colar un arma nuclear entre los envíos, pero yo me he quedado el arma para mis propios intereses.

—Y, ¿cómo podría ayudarte yo? Mi cuñado es el jefe de la DGSE, tiene demasiado poder, su familia es la dueña de las Farmacéuticas Bonnard, y además es el prometido de mi hermana. No puedo hacer nada contra ese hijo de puta.

—Puedes hacerte pasar por muerta, para él ya lo estás. —Ideo un plan—. Podemos usar eso a nuestro favor. Tengo un almacén para los *imprevistos*. Nos desharemos del cuerpo de Andrei y dejaremos ahí tu documentación, cuando encuentren el cuerpo, estará en tal estado de descomposición, que pensarán que es el tuyo.

—¿Qué gano yo con eso?

—Los rusos tienen una cura para las enfermedades raras. Uno de mis contactos me ha ofrecido un intercambio. Es un ruso, se llama Yurok Popov, pero no me fío de él. Ese hombre trafica con personas y no es gusto de mi devoción, necesito un contacto directo.

—¿Un fármaco?

—No finjas que no lo sabías, sé que lo estabas buscando entre mis envíos.

—Si no respondo a la llamada de seguridad, mi agencia se va a poner en alerta.

—Creo que a tu agencia no le importas —le recuerdo mientras la desato de la silla, la mujer está más tranquila.

—No es verdad. Mi hermana va a insistir en venir, es una suicida, cuando vea que he desaparecido vendrá y se va a hará pasar por mí.

—¿Tienes una hermana gemela? —Esto me parece divertido, la mujer de la foto no es esta, es una mujer idéntica.

—Sí, la mujer de la foto es ella. Roxana es un alma suicida, va a venir a por mí incluso si tiene que arriesgar su vida.

—Va a ser divertido. —Río ante el pensamiento de encontrarla frente a mí.

—Si viene, prométeme que cuidarás de ella.

—A ti, no te he matado, ¿no?

—Igual no es tan malo el plan, si conseguimos que esté separada estos meses de Jean, puede que abra los ojos.

—¿Está obligada?

—¡Está enamorada! Mi cuñado la ha estado utilizando, la manipula y la engaña con otras mujeres, pero ella no lo ve.

—Entonces, ¿vas a ayudarme o no?

—No negocio con delincuentes, pero...

—Pero, no tienes otra opción. —La interrumpo.

—Te entregaré cuando cerremos el trato —me avisa—, yo consigo el contacto, negocio el intercambio del fármaco y desenmascaro a mi cuñado.

—Dos fármacos, uno para ti y otro para mí. —Negocio—. Después iremos a por ese tío y solo cuando esté entre rejas, decidiré si quiero que me detengas.

—Tienen pruebas más que suficientes para encerrarte, tarde o temprano lo harán.

No me convence estar encerrado, pero haría cualquier cosa por el bienestar de mi hijo. El resto del mundo me da igual, aunque no sepa cómo voy a apañármelas, acepto el trato.



Un par de semanas llevo en esta farsa y ya no aguanto más. Roxana me vuelve tremendamente loco, hace que quiera ser otra persona, que quiera dejar todo esto atrás. Podría decir que no recuerdo cómo me metí en esto, pero lo hago cada día de mi vida.

Tenerla entre mis brazos, ha sido el mejor regalo que nunca me han hecho. Quiero que sea mía, porque nunca me he permitido tener nada más que una vida robada. Yo nunca soñé en ser lo que soy, el destino me empujó a ello.

Descuelgo el teléfono. En la pantalla pone *Andrei*;

—Plukman tengo dos noticias; una buena y otra mala.

—Empieza por la que quieras.

He dejado a Roxana en mi habitación dormida después de una noche de pasión.

—La buena, es que ya tengo un trato con ese tío...

—¿La mala? —La interrumpo.

—La mala es que me han filtrado una información —me explica—. Jean, está en Bucarest, se ha llevado parte del equipo. Van a por ti, Plukman.

—No voy a entregarme.

—Teníamos un trato, Plukman. Tú te entregabas por las buenas, yo conseguía ambos fármacos y con todas las pruebas le damos caza al cabrón de mi cuñado.

—Las cosas han cambiado —le digo mientras doy vueltas por la cocina nervioso.

—Si van a por ti y no te entregas, te abatirán a tiros —dice asustada—. Si te entregas intentaré negociar una condena decente.

—Sí, saldré de la cárcel con sesenta años y en un estado de próstata avanzado —replico—. No voy a entregarme, ahora no. Ahora quiero más, quiero a tu hermana y no voy a permitir que nadie me separe de ella.

—¿Quieres a mi hermana? —exclama confusa—. Ella ¿lo sabe? Digo, está ciega por otro hombre, y... no creo que seas su tipo. —Ríe nerviosa.

—Me la he estado follando, creo que sí soy su tipo —respondo seguro mientras aparto mi cabello hacia atrás.

—¿Por qué me cuentas eso a mí? ¡Qué asco! —repone con desagrado.

—No voy a perderla, ni voy a dejar que me la arrebaten, y mucho menos que ese hijo de puta venga a mi casa a llevársela.

—¿Prefieres morir a entregarte?

—No, prefiero morir a perderla. No voy a hacerlo, aunque para estar juntos, lo mejor es que yo estuviera muerto.

—¿En qué estás pensando?

—No necesito pagar por mis crímenes, solo necesito morir. Si estoy muerto podré reclamar lo que es mío. Podré reclamar a tu hermana.

—¿Sabes que eso es un suicidio? ¿Cómo pretendes hacerlo? ¿Cambiando las balas a unas de fogueo? ¡Te van a matar! —Exclama ofuscada, pero no atiendo a razones.

—¿Has jugado alguna vez a la ruleta rusa? —Río a carcajadas—. Porque yo sí, sólo espero que sus balas no me maten de verdad, y si lo hacen, habrá merecido la pena haberlo intentado.

—¿Sabes, Plukman? —Toma aire al otro lado del teléfono—. Eres un delincuente, no puedo decir que seas la mejor persona, no eres el cuñado que nunca he querido.

—Recuerda que el otro cuñado, te quería matar.

Ella ríe ante la broma.

—Me caes bien. En el fondo de tu interior, tienes algo de bondad. Voy a decirte algo que juro que nunca reconoceré si sobrevives, pero me gustas como cuñado, porque a tu manera la quieres, solo un loco haría lo que vas a hacer por estar con ella.

—Si las cosas no salen bien, el intercambio se lo entregaré a ella.

—Haz que mi hermana te odie, no soportaría tu muerte si no lo hiciera. Pero sobre todo, no te mueras.

Cuelgo el teléfono, yo también espero no morir. Así qué, ¿por qué no tenerla el tiempo que sea que nos queda?

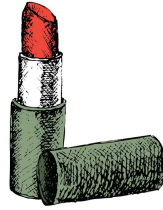
« Haz que mi hermana te odie ».

Las palabras resuenan en mi mente como si estuviesen grabándose a fuego, hacer que me odie antes de morir. Es lo único que me queda para hacerla feliz, para no exponerla ante ese cabrón cuando venga a por ella. Aunque ese pensamiento hace que me retuerza en mi asiento y me duela. El simple pensamiento de que la vuelva a tocar, me quema la sangre.

Abro la puerta de la habitación y la veo durmiendo en mi cama semidesnuda cubierta con una sola sábana. Está extasiada por el placer que ambos nos hemos proporcionado, y pienso en lo que he ganado, y también en que todo eso, conforme ha venido, se puede marchar, y lo puedo perder.

ROXANA

CAPÍTULO 30



Han pasado dos semanas desde la detención de Jean, los servicios secretos no paran de hacer preguntas. Vanessa, debe presentar las pruebas, un trabajo tedioso, ya que lo único que le apetece es pasar más tiempo con su familia.

Aunque parezca egoísta, ahora que mi hermana ya está en casa, siento que ya no me necesitan, y que ya no formo parte de esto. Ellos necesitan recuperar el tiempo perdido, y yo necesito recomponer mi corazón *cachito a cachito*.

—¿Qué haces? —Me observa Vanessa en el vano de la puerta mientras hago mi maleta.

—Necesito tiempo, hermana. Quiero marcharme un tiempo, y olvidar que esto ha pasado.

—No vas a poder olvidarlo... —afirma, por un momento creo que se refiere al caso, no me he atrevido a hablarle de mis sentimientos hacia Plukman. Porque hablar de alguien al que has odiado injustamente y, ya no está, duele.

—Lo quería —confieso mientras me siento en la cama—, me enamoré como una idiota de un hombre al que nunca aceptarías, pero aun así lo hice.

—Puede que le hubiese dado el visto bueno. —Noto algo de ironía en su voz—. Gracias a él sobreviví.

Aprieto mis labios para intentar no llorar. Y recuerdo, esas vidas a las que nos hubiese gustado aferrarnos.

—Se fue sin contemplar su último deseo, y deduzco que tú tampoco pudiste llevar a cabo el tuyo.

Saco de mi bolsillo el chip. Lo que medio mundo está buscando está en un monedero de tela, resonando en mi bolsillo.

—Aún podemos hacer el intercambio. —Plantea—. De hecho antes de planear su muerte, me pidió que buscara el arma y la intercambiara. Quería que su hijo tuviera una oportunidad.

—Me marchó. Voy a volver a Bucarest, quiero terminar lo que él empezó. También necesito volver a ver a mi amiga Pamela, y que no me mire como la última vez que lo hizo. —La voz apenas me sale, para preguntar esto—. ¿Por qué crees que planeó su muerte?

—Porque yo le di el aviso de que iban a por él, le pedí que se entregara. Habíamos hecho un trato. El intercambio, por una condena decente por los cargos de tráfico de armas. Solo tenía que ayudarme a desenmascarar a Jean. Pero en el último momento se negó, me dijo que solo había una manera de estar contigo y era en otra vida... Así que si no ha venido a buscarte ya, es porque está muerto.

Ahora sí que siento el dolor y la opresión a punto de salir, no puedo evitar derramar las lágrimas que no me he permitido sentir. Vanessa me abraza y me reconforta en su abrazo. Me aprieta contra ella.

—Yo me quedaré aquí. Tampoco puedo marcharme ahora, tengo a toda la DGSE pegada a mi culo día y noche, y necesito estar con mi familia —me explica—. Pero tú debes ir, tienes que volver a vivir y poder despedirte de lo que sea que te unía a él. —Me seca las lágrimas de los ojos—. ¡Toma! Este es el contacto, y te he conseguido una documentación falsa, nadie debe enterarse de que has salido del país.

—Pero... ¿Cómo lo haremos?

—Pues como hacemos siempre. —Me quita la diadema que llevo en el cabello de color

verde agua marina—. Nos cambiaremos. *Juntas para siempre*, ¿recuerdas?



El aire frío de Bucarest azota mi cara. Inhalo fuerte este olor, como si pudiera atraparlo entre mis pulmones helados. Las Converse están empapadas y manchadas de barro, hoy el día ha sido lluvioso, y cuando he bajado en el aeropuerto no he sabido muy bien a donde ir, por lo que me he quedado apoyada en una farola, bajo mis pensamientos.

Cojo la documentación falsa y la meto en una de mis mochilas. Saco uno de los teléfonos de prepago que he comprado en el aeropuerto y marco el teléfono de mi amiga que me me sé de memoria.

Después de dos tonos de llamada.

—¿Sí? ¿Diga?

—Pam, soy yo, ¿estás ahí? —pregunto con un hilo de voz.

—¡Mecaguen la hostia! ¿Eres tú? —responde—. Y, ¿dónde quieres que esté? ¿En la cárcel?

Pam se queda callada, por un momento pienso que no va a seguir respondiendo a mis preguntas.

—¡Pam! ¡No! Por favor, no me cuelgues... —le pido. Pam es muy impulsiva, y ahora mismo puedo verla detrás del teléfono.

—¿Vas a interrogarme? ¿Para eso me has llamado? —pregunta enfadada—. ¡En menudo marrón nos dejaste!

—Necesito verte, Pam. Eres lo único que me queda... —le pido compungida.

Pam parece escuchar mis súplicas, se queda en silencio detrás de la línea nuevamente.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta seria.

—Necesito verte y darte una explicación.

—Ven mañana por la noche al Club. Estoy ocupándome de él. Conrak ha salido hace poco de la cárcel por falta de pruebas, y yo no quería dejarlo aquí tirado, no quería dejar esto.

—Mañana nos vemos entonces —respondo apartando una lágrima solitaria que resbala por mi mejilla—. Ah, Pam. Creo que deberías saber mi nombre —le digo—. Mi nombre es Roxana.

Cuelgo el teléfono y la lluvia se vuelve más violenta. Cojo la mochila al hombro y decido caminar hasta casa, podría coger un taxi, pero necesito tener mi mente fresca y preparada para volver a entrar a ese lugar que compartía con él.

El agua fría empapa mi cabello y mi ropa, mis Converse acaban empapadas. Después de más de una hora caminando entre las calles oscuras y solitarias, el edificio de pisos se cierne frente a mí. Miles de recuerdos se adentran en mi mente. Recuerdos tan nítidos que creo que siempre se van a quedar ahí.

Sorteo al portero, estaba acostumbrada a hacerlo y subo al ático por el ascensor. Cuando estoy frente a la puerta, un revuelco aprieta mi estómago y estoy a punto de ceder, pero saco la llave y sin pensar en las consecuencias abro la puerta.

La casa se abre ante mí, hay tiras policiales. La casa fue registrada. Veo miles de recuerdos tirados por el suelo. Las ventanas están abiertas dejando entrar la tempestad de ya la entrada noche, aun así me acerco a ellas para ir cerrándolas. El vacío y la inquietud me entristecen por completo.

Me gustaría poder entrar en mi imaginación y poder verlo aquí, descargando su ira contra el saco de boxeo en el gimnasio. Entro, pero él no está, nunca más lo hará.

La habitación está revuelta, veo parte de mi ropa tirada por todas partes.. El cuerpo me empieza a tiritar, me retiro la ropa mojada y me meto en el baño donde conecto la bañera con agua hirviendo. Me meto en la bañera sintiendo el calor, mi cuerpo tiritando por el miedo, por el

desasosiego, por la rabia. Plukman murió aun sabiendo que lo haría, porque no me negó haber matado a mi hermana aun sabiendo que él no lo había hecho. En el fondo me quería, prefería que lo odiara más de lo que lo amaba.

Salgo de la ducha aun tiritando, la lluvia y el frío se me ha calado en los huesos. Me meto totalmente desnuda en la cama. Las sábanas deshechas aún huelen a él. Entonces me duermo, lo sueño, lo anhelo. Lo recreo en mis sueños, esos de los que no quiero despertar. Porque despertar sería demasiado doloroso. Solo en otra realidad paralela, podríamos ser felices los dos, y eso ambos lo sabíamos.

—¡Plukman! ¡Plukman! —lo llamo. Lo veo alejarse de mí, veo cómo me sonrío mientras lo hace—. Alessandro, no te marches.

—Siempre estoy aquí —me susurra en el oído, y siento su aliento rozar mi mejilla—. He venido a quedarme contigo.

—No te vayas. No quiero perderte. —Sollozo, porque mi subconsciente sufre de saber que esto no es real.

—Siempre he sido tuyo, Roxana.

Intento alargar mi mano, para cogerlo, para intentar que ese recuerdo se quede aquí conmigo.

—No sabes lo difícil que es hacer esto sin ti. Me hubiese gustado vivir esa otra vida, en la que tú y yo éramos felices.

—Mi dulce, francesa. Eso no hubiese sido posible, para alguien como nosotros, pertenecemos a mundos totalmente distintos.

Lloro porque los subconscientes te dan un baño de realidad. Esa era la verdad, nunca hubiésemos podido estar juntos.

—Podríamos haberlo intentado, Alessandro. —Intento convencer al hombre de mi sueño, a

esa sombra que me habla y me hace sentir que está a mi lado, pero también intento convencerme a mí misma—. Podríamos haberlo intentado; por ti, por mí, por nosotros...

Noto como contiene la respiración, como me acaricia con la yema de los dedos la espalda, aquí ambos en la cama.

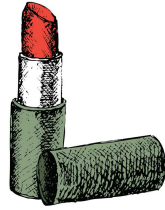
—¿Por nosotros?

—Ya no sirve de nada, ya no estás, pero es justo que te lo cuente, aunque solo sea el aire el que me escuche. Alessander, estoy embarazada. —Noto su silencio en mi mente y eso me asusta, el corazón me late a toda velocidad, como si a mi sueño pudiese importarle lo más mínimo mi estado. Y noto el vacío, la soledad, siento como se aleja.

Como cuando alguien tiene un sueño muy vivido con alguien que se ha marchado y ha bajado a despedirse. Y mi cuerpo por fin se relaja, y duerme profundamente en la cama.

ROXANA

CAPÍTULO 31



Me levanto sudorosa y con un fuerte dolor de cabeza. Mi cuerpo entumecido se resiente cuando doy un par de pasos.

Creo que tengo fiebre. No debí venir caminando bajo la lluvia.

Registro el botiquín y me suministroo un par de pastillas. El espejo me muestra unas prominentes ojeras, y una palidez extrema.

Vomito en el retrete mientras aprieto mi vientre con fuerza. Últimamente las náuseas no cesan y en este estado en el que me encuentro de debilidad, ni siquiera me encuentro a mí misma.

Recojo conforme puedo el apartamento y me pongo unas mallas negras con una sudadera y unas botas planas. Me dirijo al Club, tengo que ver a mi amiga. Necesito su ayuda, necesito acabar lo que Plukman hubiese terminado, en el fondo siento que se lo debo.

—¿Vienes a interrogarme? —Espeta mi amiga cuando entro en el despacho del Club.

—No. Te necesito, Pam.

—No confiaste en mí. ¿Quién eres en realidad? —Pam se sienta en el sillón y me mira algo decepcionada.

—Entiendo que estés enfadada, pero no podía decirte nada —le explico mientras me siento frente a ella—. Mi nombre es Roxana, era agente secreta, y estaba de misión, aunque en realidad quería encontrar a mi hermana.

—¿La has encontrado? —Su voz suena tensa, sigue enfadada.

—Sí, mi hermana gemela está bien —respondo compungida. Porque no todo ha salido como yo esperaba.

—Nosotros también lo estamos. Conrak ha sido puesto en disposición judicial con cargos, y yo tengo a la poli pegada a mi culo.

—Lo siento, Pam. Lo siento de verdad. No quería meterte en esto, pero tengo que decirte que tarde o temprano hubiese pasado. La policía ya estaba detrás de Plukman mucho tiempo —le explico—. Pero ahora puedes estar tranquila, ya que Plukman ha muerto. —Cojo aire cuando digo esto—. Ahora que no está, no tienes nada que temer. El Club ha pasado a un segundo plano, podéis trabajar aquí tranquilamente mientras no cometáis ningún delito.

—Lo siento, yo también siento verte así de destrozada—. Se levanta y me abraza—. Ni siquiera me he parado a pensar en cómo te sentirías.

Estallo en llanto aferrandome a mi amiga que al fin parece haberme perdonado y nos quedamos abrazadas un buen rato en silencio.

—No fue mentira, Pam. Esto no fue otra realidad paralela. —Esas palabras que me repetía la psicóloga se repiten en mi mente—. Tú eras mi amiga, y Plukman no era mi captor, él era mucho más. Estuve en sesiones con ayuda psicológica y me repetía una y otra vez que esto no era verdad, pero verte aquí frente a mí y notar tu amistad, me hacen darme cuenta, que todo fue real.

—Una buena amiga nunca obliga a su amiga a hacer clases de CrossFit —bromea—. No fuiste sincera conmigo, pero no podría no perdonarte, eres mi mejor amiga, Roxy.

—Ahora viene cuando te pido otro favor.

—Todo, menos duplicar el horario de deporte, u olvidaré que te conocía.

Saco de mi bolsillo el pequeño Chip. Este artilugio tan pequeño es el causante de tanta

traición y muerte.

El *chip Kawasaki*, el arma nuclear más potente del mundo, sumergido en un submarino varado en el mar negro. Después de investigarlo, no hay estudios certeros, los diez tripulantes murieron en esa misión secreta, y con ellos se quedó la mayor arma jamás creada. Solo un chip podría activarla, y ese chip está entre mis manos.

Le cuento todo esto a Pam, y también le explico cada detalle de lo sucedido.

—Necesito hacer el intercambio, y tiene que ser aquí —le pido—. Ese hombre hizo un trato con mi hermana, no se dará cuenta si el intercambio lo hago yo. También necesito terminar lo que él empezó.

—¿No crees que pueda ser peligroso entregar el chip a ese hombre?

—Ese hombre tiene entre sus manos, armas como esta. Solo quiere proteger a su país, si quisieran usar un arma de ese calibre ya lo hubiese hecho —le explico—. Entonces, ¿crees que puedes ayudarme?

—Claro que sí, si no para qué están las amigas...



Me paso la semana arreglando el apartamento. Por las noches cojo la almohada y la aprieto contra mí, para sentir que no se ha ido. A veces me cuestiono si alguna vez estuve enamorada de Jean, yo creo que nunca lo hice, y si lo hice, no fue de esta manera. Las noticias anunciaban datos sobre su estado en la cárcel. Jean iba a cumplir veinte años con una reducción de condena, supongo que ser quien somos nos ayuda. Su familia estaba siendo investigada, y las cuentas de las Farmacéuticas Bonnard, estaban congeladas hasta que se esclareciese el caso. Al parecer el dinero es influencia, ya que nada parecía hacerles llegar hasta ellos.

Llamo al contacto que Vanessa me ha facilitado.

—¿Tienes lo que te pedí? —Inquiere una voz aguda al otro lado del teléfono.

—Lo tengo.

—Mándame la ubicación, mañana sale mi avión, estaré a las seis.

Dos sentimientos comparten mi cuerpo, el de acabar con todo esto. Quiero los dos antídotos para Mihai y Cath, quiero acabar con esto ya, pero en el fondo alejarme de aquí es alejarme mucho más de lo que necesito de su recuerdo. Vuelvo a llorar sobre la almohada, las últimas noches parece ser que es la única que me entiende. Y, no puedo dejar de pensar en lo que será de mí mañana.

Cuando despierto, sobre el diván hay algo que no creí ver anteriormente. Divago por mi mente intentando recordar si yo he puesto eso ahí. Abro la caja y un alfiler para el cabello bañado en oro se abre ante mis ojos. Lo rozo con las yemas de los dedos, para comprobar que está afilado. Está grabado, lleva una inscripción.

Somos armas de doble filo.

Mi corazón palpita en mi pecho, y mi cuerpo busca a Plukman por todo el ático, pero él no está. Es posible que lo comprara antes de su partida, pero algo quiere hacerme creer que una parte de él, aún está conmigo.

Me dirijo al Club, Pam me ha dejado el despacho y Conrak y sus hombres me aportarán apoyo si algo sale mal.

Me siento en la silla del escritorio y miro con nerviosismo el reloj que hay sobre la puerta. Aprieto el chip entre mis manos, porque hoy será la última vez que lo haga. Un hombre entra en la estancia irrumpiendo mi tranquilidad.

—Vaya, vaya, vaya. —Cuál es mi sorpresa al encontrarme ante mí al traidor. Maximiliano Iana. El policía, el contacto de Plukman. El que nos traicionó ante los rusos.

—¿Dónde está el Ministro ruso? —Me levanto de la silla con los puños apretados.

—¿De verdad creías que un Ministro vendría hasta aquí? —responde con sorna—. Soy su

nuevo contacto del ministro... Y, ahora todo es mío. Los contactos, las rutas, las mujeres...

—¿Así es como juraste proteger a tu país? —le reprocho dando una palmada sobre la mesa.

—Mi país, ¡me hace trabajar de lunes a domingo, por un sueldo de mierda!

—¿Es mejor traficar con mujeres que están obligadas? —le echo en cara.

—¿Era mejor tu hombre? Era un ladrón y un asesino.

Aprieto los puños contra los costados. Saco mi pistola y la dejo encima de la mesa, un aviso de que no voy a permitir que se sobrepase.

—¿Tienes los viales? Déjate de tonterías, hemos venido a algo.

Maximiliano saca un pequeño maletín y lo arrastra por la mesa. Cuando llega a mis manos, veo dos viales con un líquido ámbar en su interior.

—Ahora tú, dame lo que es mío. —La mano se me encaja en el bolsillo del pantalón.

« No se lo des Roxy, no sabes lo que podrían hacer con él» . « No se lo des ».

—No... —Tartamudeo.

—Dame lo que es mío. ¡Pedazo de puta!

Se acerca a mí en dos zancadas, voy a coger el arma que hay sobre la mesa. Pero la puerta del despacho se abre de golpe, y lo que ven mis ojos me desorienta.

—¿Plukman?

PLUKMAN

CAPÍTULO 32



EL DÍA DE MI MUERTE

Esto no es una decisión fácil, pero no voy a pasar el resto de mi vida entre cuatro paredes. Soy un alma libre y voy a seguir siendo lo que soy. Prefiero morir hoy, que vivir arrodillado. Mi teléfono empieza nuevamente a sonar. El nombre *Andrei*, aparece en pantalla.

—¡No lo hagas, si te resistes te van a matar, es un suicidio! —Escucho la voz de Vanessa alterada al otro lado—. Tengo un contacto en la OTAN, me han ofrecido un trato, pero necesitamos que sobrevivas.

—¿Qué clase de trato?

—Sobrevive y lo sabrás. Ponte un chaleco antibalas, cúbrete, no sé. Pero haz algo. ¡Ya!

—¿Qué clase de trato? —Repito.

—Si sobrevives darán parte de tu muerte, serás oficialmente un fantasma, podrás hacer tu vida sin entrar en la cárcel —me explica con celeridad.

—Eso en caso de que sobreviva. —Esto seguro que no es gratis, así que pregunto—; ¿A cambio de qué?

—El chip, quieren el chip.

—No vamos a dárselo, sabes lo que sacrificamos.

—Por favor, Plukman. Podemos tener ambas cosas, tú hazme caso. —Le cuelgo el teléfono de mala gana, odio hacer lo que me piden, pero confío en ella, ambos tenemos intereses comunes. Además, no gano nada si muero, así que voy a mi habitación del Club antes de la reunión y me pongo uno de los chalecos antibalas que robé en uno de los envíos.

Hago llamar a Roxana y la hago pasar. La miro y veo a la mujer que amo, porque espero tener suerte y poder volverla a tener entre mis brazos. Ella me observa con el ceño fruncido, me encanta cuando está enfadada.

—Arrodíllate y cómeme la polla —le pido, si voy a estar mucho tiempo sin verla, esta va a ser mi última imagen de ella. Ver sus labios rodearme es lo más placentero que he sentido en la vida, como a pesar de ser casi una inexperta, me rodea hasta morir de placer en su garganta. La puerta se abre y ambos hombres observan la escena. Eso aún me excita más, este hombre era su prometido, y ver su cara es satisfactorio.

¿Lo he hecho con la intención de que él lo viera? Sí, claro que sí. Quiero que no dude en disparar cuando se le dé la oportunidad, y que sepa que si muero, nunca volverá a ser suya. Porque no solo la profané carnalmente, me llevé algo que él nunca tuvo. Me llevaré conmigo su corazón.

—Plukman, dime que no es verdad. —Coge aire—. Por favor, dime que está viva.

Roxana me mira con esos ojos suplicantes. Quiero decirle que nunca le hice daño a su hermana, pero necesito que me odie, o que tenga algo a lo que aferrarse si no sobrevivo.

Su ex prometido descarga su furia sobre mi cuerpo, me llena de balas por todo el pecho y el mundo se vuelve oscuridad.



Los pitidos a lo lejos retumban en mis oídos. Intento moverme, pero siento que algo me lo impide, estoy inmovilizado. —¿Qué hago aquí? —Intento zafarme de los artilugios que hay en mi brazo.

—Hey. No hagas eso —me reprende una mujer vestida de negro—. Estás en buenas manos.

—Ah, ¿sí? Pues yo me veo hecho una mierda.

—Una de las balas se instaló en tu cráneo —me explica—. Tienes suerte de estar vivo.

—¿Quién eres y qué hago aquí? —repito ofuscado.

—Eres un testigo protegido. Mi nombre es Naira y soy una agente de la OTAN.

—Acaso, ¿sabes quién soy? —Mi carcajada es descomunal, aunque al momento me provoca una tos bastante dolorosa.

La mujer se sienta frente a mí en un sillón con una pistola en la mano, como si fuera a irme a algún lado.

—Hemos hecho un trato con la agente, Vanessa Bruni. Si sobrevivías te ofreceríamos un programa de testigos y tú nos entregarías el Chip Kawasaki.

—Yo no tengo el chip.

—No, pero la mujer sí. Pronto se realizará el intercambio y no podemos dejar que el arma caiga en las manos incorrectas —responde mientras se levanta y se aproxima a mi cama—. La OTAN se ha ocupado de tu cuerpo, para el resto del mundo estás muerto, si todo sale según lo esperado, podrás empezar una nueva vida.

Me quedo callado, porque la idea me agrada.

« Empezar una nueva vida ».

—¿Qué tengo que hacer?

—Ya te lo he dicho, queremos al ruso, y también queremos el chip.



Una de las cámaras de seguridad me salta en mi terminal. Alguien ha vuelto a entrar a mi ático. La policía lo registró hace unas semanas y lo han dejado todo prácticamente destrozado,

pero no encontraron mi sistema de última generación ejecutado con energía solar.

Entonces la veo, veo a Roxana entrar en mi ático. Está abrazada a su propio cuerpo tiritando, lleva la ropa empapada y el cabello pegado a la cara.

«¡Maldita insensata!».

Recorre toda la estancia y lo hace con tristeza, mi vena egoísta se alegra de que me eche de menos, el poco tiempo que llevo despierto, yo también lo he hecho.

Tengo que mantener las distancias, pero no puedo alejarme de ella, hice esto por algo y ahora tengo una oportunidad de empezar de cero, así que no voy a perderla.

No paro de observar lo que hace, quiero verla y tenerla cada segundo de mi vida. Así que robo un vehículo de un aparcamiento privado y me dirijo al apartamento. Cuando llego ella está acostada en la cama, sudorosa y hablando sola. Apenas puedo discernir lo que dice. Le acaricio con la yema de los dedos, su cuerpo está caliente y sudoroso. Tiene fiebre. La muy insensata ha debido venir caminando bajo la tempestad de Bucarest.

—Podríamos haberlo intentado, Plukman..., por ti, por mí, por nosotros...

Le acaricio la espalda, porque no veo el momento de tenerla conmigo para siempre.

—Plukman, estoy embarazada.

Mi cuerpo se desmorona. ¿Está embarazada?

Decido levantarme y marcharme, necesito pensar, he librado batallas muy duras, pero esta se me ha atascado en el pecho. Soy un cobarde, debería quedarme aquí con ella, decirle que voy a estar siempre, que todo va a salir bien, pero no me salen las palabras, no tengo el valor ni cordura. Voy a ser padre y Roxana me lo ha contado pensando que lo hacía a un muerto.

Piso el acelerador y aprieto el volante en mis puños.

Ya no tengo tan claro cómo seguir con esto, si el ruso llega a dañarla... Debería ser yo

quien hiciese el intercambio, Roxana es fuerte, pero ahora mismo la he visto tan vulnerable, tan falta de energía... Si le pasa algo a ella o a mi hijo, volveré a morir, porque no hay una vida en la que yo quiera estar, si no es con ella.



—¡Eres hombre muerto!

El policía me mira sorprendido. Yo no esperaba que él fuese el nuevo contacto del ruso, y él tampoco esperaba verme.

—Te hacía bajo tierra, un poco más descompuesto. —Coge a Roxana del cabello con fuerza —. ¡Si das un paso más, tu puta está muerta!

—¿Qué se siente al saber que te va a despellejar un muerto?

Me siento en uno de los sillones tranquilamente mientras me sirvo una copa. Encima de la mesa hay un maletín con dos viales. La cura, lo que tanto tiempo he anhelado, pero ahora hay algo que aún me importa más. Salvar a Roxana de este loco.

—Voy a entregar el chip, y tú no te vas a interponer. Bucarest me pertenece, siempre lo ha hecho. —me recrimina—. ¿Me merezco un sueldo de mierda por seguir a gente como tú? ¿Cuándo con mi poder puedo tenerlo todo? Si no es a mí comprarán a cualquier otro, nunca estarás en paz.

—Yo ya estoy en paz —Le doy un sorbo al whisky—. Todo el mundo me cree muerto. Deja a la mujer y entonces, solo entonces, decidiré si mereces vivir.

—Voy a llevarme el chip, me han pagado mucho dinero, y tú ya tienes lo que quieres.

—Yo siempre obtengo lo que quiero.

Roxana me mira desde el otro lado de la habitación. El hombre la tiene cogida, pero puedo ver en sus ojos la vida, la energía y el poder que la recorre. Mi mujer.

Maximiliano tira más fuerte de su cabello, ella gruñe de dolor, pero él está intentando negociar conmigo algo innegociable. Ella saca una aguja de su cabello, y en un descuido se la clava al hombre en la yugular. El hombre pega un par de tiros al aire, por suerte ninguno es certero, se coge con ambas manos el cuello mientras se desmorona sobre el suelo, llenando todo de sangre.

—Intenta no ensuciar mi moqueta la próxima vez que asesines a un hombre frente a mí.

—Te odio ¿Acaso no pensabas intervenir? ¡Por poco me mata! —Se dirige en mi dirección furiosa.

—No eres una mujer que necesite ser rescatada.

Me levanto del sofá, ella se pone a mi altura, tengo que inclinar la mirada para mirarla a los ojos y ver que empuña la aguja con fuerza. Le aprieto la muñeca y ella suelta el arma sobre la moqueta, su mano aún tiene rastros de sangre y muerte.

—¡Qué te follen! —Gruñe contra mí.

—Ahora que lo dices, necesito follar con urgencia. Dime que estás dispuesta, porque no vas a poder caminar mañana.

—¿Es esa tu manera de decirme que me has echado de menos? —replica mientras le rodeo la cintura con mi brazo.

—No tengo otra. Pero, sí, te he echado de menos... —le aparto el cabello y le paso la lengua por el lóbulo de la oreja, tengo que sostenerla, su cuerpo tiembla.

Por un momento la veo flaquear, pero no duda, ella quiere esto tanto como yo. Me arranca la camisa de un tirón, los botones salen disparados por todos lados. Yo hago lo mismo con su ropa, dejando sus pezones rosados al aire, la cojo del cuello y la empujo contra la pared, la aprieto contra mi polla, para que sepa que todo esto es por ella.

El idiota del policía aún está retorciéndose en el suelo, está en sus últimos minutos de vida.

—¿Vamos a follar delante de él?

Se aprieta contra mi bulto, parece no importarle tener un espectador, a mí tampoco.

—Y, ¿qué más da? No se lo va a contar a nadie.

Una carcajada sale de los labios de mi agente. Es tan sádica como yo. Si supiese cuánto la necesito.

Meto la mano entre sus bragas y noto su humedad, está empapada, el roce de mis dedos en su sexo la hace gemir. Me la subo a las caderas y tiro de su ropa interior para desnudarla por completo.

—Yo también te he echado de menos, Alessander. Mucho.

—No lo dudo —Sus fluidos están en mis dedos y me los echo a la boca para probar cuanto, su sabor dulce y semisalado inunda mis papilas gustativas.

Me bajo el pantalón y la busco, ella se remueve sobre de mí. La sujeto de la cintura contra la pared y entro en ella en una embestida. Roxana se muerde el labio ante la intrusión, pero la marea de emociones que siento hacia ella es incontrolable.

—¿Estás bien? —Apoyo mi frente en la suya.

—Mejor que nunca. Estoy en el infierno, donde el demonio me llena de placer.

Vuelvo a salir de ella, para entrar con más fuerza, lo hago en repetidas ocasiones, hasta que sus uñas se clavan en mi espalda.

—No soy un ángel, pero tú eso, ya lo sabías.

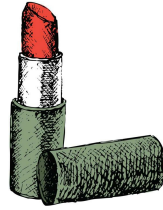
—Te amo, Alessander. Me da igual que no seas lo éticamente correcto, porque lo correcto a veces es aburrido.

Una última embestida me hace derramarme dentro de ella. Ella grita y me aprieta la polla con sus paredes internas mientras se deshace en gemidos y respiraciones erráticas.

—Te amo, Roxana. Me da igual no ser lo éticamente correcto contigo, porque me gusta que me sigas, como ardes cuando estamos juntos, porque los demonios son divertidos y aun sabiendo que no soy lo mejor para nosotros, decidas quedarte y arder en el infierno.

ROXANA

CAPÍTULO 33



No podría explicar lo feliz que me siento. Vivo en una casita a las afueras de Bucarest en mitad de la naturaleza. Alessandro y yo estamos remodelando la casa, pronto nuestro pequeño Mihai vendrá a vivir con nosotros. Tenemos una noticia que darle y queremos que él también forme parte de esto.

—No sé de dónde vamos a sacar tanto dinero para vivir tranquilamente toda una vida escondidos —le digo mientras extiendo las sábanas de la que será la habitación de nuestro bebé.

—Confía en mí —me coge por la cintura desde atrás, acaricia la curva de mi vientre—. Toda esta vida nos la va a financiar Jean.

—¿Jean? —pregunto sorprendida.

Por fin, Jean cumplirá su condena. Las farmacéuticas de su familia también se han visto involucradas en el caso. Todo esto lo sé por las noticias y por la información que me va proporcionando mi hermana.

—¿Recuerdas los dos millones de euros que me pagó por pasar el arma? Están en un paraíso fiscal a nombre del niño. También tengo fajos de billetes escondidos ahí y allá, el dinero no va a ser un problema. No necesitaremos nada más que eso.

—Yo solo te necesito a ti y a mi familia —le digo con sinceridad.



Esta semana el niño viene aquí a vivir con nosotros. Abraza a su padre con fuerza, y también lo hace conmigo.

—No te lleves a mi papá —me reprocha, cree que soy el motivo de su ausencia.

—No me lo voy a llevar, Mihai. Nunca más. Papá y yo estábamos buscando la manera de poder estar todos juntos. —Le acaricio la mejilla, me agacho para estar a su altura—. Papá, tú, yo, y tu nuevo hermano. —Le cojo su mano y la aproximo a mi vientre para que sepa que ahí dentro, hay algo tan suyo como mío.

—¿Voy a tener un hermano? —Mira a su padre para que se lo confirme.

—Sí, por fin vamos a estar juntos, por fin vamos a ser una familia.

El niño me abraza con fuerza y llora sobre mi hombro emocionado. Mihai es un niño muy sensible, y esa sensibilidad toca una parte de mi corazón, porque lo siento mío. Siento que Miahí también tiene una parte de mí, en el fondo soy la madre que perdió, la madre que un día se llevaron, y yo quiero que así sea.

—Hemos encontrado una cura para tu enfermedad, Mihai. —Alessander se arrodilla con nosotros y saca un vial. El fármaco le tiembla en las manos.

—¿Qué es eso, papá? —le pregunta confundido.

—Es la cura, para tu enfermedad, con esto podrás ser normal.

Le pone el vial en la base del cuello, el niño se queda quieto esperando algo que no llega.

—¿No os gusta como soy, papá? ¿No te gusta como soy, Roxy?

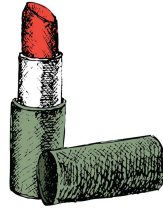
Una lágrima recorre mi mejilla, Plukman flaquea, veo cómo se detiene y tira el vial a un lado.

—Claro que me gusta cómo eres, porque no podría tener un hijo mejor.

Ambos se abrazan mientras lloran, yo también lo hago. Lloro, porque Mihai no está enfermo, no es un niño diferente, solo lo debemos aceptar. Es un niño especial

ROXANA

CAPÍTULO 34



Ya han pasado siete meses desde que todo pasó. Hemos entregado el fármaco a la OTAN, y miles de científicos están intentando hacerse con la cura. La OTAN nos ha ofrecido un pacto para poder vivir siendo unos fantasmas de la sociedad y nosotros hemos aceptado.

Hoy, mi hermana y mi sobrina han venido a visitarnos, y Pam y Conrak están también a punto de llegar.

—¡Buah! Son los ojos más increíbles que he visto —le dice Mihai a mi sobrina Cath cuando la ve bajar del coche.

Cath acaba de llegar y lleva una pequeña mochila a su espalda, van a quedarse a pasar unos días y la sonrisa de la niña sobre la mención a sus ojos se ensancha.

—¿De verdad? —responde ilusionada—. Los tuyos también son preciosos, también los tienes especiales —le responde.

Para nosotros ya nunca existe la palabra diferente. Las diferencias las marcan los estándares y las personas sin importancia.

—Tenemos algo en común —le dice el niño ilusionado—. ¿Te gusta la película de Drácula?

—No la he visto. Pero, podríamos verla juntos.

Ambos niños se marchan escaleras arriba. Vanessa saluda a Alessander con un abrazo.

—Gracias, por no morirte, *cuñadito* —le dice con diversión.

—Gracias a ti por ayudarnos, Vanessa.

—Ha merecido la pena por ver esa sonrisa a la boba de mi hermana. —Se abalanza sobre mí y también me abraza—. También es mi felicidad veros así de felices.

—Bueno no te creas, a veces se pone un poco pesada con sus tortitas de mantequilla —le dice Alessander ayudándola a coger su maleta.

—Por fin alguien sincero que le dice la verdad sobre sus dotes en la cocina —le responde mi hermana riendo en una carcajada.

—Hola, estoy aquí —les digo a ambos, que se están riendo a mi costa.

Y, no, no creo que tengan razón, mis dotes en la cocina son buenas.

—Venga, no te enfades, hermana. Por fin has encontrado al ideal —me dice Vanessa empujándome con su hombro.

De pronto veo un coche aparcar, tiene un mapa sobre la guantera y mira de un lado a otro desconcertada. Su pelo rojo la delata, Pam.

—Aquí, es aquí. —La llamo desde el porche, bajo las escaleras y voy en su busca cruzando el jardín.

Pam baja a toda velocidad y se me abalanza, aunque con esta barriga tan prominente, es imposible poderla abrazar.

—¡La hostia! Menuda sandía llevas, amiga. —Me señala la tripa y le quita de las manos una pequeña caja que lleva a Conrak—. Toma, te hemos traído un regalo.

Deja sobre mis manos una caja de tamaño pequeño. Lleva dos lazos; uno de color azul y otro rosado. La abro, millones de confeti rodean la *pegatina*.

—¿Una pegatina?

—No es una pegatina, es *La pegatina*, Roxy.

La saco entre mis manos y puedo observar más detenidamente:

Bebé a bordo.

—No me digas que no te gusta, es un *regalazo*. Me ha costado elegirla tres horas —bromea mi amiga—, además de ser un bien necesario. ¿Sabes la de locos que conducen por ahí? Hay gente que frena en las rotondas.

—Es un regalazo, me encanta, Pam —la abrazo.

Pam, saca lo mejor de mí, cualquier acto que tiene, por pequeño que sea, me llena el alma; ya que sé, que lo hace desde el corazón.

Los invito a pasar, hemos cogido algo de comida para llevar y cenamos todos mientras reímos.

Si me hubiesen dicho hace un año, que esta sería mi vida, no podría haberla imaginado tan perfecta, no podría haber imaginado que me iba a cambiar 180°. Ahora me doy cuenta, que quería aferrarme a una vida impuesta, forzada y técnicamente correcta.

Miro a Alessander, y él me devuelve la sonrisa, ese gesto me llena de felicidad por completo. Aunque yo ahora mismo me contraiga y lo único que puedo devolverle a la persona que amo, es un alarido de dolor.

—¡Aaaah! —Siento un malestar inmenso—. ¡Creo que he roto aguas! —exclamo mientras sujeto mi vientre a punto de estallar.

PLUKMAN

EPÍLOGO



DOS AÑOS DESPUÉS

Me arremango las solapas del traje negro que me he puesto, hoy Roxana y yo vamos a salir de *cacería* y que mejor que hacerlo con el traje puesto. Ella baja por las escaleras con un mono rojo atado al cuello, y esos zapatos de tacón que tanto me gustan, se ha cortado el cabello a la altura de los hombros y no puede estar más atractiva.

Me remuevo un instante en mi sitio mientras la veo venir hacía mí.

—Alida, se ha quedado dormida en los brazos de Mihai. —Finalmente fue una preciosa niña y Roxana quiso ponerle el nombre de mi hermana—. Tu padre se quedará a pasar la noche, me ha dicho que lo pasemos bien, pero que no nos acostumbremos.

—Viejo gruñón —bromeo sobre el viejo.

La cojo de la cintura para besarla y subimos en nuestro Ford Focus. Dejamos el coche en uno de los aparcamientos de un hotel de lujo y aprovechamos para robar un coche de alta gama. Roxana me aprieta el muslo mientras yo lo hago con el acelerador. Mi piel se calienta por debajo del pantalón.

—Ummm —gruño.

Su mono rojo, sus labios del mismo color y la sangre, se me acumulan en la vena de mi polla. No puedo estar más excitado de tener la mujer que tengo y de saber la fiesta que nos

vamos a dar.

—¿Lo has cogido todo? —le pregunto.

—Tengo todo lo que nos hace falta para pasar la noche, “Plukman” —Lo dice de manera muy sensual.

Aparco en la puerta del nuevo Club instalado hace unas semanas en Bucarest, Conrak me informa, un nuevo ruso ha puesto a sus mujeres en mi ciudad.

—¿Crees que alguien nos reconocerá?

—Para el resto del mundo estamos muertos, Roxana —le recuerdo.

Ella me observa con esa mirada perversa ante el recuerdo, estar muertos nos permite hacer cosas sin ser juzgados, nos deja ser nosotros mismos.

Entramos en el local, aparentemente un lugar normal y corriente de copas. Más hombres que mujeres están sentados alrededor de las mesas tomando sus bebidas mientras mujeres, que digo mujeres, mientras niñas sirven las mesas.

—Hola, mi nombre es Danisa. ¿Qué les pongo? —nos dice una muchacha que no lleva mucha más ropa que mi mujer.

Roxana y yo nos sentamos en una de las mesas y observamos todo.

—Dos gin-tonics, por favor —le pedimos a la chica que lleva una bandeja sobre su mano.

La niña va y viene, deja ambas copas. La bandeja le tiembla en las manos.

—¿Van a querer algo más? Hoy estoy de descuento.

Aja, se nos está ofreciendo. Es una señal de que la niña está ejerciendo la prostitución y por la manera que tiene de mirarnos y lo nerviosa que está, diría que no está por placer aquí.

—Perdona, pareces muy joven. ¿Qué edad tienes? —Roxana la coge de la muñeca.

La muchacha aparta nerviosa la mano de su agarre, responde, pero la voz le tiembla.

—Soy. Mayor. De. Edad...

—No lo hemos puesto en duda, perdona. Danisa. Pero estamos interesados en compañía. — Roxana hace que me ponga muy cachondo cuando dice eso—. Estamos interesados en compañía masculina. ¿Crees que sería eso posible?

—No. No... —La niña está muy nerviosa—. Aquí solo hay mujeres.

—Quiero follarme a tu jefe. Me gustan los hombres con dominio. ¿Crees que sería eso posible? Podemos pagar mucho dinero.

Yo saco un fajo de billetes y lo dejo sobre la mesa. La chica mira el dinero incrédula, no es algo a lo que debe estar acostumbrada. Aunque no debería nunca negociar por sexo sin ser consentido, pero entiendo que para muchas no es una decisión sino una imposición. La niña se dirige detrás de la barra, pronto dará el *chivatazo*.

—No sabes lo duro que me tienes, amor. —Le aparto el pelo detrás de la oreja y le lamo el lóbulo, como me encanta hacer—. Súbete a la mesa y baila para mí.

Roxana me mira con esa sonrisa pícara y hace lo que le pido. El mono se le sube y me deja ver parte de sus nalgas, no solo yo la estoy viendo, muchos más hombres se giran para ver lo que es mío. Como se contonea sobre la mesa, como me observa y me atraviesa con la mirada mientras lo hace.

El carraspeo de un hombre nos saca de nuestra ensoñación

—Veo que les gusta mi Club.

El hombre de mediana edad, cabello rubio y barba prominente mira a mi mujer como si fuese suya. Es un pastel, que pena para él que no le vaya a dejar probar bocado.

—Me encanta su Club —le dice mi víbora risueña—. A mi marido y a mí nos encanta

divertirnos y probar cosas nuevas.

—Le han dicho a mi camarera que estaban buscando compañía, yo mismo puedo encargarme de eso. Pueden pasar a uno de mis reservados. Acompañenme. —Me levanto guiando a Roxana con mi mano en su cintura, miro y el local está abarrotado de *gorilas* que nos miran extrañados.

Nos hace entrar en un reservado, pone a dos hombres en la puerta y cierra con la llave que lleva colgada en su cuello.

Yo me siento en un sillón y mi mujer lo hace sobre mis piernas.

—Así que quieres que me folle a tu mujer.

El hombre va directo al grano, se rasca la barba y mira a Roxana como lo hago yo, con lujuria.

—Me gusta verla disfrutar —digo esto como si lo hiciera cada noche.

—Esta mujer es un pastel, no tengo ninguna mujer en mi Club tan bella como ella. Así que sí, me la voy a follar y voy a dejar que tú lo veas. —Ríe porque cree que ha ganado algo que no se merece. Ni siquiera él se lo cree.

Este cerdo tiene a todas las mujeres del mundo, pero es un sádico que quiere lo que poseen otros. Es tan típico, que incluso me aburre.

Roxana se levanta de mis piernas. Le desabrocho lentamente el mono rojo que deja caer al suelo, se contonea en ropa interior hacia al hombre que se está relamiendo los labios.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta ella.

No nos importan sus nombres, son uno más que añadir a nuestra lista, pero supongo que a ellos les satisface que lo sepamos.

—Vladislav —responde—. ¿Te gusta mi nombre? Enséñame lo que sabes hacer, pequeña.

El hombre le acaricia el cabello que lleva atado en un moño desarreglado.

—Tus deseos son órdenes.

Se quita la aguja del pelo, dejándolo caer como una cascada y haciendo que Vladislav se quede absorto, acción que aprovecha para clavársela debajo del cuello.

El hombre se sorprende, cae hacia atrás y se queda sentado en su propio sillón. Intenta decir algo, intenta mover sus manos, pero Roxana es la mejor en lo que hace, no puede.

—Hola, Vladislav, el punto más agónico y mortífero es una zona muy concreta de la vena subclavia. Hay pocas personas que sepan donde se encuentra, y muchas menos las que puedan experimentarlo, pero tú vas a ser uno de ellos.

—Hii... Hij... —intenta hablar, pero está postrado e impotente sobre el sofá.

—Dime, Vladislav. ¿Te gusta no tener el control? —Roxana lo abofetea—. ¿Te gusta tomar a esas jóvenes sin consentimiento?

—¿De verdad creías que compartiría a mi mujer contigo?

El hombre me mira con odio, en estos momentos es lo único que puede hacer. Yo no lo miro con mucho más afecto, lo hago con desprecio. Este hombre es una lacra para la sociedad; engaña, manipula, obliga, viola y mata a mujeres inocentes, y para cuando le llega su castigo, muchas de esas mujeres ya han sufrido un largo camino de maltratos.

—Ven, Roxana. Vamos a enseñarle a este hombre lo que es el sexo de verdad, vamos a enseñarle lo que es follar con consentimiento.

Roxana le quita las armas al hombre de encima, entre ellas veo un cuchillo. Lo saca y se lo clava en la polla. El ruso intenta gritar de dolor, pero su sistema nervioso no se lo permite.

Roxana, se aproxima a mí y se pone sobre mis piernas a horcajadas.

—No te detengas —me dice excitada.

Usar las armas y la sangre la excita tanto como a mí. A nuestra manera hacemos justicia, aunque muy en el fondo, también es nuestro pasatiempo favorito.

—Te.. te.. mat.. Mat..

—Creo que intenta decir, que te matará —me dice Roxana mientras baja sobre mí, abrazándome con su coño por completo.

—No se puede matar a un muerto... —Muerdo su hombro en un gruñido.

Le aprieto con fuerza las nalgas, el sexo se vuelve más voraz entre los dos. Este hombre morirá aquí y ahora, y tener esta visión para sus ojos, es un regalo que le estamos ofreciendo.

Esta fiesta solo está a punto de empezar, después de aquí nos iremos a continuar de hotel en hotel como si fuéramos dos adolescentes. Robaremos un par de coches, comeremos fruta y follaremos como los animales que somos.

Cuando hemos terminado, el hombre está prácticamente desvanecido sobre el sofá.

—Ojalá y te pudras en el infierno.

Roxana le quita su aguja para volverla a colocar sobre su cabello, esta vez la vena empieza a drenar la sangre a borbotones. Veo como el hombre muere, como sus ojos se apagan sin vida.

—Por fin, esas mujeres serán libres... —dice Roxana.

Aunque ambos sabemos que será hasta que manden a otro hombre, y no podemos salvar el mundo, pero sí que podemos hacer esto. Hacer una pequeña limpieza.

—¿Cuántos te tocan a ti y cuántos a mí?

—Los dos gorilas de la puerta son míos —me dice mientras carga su arma y nos ponemos una especie de antifaz.

Salimos pillando a estos hombres desprevenidos, los matamos, asesinamos. Son la peor calaña, mañana nadie preguntará por ellos. Además, nadie buscará a sus asesinos, nunca hayan

huellas de unos muertos.

Cogemos el coche a toda velocidad y paramos en el primer hotel que vemos. Mi mujer no ha dejado de meter mano a mi entrepierna en todo el camino. Matar la excita tanto, que puedo hacer con ella lo que quiera.

—Te amo, Alessander —me dice después de hacerla correrse seis veces.

—Te amo, Roxana —le digo extasiado de ella, porque todo el mundo tiene su alma gemela esperando en algún lugar, y ella es la mía—. Te adoro esposa, y me alegro de que seas mi mujer, mi amante, mi asesina. Me encanta que te guste matar tanto como a mí, que eso te excite, porque es una parte de mí que ama hacerlo. Porque no somos tan diferentes como crees.

<<*Porque juntos somos, un arma de doble filo*>>

FIN

DEDICATORIA

Este libro está dedicado a la persona más importante de mi vida. Mi hija.

Aunque no puedas leerlo aún, sé que algún día lo harás, porque siempre te enorgulleces de mí como si tú fueras la adulta, y sé que te gusta que haga estas cosas, aunque a los de *alrededor les cause gringe. (Palabras de niños intentando ser malvados)*

Pero yo sé que a ti no te importa, porque siempre te he intentado educar desde el respeto, he intentado que seas una niña fuerte, y que no te debe importar lo que los demás piensen de ti, solo te debe importar lo que pienses de ti misma.

Quiérete mucho mi vida, porque solo los que más te quieren y tú misma lo harás, porque para que la gente te quiera, primero debes amarte sobre todas las cosas.

Sé tú misma y brilla como siempre haces, porque eres una persona que brilla con luz propia, nunca has necesitado el respaldo de nadie.

Ahora solo entiendes la dedicatoria, pero algún día profundizarás un poquito más, y sabrás el mensaje interno que lleva esta novela, para ti y solo para ti.

Porque no eres diferente, nunca lo serás. Eres especial.

Te amo, pero antes quiérete tú primero.

Si te ha gustado esta novela, tengo escritas unas poquitas más.



💎💎 **Rachel** debe entrar en la cárcel por un delito que cometió. Cuando sale tiene deudas y solo una solución. Entrar en un juego donde puede ganar mucho dinero. Seis concursantes, seis pruebas, un solo premio.

💎💎 **Liam** quiere huir de su pasado.
Una mujer que lo incita a querer salir del juego.
Juego, sexo, seducción,... donde está prohibido enamorarse

¿Podrá el juego superar la realidad?





Antonella vive con su familia en una de las ciudades más mágicas del mundo. Trabaja como guía turística en Roma.

Su vida se pone patas arriba cuando un hombre la contrata para hacerle de guía durante una semana, ese mismo hombre aparece en su vida como cliente de sus hermanos, pero aunque físicamente son iguales, ambos aseguran no tener ningún tipo de parentesco. Pero cuando la atracción a ambos empieza a ser inevitable, debe tomar una decisión. Por qué sería demasiado egoísta elegir a los dos, ¿verdad?

Déjate envolver por esta novela romántica con toques fantásticos y escenas de muy alto voltaje. Donde la lujuria y la pasión están aseguradas.